Setenta días en Rusia

Lo que yo vi

Ángel Pestaña

Literatura del Siglo XX

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
BNE

red.es

ANGEL PESTAÑA

Setenta días en Rusia

Lo que yo vi

BARCELONA
Tipografía COSMOS
San Pablo, 95

Esta edición electrónica en formato ePub se ha realizado a partir de la edición impresa de 1924, que forma parte de los fondos de la Biblioteca Nacional de España.

Setenta días en Rusia: lo que yo vi

Angel Pestaña

Índice

Cubierta
Portada
Preliminares
Setenta días en Rusia: lo que yo vi
NOTA DE LOS EDITORES
I. Camino de Rusia y primeras impresiones
II. En camino.- Dos días en Moscú
III. Una excursión por el Volga
IV. Nuevamente en Moscú
V. Recibimiento, apertura del Congreso, mítines y otros festejos
VI. Tarifas de salarios y organización sindical
VII. Gran fiesta y banquete
VIII. El problema de la vivienda
IX. Instrucción pública
X. En el Departamento de la Agricultura
XI. Política de abastecimientos
XII. En el Departamento del Transporte Ferroviario
XIII. En el Comisariado del Trabajo
XIV. Los sábados comunistas
XV. Trenes y buques de propaganda
XVI. En la Oficina Central de Cooperativas
XVII. Otras visitas
XVIII. Una visita a Kropotkin
XIX. Hablando con Lenin
XX. El regreso a España
XXI. Conclusión
Acerca de esta edición
Enlaces relacionados

NOTA DE LOS EDITORES

Al dar al público la segunda edición de esta obra, queremos hacer constar que fué terminada por el autor en Agosto de 1924. Obstáculos inesperados retrasaron la composición tipográfica.

Sabíamos de antemano que habría de suscitar comentarios para todos los gustos. Lo que nunca se nos ocurrió sospechar es que un libro de exposición de hechos, documentado, irrefutable, pudiera parecer inoportuno. A tan extravagantes pareceres conduce el desaliño de la crítica, la opinión desorbitada, la oficiosidad sin mesura.

Este libro, independiente al bullicio pasajero que ha promovido, sugiere sanas reflexiones al lector atento que sólo se inclina ante la verdad objetiva. También viene a ocupar un lugar complementario en la ya extensa bibliografía de la Rusia postrevolucionaria.

Para la clase trabajadora y especialmente para aquellos sectores que simpaticen con los ideales libertarios, hemos de decir, porque lo creemos de razón, que la obra que ofrecemos les será de gran utilidad.

A SACHA KROPOTKINE

En prueba de amistad y compañerismo, le dedica este libro

El Autor

I

Camino de Rusia y primeras impresiones

Mientras la represión iniciada por el gobernador civil, conde de Salvatierra, hacía estragos en la organización obrera barcelonesa, llenando la cárcel de sindicalistas, el Comité de la Confederación Nacional del Trabajo, y más directamente el de la Confederación Regional de Cataluña, trataban de cumplimentar el acuerdo del Congreso Nacional, celebrado en Madrid, de enviar la adhesión del organismo confederal obrero a la Internacional Comunista de Moscú.

Como al acuerdo de adhesión iba anejo el deber de enviar, si era posible, uno o varios delegados a Rusia, a fin de que, a su regreso informaran de cuanto allí hubieran observado, la tarea del Comité resultaba bastante más difícil. La adhesión por escrito, era desde luego más fácil de hacerla llegar, a pesar del bloqueo, que una delegación cualquiera. Y el interés de la organización estaba en que llegara la delegación; pues más que a una adhesión platónica, que esto representaba el acuerdo del Congreso, se aspiraba a tener el conocimiento más exacto de la verdadera situación de Rusia.

La misión, como se comprenderá, no era escasa. El bloqueo estrechaba a Rusia en un cinturón de hierro, y el interés de los gobiernos comprometidos en este bloqueo era el de impedir que penetrara en Rusia nadie que pudiera llevar, no ya socorros materiales, sino una voz de aliento y de simpatía al pueblo que había hecho su revolución.

Las dificultades con que tropezaba el Comité, queriendo organizar el itinerario desde Barcelona, parecían siempre insuperables, y hemos de decir que, desde España, realmente lo eran.

Cuando se tuvo el convencimiento de que el éxito de la empresa no dependía del número de previsiones, se confió el viaje al azar, a las posibilidades de lo imprevisto; se arriesgaron, pues, unos cientos de pesetas y se envió a tres miembros de la organización obrera hacia el centro de Europa.

Siendo yo uno de los tres delegados, y por cierto el más afortunado en el viaje, después de numerosas peripecias y de haber logrado sortear grandes inconvenientes (alguno de ellos bastante pintoresco), el día 25 de junio de 1920, pisaba tierra rusa, entraba en el país del encanto revolucionario. Habían transcurrido casi tres meses desde el día que abandonara Barcelona.

¿Cuál fué la primera sensación recibida? De entusiasmo, de admiración, de alegría intensa. ¿Por qué? Sería demasiado complejo el explicarlo.

* * *

Una vez que se pasa de Narva (Estonia) —que es por donde yo llegué— la frontera rusa se encuentra al otro lado del río que lleva también el nombre de Narva y a poca distancia de la capital estoniana.

Desde Narva en adelante, el tren se compone del vagón único que nos lleva, uno de los vagones-camas confiscados por los Soviets a la Compañía Internacional de Wangonslits. Es, además, el coche del correo diplomático, y en el que, a la sazón, van la valija del Emperador ruso en Estonia, camarada Gukosky y la de los delegados comerciales de Londres y de Berlín.

La frontera rusa nos la anuncia la presencia de un gran disco de madera pintada de blanco con una franja de rojo vivo, montado sobre un alto poste.

Un pelotón de soldados con su comandante al frente, que suben al coche a informarse de quién viaja y por qué viaja da efectividad de nuestra entrada en Rusia y de nuestro feliz arribo.

Tras breve inspección e interrogatorio del comandante,

reanuda el tren su marcha y ya no se detiene hasta Yamburgo, primera estación rusa importante después de la frontera.

Esperando la composición de un tren de mercancías que había de adicionarse al vagón que nos conducía, pasamos unas seis horas en la estación. Esta espera nos da ocasión de mezclarnos con los verdaderos y auténticos campesinos, con los sufridos mujiks y de observarlos en su tráfago cotidiano.

Sobre el dintel de la puerta principal de la estación se ven los retratos de Marx, Lenin y Trotsky. Numerosas banderas rojas flamean al viento, con la hoz y el martillo en el centro, emblema de la República de los Soviets.

Como viaja con nosotros Abramovich, o Abbrecht, o "El Ojo de Moscú" —que con estos tres nombres se le conoce a este importante funcionario ruso, uno de los que gozan de mayor confianza del Partido Comunista por ser de los más prestigiosos representantes secretos del Gobierno—, se nos recibe con agasajos y deferencia en todas partes.

El jefe de la estación nos invita a que pasemos a su despacho, si no queremos esperar en la sala de viajeros. Declinamos la invitación y aguardamos con una treintena de viajeros a que se forme el tren de mercancías.

Un gramófono repetía uno de los discursos que Trotsky acababa de pronunciar en el frente de batalla. El desconocer el idioma ruso nos privó, por nuestra parte, de entender su indudablemente notable discurso. Los campesinos no prestaban atención a las voces del gramófono. Tal vez de tanto repetirlo no les producía impresión. Cualquier mediano observador habría notado en aquellos rostros la expresión inconfundible del aburrimiento.

Cansados de la espera y del gramófono, decidimos salir a los alrededores y acercarnos hacia el pueblo, que está algo distanciado de la estación.

Llegamos hasta las primeras isbas (casas) de Yamburgo y antes de internarnos por sus calles —nombre caprichoso para designar vías tan poco urbanas como aquellas— vimos

fijados sobre dos postes un gran tablero con dos ejemplares del “Izvestia” y otros dos de la “Pravda”, órganos informativos del Gobierno de Moscú.

Por conducto de Abramovich, que nos servía de intérprete, preguntamos a un miembro del Soviet local, comunista probado, por qué fijaban los periódicos así y si se vendían o se repartían gratis.

Nos dijo que no se vendían ni se repartían porque la escasez de papel limitaba el número de los que se podían tirar. Y que para que todo el mundo pudiese leerlos, se fijaban en aquellos tableros. Esto se hacía en toda Rusia mientras la escasez de papel no permitiera hacer mayor tiraje.

—¿Se lee mucho? —preguntamos.

—Bastante —nos contestó—. No tanto, sin embargo, como quisiéramos; pues el campesino ruso, dominado por ideas pequeño-burguesas, se muestra bastante refractario al comunismo.

—En Europa —continuamos— se nos ha dicho que este último invierno han muerto muchas personas de frío. Ahora comprendemos que se trata de una patraña. Habiendo tantos bosques aquí, no es posible que la gente muera de frío.

—Aquí no ha muerto nadie de frío, pero en Moscú y Petrogrado, sí. Hemos pasado muchísimo frío. Miren ustedes cómo tengo yo aún los dedos. ¿Ven estas señales? —Y nos mostró unas marcas como las que se hacen en casos de quemaduras de lesiones—. Son llagas que se me hicieron a consecuencia del frío.

—No me lo explico —objeté—— disponiendo de sobrados medios de calefacción.

—Es que no se puede tolerar que cada cual haga lo que le convenga y tome la leña que quiera. Para eso está el servicio de reparto, que distribuye a cada cual la que necesita. Claro es que no ha podido hacerse este año; pero en lo sucesivo, cuando todo esté bien organizado y el servicio de reparto funcione normalmente, todo el mundo tendrá la leña que necesite. Entre tanto es preciso sufrir.

Como nos alejábamos de la estación, optamos por volver sobre nuestros pasos.

Cuando llegamos a la estación, el tren estaba ya casi formado; solo faltaba acoplarle una o dos unidades.

Como no viera ningún vagón de viajeros, dije a Abramovich:

—Iremos ahora oprimidos en el vagón.

—¿Por qué?

—Si no calculo mal, somos unos cincuenta.

—En el coche que nosotros viajamos no viajará nadie más, —me respondió.

—Entonces ¿en dónde viajarán los demás si no hay más coches de viajeros que el que nos ha traído a nosotros?

—Todas esas gentes viajan en un vagón de mercancías.

—¿Y por qué no en éste? —le respondí, refiriéndome al coche-cama.

—Porque lo estropearían y lo ensuciarían.

En aquel momento vi que todo el grupo, como un rebaño de ovejas que se precipita en el redil, se dirigía hacía uno de los vagones cubiertos de mercancías, forcejeando por subir todos al mismo tiempo.

Mujeres, niños, ancianos, todos subieron y se acomodaron como pudieron. Sentados en el suelo o en los bultos que llevaban, hacinados, en montón, parecían satisfechos. Algunos, según me enteré, esperaban desde la noche anterior.

El jefe de la estación, que se acercó a nosotros mientras contemplábamos aquel cuadro, nos indicó muy cortésmente que el tren iba a partir, que podíamos subir ya al vagón.

Así lo hicimos, y cuando me hube sentado en el cómodo y blando asiento, la imaginación me devolvió al espectáculo que acababa de presenciar.

Casi un día tardamos en llegar a Petrogrado.

La distancia, en tiempo normal, la recorría el tren en unas horas; pero entonces no era posible tanta velocidad.

Ello nos valió, en cambio, que pudiéramos contemplar los daños que la guerra civil había causado.

De Narva es desde donde salió Yudenich con su ejército

blanco para conquistar Petrogrado y derribar a los comunistas.

En su marcha todo había sido destruído. Desde la ventanilla del vagón podíamos contemplar los hoyos que hicieron las granadas al caer. Árboles completamente destrozados, cabañas derrumbadas, caminos intransitables destruídos por las granadas. Al llegar a las proximidades de Petrogrado pudimos ver las trincheras que los revolucionarios construyeron para defender la ciudad, ya que el Ejército rojo hubiera sido incapaz por sí solo de defenderla puesto que fué débil para contener el avance de Yudenich. Verdad es que el Ejército estaba entonces en organización.

La ansiedad y el deseo de llegar a Petrogrado contrastaba fuertemente con la lentitud del tren. Ya en tiempo normal, antes de la guerra, raros eran los trenes en Rusia que marchaban a más de 40 kilómetros por hora. Si se exceptúan los grandes expresos Berlín-Varsovia-Moscú-Petrogrado, ninguno superaba esa velocidad, habiendo muchos que no la alcanzaban. Con el estado de las líneas después de tres años de guerra y casi cuatro de revolución, las pésimas condiciones del material y en un tren de mercancías, se comprenderá que marcháramos muy lentamente.

Las paradas en las estaciones se hacían interminables. Y el espectáculo que presenciamos en Yamburgo se renovaba constantemente. Cuando no fué bastante un vagón de ganado para albergar a los viajeros, se les permitió ocupar otro, lo que no se hacía sin dificultad, pues era preciso consultar a la Comisión extraordinaria que viajaba en el tren.

Como el número de viajeros aumentaba y la discusión para colocarlos aumentaba aún más que los viajeros, todo contribuía a prolongar nuestra estancia en cada estación, en las que onservamos que los tres retratos, los de Lenin, Marx y Trotsky, que viéramos colocados sobre el dintel de la estación de Yamburgo, los veíamos invariablemente, en todas las demás estaciones. Los tres retratos y las banderas

rojas.

Ante la imposibilidad de hacer nada por nuestra parte para acelerar la marcha del tren que nos conducía, nos resignamos pacientemente a la espera y nos entregamos en brazos de lo fatal.

Todo el resto del día, la noche y parte de la mañana siguiente, hasta llegar a Petrogrado, lo pasamos haciendo conjeturas y cálculos acerca de lo que veíamos.

Desde las nueve de la mañana, hora en que llegamos a la estación de Petrogrado, hasta las doce, que vino a buscarnos un automóvil de la Tercera Internacional, hubimos de permanecer en el coche. El espectáculo que presenciamos durante aquellas tres horas, nos dió la sensación de lo que al pueblo ruso hacía padecer el bloqueo, del sacrificio que se había impuesto por la revolución y del estoicismo con que lo soportaba todo.

Más de media docena de trenes llegaron en aquel intervalo; trenes en los que apenas se veía un solo vagón para viajeros. Todos eran vagones de los que se destinan comúnmente para el ganado.

De estos vagones, apenas paraba el tren, se desbordaba una multitud inmensa de personas de todas las edades, reflejando en sus rostros el inmenso martirio que soportaban. Casi todos venían cargados con bultos de más o menos volumen, en los que llevaban las provisiones.

Eran habitantes de Petrogrado que se desparramaban por la campiña en busca de elementos de vida. Llegaban a las más apartadas casas de campo comprando lo indispensable para la subsistencia, y que obtenían a cambio de ropa, calzado o muebles. El dinero lo rechazaban.

Muchas de estas personas, que así recorrían la provincia de Petrogrado en busca de alimentos, luego, en la capital, especulaban con ellos. Los vendían o cambiaban; y esto les permitía ir viviendo. La especulación en este aspecto alcanzaba proporciones enormes. Y cuantas medidas represivas se tomaron contra ella de nada valieron, a no ser para empeorar la situación. Cuantos más peligros corría el especulador, más se hacía pagar los artículos que

conseguía introducir en la ciudad.

Llamaban la atención poderosamente los abigarrados y estrafalarios modos de vestir. Era como un bazar inmenso en el que se hubiesen ido amontonando prendas de vestir de todas clases y colores, usadas, medio usadas y nuevas.

No era raro ver a una joven tocada con una gorrita de lana nueva, o casi nueva, una blusa de seda bastante usada y una saya de tela grosera más ordinaria, y hasta con remiendos de otro tejido diferente.

Veíanse otras con zapatos altos, casi nuevos y con calcetines en vez de medias. No era raro, tampoco, ver a una mujer vestida con chaqueta de hombre y zapatos sin medias ni calcetines.

La mayoría llevaba el pelo cortado a la romana. Inquirimos más tarde, durante nuestra estancia en Moscú, la razón de esta moda y nos dijeron que la necesidad había obligado a adoptarla.

Faltaban peines, horquillas, espejos, jabones: todo lo indispensable al tocado más elemental de la mujer. Por eso hubieron de sacrificar muchas sus trenzas de pelo.

En aquel primer contacto que tuvimos con la realidad revolucionaria, sin prismas que la decolorasen, ni velos que la cubriesen, comenzamos a vislumbrar la tragedia rusa.

Lo que más nos impresionó fué la seriedad, la tristeza que se reflejaba en todos los rostros.

Ni una sonrisa, ni un relámpago de alegría, ni la más imperceptible manifestación de contento. Nada. Un rictus de tristeza, de profunda tristeza, lo único que podíamos contemplar. Y un silencio impenetrable. Parecía que aquellas bocas no hubieran hablado ni reído nunca.

Y aunque veíamos el dolor y queríamos saber la razón que lo originara; pero nos hallábamos ante lo desconocido, pues para nosotros lo era el mundo con el cual nos íbamos a poner en contacto.

Alguien nos llama. Es el camarada encargado de la valija diplomática estoniana que nos avisa la llegada del auto que nos conducirá al “Hotel Internacional”, lujosa y atrayente morada de los turistas antes de 1914, superada ya

por el “Astoria”, edificado a pocos pasos de distancia y que después de la revolución se ha convertido en el domicilio de todos los extranjeros que entran en Rusia, aunque con preferencia para los que llevamos a cumplir una misión oficial.

La estación a donde hemos ido a parar se halla al final de la famosa perspectiva Newsky.

La estación de la Avenida Newsky era una de las más concurridas y la principal y mejor acondicionada, antes de la guerra. De allí parten todos los trenes que se dirigen al interior de Rusia y por la que llegaba a Petrogrado el expreso de lujo de Varsovia-Berlín-París. A la sazón nos la encontramos en un estado lamentable.

Las puertas sin vidrios; muchas, rotas y casi caídas, pues hasta les faltan los goznes; el suelo, lleno de baches, con el piso de asfalto casi levantado; unas pasarelas que debieran servir para contener y guiar las aglomeraciones de viajeros hacia cada uno de los andenes, están rotas y volcadas las paredes, el suelo y las puertas del “hall” que da acceso a una gran plaza las cubre una suciedad y abandono en que se encontraba producía dolor y tristeza. Contrastando con aquel cuadro, como enmarcados en él, todos los soldados y empleados de la estación, sucios, rotos, harapientos, circulan de un lado a otro sin apenas pronunciar una palabra, con aire de profundo abatimiento.

Al salir para tomar el auto, como el público sabe que es un auto al servicio de la Tercera Internacional, la multitud desocupada y hambrienta que deambula por los alrededores de la estación y la plaza, se acerca y forma corro, pero sin demostrar el menor interés. Pero ni una palabra, ni un gesto. Parececían estatuas o seres que hubiesen perdido el uso de la palabra. Era para los habitantes de Petrogrado un espectáculo del que hacía mucho tiempo se veían privados: presenciar la llegada de extranjeros.

Ya acomodados, el auto enfiló velozmente por la Avenida Newsky, pero antes de llegar al final, torció hacia la izquierda y, después de cruzar varias calles, nos dejó ante la puerta del hotel.

En el zaguán montaban la guardia dos mujeres fusil al hombro, a las que fué preciso presentar una orden que traía un secretario de la Tercera Internacional, que nos acompañaba.

Conducidos al primer piso, se presentó la misma orden al comandante del hotel y, avisado el encargado del servicio, después de dilatada espera, se nos señaló las habitaciones que debíamos ocupar.

Lavados y desempolvados los trajes, esperábamos la llegada de un alto funcionario de la Tercera Internacional que había de revisar nuestras credenciales, cuando se presentó una de las mujeres del hotel preguntando por el camarada Pestaña.

Se comprenderá mi turbación y asombro, al escuchar de la servidora del hotel, que una persona de Petrogrado deseaba entrevistarse conmigo.

—Dígale que dentro de unos minutos me tendrá a su disposición.

Era tanta mi impaciencia por averiguar quién pudiera ser la persona que deseaba verme, que me lancé por pasillos y escaleras al piso superior.

Llamé en el cuarto que se me había indicado y, abierta la puerta, me encontré frente a frente con Víctor Serge (Kibalchiche), que desde su desaparición de Barcelona no había vuelto a saber nada de él. No tenía ni la más remota sospecha de que estuviera en Rusia.

Nos saludamos con un fuerte y fraternal apretón de manos y, en español, que con dificultad hablaba, me pidió noticias de todos los camaradas anarquistas de Barcelona, de la organización, del periódico “Tierra y Libertad”, donde tan hermosos artículos había publicado y de una serie de cosas, de las que se hallaba privado de saber a causa del bloqueo.

Le expliqué rápidamente lo que había y, a mi vez, le pregunté qué era de su vida y cuál su opinión sobre la revolución.

Ven a la noche —me dijo— al hotel “Astoria”. Preguntas por el número de mi habitación, que ahora te

apuntaré, y charlaremos más largamente de todo. De paso podrás ver a Berkman y a Emma Goldman, que ocupan una habitación contigua, y a quienes tendrás ocasión de conocer personalmente. La conversación no dejará de ser interesante para ti y para nosotros.

—¿Y cómo has sabido mi llegada? —le pregunté.

—Ocupo un alto cargo en la Tercera Internacional. Por mi cargo me entero inmediatamente de quienes llegan de Europa y, al ver tu nombre, he corrido a saludarte.

Cuando acompañando a Kibalchiche descendimos al primer piso, ya nos esperaba el camarada Tom Rech, delegado de los comunistas norteamericanos en la Tercera Internacional desde el primer Congreso celebrado el año anterior, a quien entregamos nuestros mandamientos y nos dió instrucciones.

—Mañana —nos dijo— partiréis para Moscú a las dos de la tarde. Empezarán las sesiones del Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional para dar la contestación a Cachin y a Frossard sobre si debe o no admitirse el Partido Socialista francés en la Tercera Internacional. Podréis tomar parte en las deliberaciones. Ahora podéis comer, pues ya se ha dado la orden y luego podéis visitar alguna institución soviética.

Debo advertir que el viaje desde Berlín a Petrogrado y luego hasta Moscú, lo hicimos en compañía de Rosmer, delegado del Comité de la Tercera Internacional de París, de su compañera y de Abramovich, ya citado, aunque éste en Petrogrado se separó de nosotros, uniéndose, en cambio, Murphi y algún otro.

Comimos en un instante, pues ardíamos en deseos de recorrer la capital fundada por Pedro el Grande y poder apreciar de cerca los estragos de la guerra, de la revolución y, sobre todo, de mezclarnos con el pueblo, ya que hablar resultaba imposible por no saber ruso ninguno de nosotros.

Lo primero que visitamos fué la Catedral de San Isaac, que está emplazada justamente delante del Hotel Internacional. Sus grandes puertas estaban abiertas de par en par.

En el interior había todo un andamiaje, montado para

realizar obras, pero se adivinaba que estaban paralizadas desde largo tiempo. La declaración de guerra había interrumpido, como tantos otros, aquellos trabajos.

En el interior de la basílica, y alrededor de un pope y de un altar lleno de iconos, se hallaban congregadas hasta unas trescientas personas, en su mayoría mujeres. También notamos la presencia de algunos soldados del ejército rojo.

El pope les hablaba en tono profético y lastimoso; su plática, en ruso, era desaforada y expresada a voz en grito.

Parecía recriminar a sus compungidos oyentes.

Salimos, no sin admirar antes la magnificencia del edificio.

Nos dirigimos hacia el Neva, río que, como se sabe, divide a Petrogrado y lo une con la base naval de Crostand.

Llegamos hasta el puente Trotsky, que desemboca entre el Palacio de Invierno, residencia habitual del Zar en Petrogrado y el Almirantazgo.

El panorama resultaba atrayente. A la derecha el Palacio de Invierno que los bolcheviques querían convertir en Museo y entonces clausurado; a la izquierda el Almirantazgo. El puente Trotsky delante, y, al frente, pero al otro lado del Neva, la Bolsa, también clausurada. Un poco más lejos, amenazadora y sombría por las tragedias que evocaba, la famosa fortaleza de Pedro y Pablo.

Nos reclinamos sobre el puente, asomándonos al río sin intención de pasarlo. Íbamos a visitar el Palacio del Trabajo, pomposo título que se había dado al local donde se domiciliaban los trabajadores.

Visitamos las varias dependencias del Palacio del Trabajo, cuya organización no estaba aún totalmente terminada.

Las dificultades que diariamente se les interponían para el acopio de materiales y la lentitud en el trámite de expedientes a causa de la burocracia, era causa de que la organización total no se hubiera terminado.

Excusamos repetir que, en todas las dependencias oficiales y edificios del Estado, que eran numerosísimos, los bustos de Carlos Marx se prodigaban con una copiosidad

fetichista. No se entraba en dependencia u oficina, ni se pasaba por delante de un edificio del Estado, sin que el busto del fundador del materialismo histórico no hiciera los silenciosos honores del recibimiento.

No obstante, puede decirse que no eran nada los bustos tan profusamente distribuidos si los comparamos con la cantidad de retratos del mismo Marx, Lenin, Trotsky y Zinowiev, que se veían por todos los sitios.

La colocación era en grupo de tres, advirtiendo que dos de ellos, el de Marx y el de Lenin, casi nunca faltaban y, en todo caso, si faltaba uno de los dos, era el de Marx. Para el de Lenin no hallamos ni una sola excepción. Los que variaban con frecuencia eran los de Trotsky y Zinoviev. Según la influencia que gozara cada uno de ellos en la organización o dependencia aludida, figuraba el retrato del predilecto.

De banderas rojas no hablemos. Las había a millares. En el interior y en el exterior, en todos los rincones, no se veía otra cosa que banderas rojas. Mientras las paredes estaban revestidas de tela roja los rusos paseaban por las calles semidesnudos.

Visitado en gran parte el Palacio del Trabajo, nos dirigimos hacia la Plaza de Ourizstky, entonces, antes de Invierno, a la que da la puerta principal del Palacio de este nombre. Es una plaza circular de regulares dimensiones, a la entrada de la cual, por el lado del Almirantazgo, tuvieron lugar los famosos sucesos del año 1905. Allí fué donde Gaponi, el agente provocador a sueldo de la policía, condujo a las masas trabajadoras. Desde el Almirantazgo y desde el Palacio de Invierno, se ametralló impunemente a la multitud indefensa que sólo pedía pan al padrecito de todos los rusos.

Dimos un paseo sin rumbo fijo por varias calles a fin de darnos una idea de la población y de los desperfectos y perjuicio consiguiente que la guerra y la revolución habían producido.

El espectáculo no podía ser más lamentable.

Allí donde hubo elegantes y grandiosos comercios,

cafés o restaurantes, no quedaba nada. Todo estaba cerrado y sellado por los Soviets de la villa. Los interiores se veían desde la calle, a través de brechas, ventanas desguarnecidas y puertas arrancadas, sucias y polvorientas. Las anaquelerías y estantes de algunas tiendas amenazaban próximo derrumbamiento; los mostradores y enseres, cubiertos de una espesa capa de suciedad, estaban inutilizados para el uso.

¡Y aquellos tristes despojos que a nuestra consideración se ofrecían, era todo lo que quedaba del esplendor y el lujo, casi asiático, acumulado por la nobleza brutal y cruel de la Rusia zarista!

Las calles presentaban el mismo aspecto lamentable. Por algunas se hacía imposible la circulación.

En los tranvías era difícil viajar. La falta de material obligó a reducir el servicio. Por otra parte, el transporte era gratuito, o casi gratuito, y siempre circulaban abarrotados hasta los topes. Debido a esta aglomeración de pasajeros, los lances jocosos y divertidos se sucedían, como recuerdo haber presenciado en Madrid en los buenos tiempos de Romanones.

El aspecto general de las gentes ya hemos dicho cuál era. No obstante, cabe hacer una excepción. La de los marinos.

Los marinos eran la aristocracia del dinero y de los honores. A ellos deben los bolcheviques su exaltación al Poder, pues los de Cróstand fueron los que iniciaron y casi realizaron el golpe de Estado que expulsó a Kerensky y detuvo la ofensiva de Brousiloff, cuando desde el frente se dirigió a Petrogrado a combatir a los bolcheviques. Los marinos de Cróstand y los de Petrogrado fueron la fuerza sobre la que se apoyaron los bolcheviques, y en justa compensación gozaban de todos los privilegios que la República Sovietista podía conceder a sus beneméritos defensores.

Ya tarde, pasadas las nueve de la noche, rendidos y fatigados de tanto caminar, regresamos al hotel. Si no hubiera sido por el cansancio, no nos hubiéramos dado

cuenta de lo tarde que era, pues, a pesar de la hora avanzada, era de día claro, una noche blanca, y no había el menor indicio de que fuera a obscurecer. Este fenómeno, que ya conocíamos, pues desde nuestra entrada en el golfo de Finlandia, lo veníamos observando, pero al que no estábamos acostumbrados, nos había hecho perder la noción del tiempo.

Después de cenar, y siendo aún de día, nos trasladamos al hotel "Astoria", donde nos esperaba Kibalchiche y demás amigos.

Entramos en el despacho de la Guardia y solicitamos se nos dejara pasar, pues deseábamos hablar con Kibalchiche. Acreditada nuestra personalidad se nos autoriza el paso.

Kibalchiche, como Berkman y Emma Goldman, ocupaban unas habitaciones de los pisos superiores —cuarto o quinto piso— y como los ascensores estaban inutilizados, hubimos de subir por la escalera.

Tuvimos alguna dificultad para hallar la habitación, pues en el laberinto enorme de pasillos y de escaleras no sabíamos orientarnos con facilidad.

A la llegada nos comunicó Kibalchiche que Berkman y Emma no estaban, que habían salido, no sabía si el mismo día o el anterior, con una misión oficial fuera de Petrogrado y no podíamos, por tanto, conversar con ellos.

Lamentamos esta ausencia y abordamos el motivo de la visita.

Queríamos datos; pero datos fidedignos, datos que no tuvieran ese carácter equívoco y siempre engañoso de los datos oficiales. ¿Para qué deciros que a Kibalchiche debo los mejores informes y críticas más duras contra el centralismo y contra la dictadura del proletariado?

¡Cuando me acuerdo de las palabras y consejos de Kibalchiche para no dejarme engañar por las aparatosas y teatrales informaciones que pudieran ofrecernos los órganos oficiales, y los informes que personas ajenas al bolchevismo me proporcionaran por conducto o indicación suya, me hace reír esa batalla gigantesca que hoy está sosteniendo para sumar a los anarquistas y sindicalistas al carro y

acompañamiento del vencedor!

No guía mi pluma el odio ni el sectarismo: pero cuando veo el papel que hoy desempeña el individuo que primeramente me impusiera en las tretas y engaños de los bolcheviques para hacer creer, que lo hecho, no han podido hacerlo de otra manera, y que es preciso imitarlos, si no se quiere ir al fracaso revolucionario, la verdad, pienso, o que Kibalchiche no es sincero ahora, o que ha perdido el espíritu crítico y razonador que le caracterizaba.

—Figúrate —me decía— a qué extremos puede conducirnos, contando a donde nos ha conducido ya, el centralismo. Yo soy uno de los altos empleados del Gobierno. Ya lo ves; vivo en lugar preferente. Tengo ración de intelectual y gano uno de los salarios más altos. Además, mi situación de preferencia, por ser el mío un trabajo indispensable a la revolución y al partido, hace que seamos considerados y tengamos una serie de privilegios que no tienen empleados soviéticos de la misma categoría, pero que prestan servicio en otras dependencias. Pues bien; fíjate en lo que te voy a decir.

Cuando llegué aquí, procedente de Francia, traía un par de botas en buen estado. Con un poco de cuidado y algunas reparaciones fueron tirando hasta el invierno pasado. Pero llegó un día que ya no era posible ponerlas en los pies. Materialmente, era imposible. Hacía tres meses, a principio de invierno que solicité de Zinoviev unas botas; me prometió que me serían entregadas; y me hizo el vale para que el almacén las despachara. Corrí durante tres meses sin poder obtener las botas. Cansado y hastiado de tanto engorro, pensé: “Ya no doy un paso más. El día que no tenga calzado me quedo en casa o voy descalzo a la oficina”.

Dejé pasar unos días. Pero el frío y la lluvia apretaban y yo sufría enormemente por la falta de calzado.

Hablo por segunda vez a Zinowiev, y le expongo el estado lastimoso en que me hallaba.

Me hizo un nuevo vale, y además una orden terminante para que me fueran entregadas las botas.

Tuve que pasar por siete despachos diferentes. En cada uno hubo que hacer una operación y registrar las botas que se me iban a dar. Tardé tres días en conseguir se me franqueara el almacén donde estaba el calzado. Y ¡figúrate mi asombro, amigo Angel, cuando veo que no había más que veinticinco pares de botas en depósito! Y no solo causa asombro que no hubiera más que veinticinco pares de botas en depósito, sino que para distribuirlas había tenido necesidad de pasar por siete oficinas diferentes servidas por más de cincuenta empleados. La burocracia que el centralismo ha obligado a crear paraliza y destruye toda acción de mejora y de renovación.

Generalizamos la charla sobre otras muchas cuestiones; algunas no las referiré ahora porque tienen lugar adecuado en otra parte; pero sí expondré las que procedan.

Nos enfrascamos en una conversación interesante, analizando la acción de los anarquistas en la revolución y me enteré de hechos que procuraré resumir lo más concretamente posible.

—La labor de los anarquistas en la revolución —comienza diciendo Kibalchiche— es interesantísima y merece que los anarquistas de Europa y del mundo entero le presten la mayor atención. Mira si lo merece, que pudiendo ser un factor decisivo en la marcha de la revolución, han quedado (fíjate que digo *han quedado*, y no *hemos quedado*, ya que pertenezco al Partido, y oficialmente soy comunista, por lo que no quiero considerarme ante ti como anarquista limpio de conciencia), han quedado reducidos a girar en torno al Poder bolchevique, y aceptar la dictadura del proletariado o ser carne de presidio. Ya ves que la diferencia es notable.

Sabes bien que, en Rusia, antes de la revolución, la mayoría de los grupos anarquistas, a causa de la miseria del país, que no permitía destinar recursos para la propaganda, se había generalizado la lucha en asaltos a mano armada a bancos o a personas portadoras de grandes sumas, parte de las cuales se destinaban luego a la propaganda.

Este sistema, que tiene la ventaja de no obligar a

realizar esfuerzos económicos muy considerables en favor de las ideas, es de resultados totalmente negativos y perjudiciales para la moral de los individuos. Si es cierto que la función crea el órgano, y en este caso se confirma plenamente, la función de asaltar y atracar determinó en los individuos todos que la realizaban, hábitos de expropiador impenitente. Y si el riesgo que corre a cada momento el individuo dedicado a tales menesteres, desarrolla en él el valor hasta elevarlo a la última potencia, también es cierto que destruye en él todo sentimiento de organización y de cohesión para cualquier obra que no sea aquella que, poco a poco, ha ido modelando su temperamento.

Y así se vió en Rusia, en los primeros momentos de la Revolución, que los grupos anarquistas fueron los primeros en batirse y dar la cara al enemigo; que más tarde, en el golpe de Estado que derribó a Kerensky y dió el Poder a Lenin, de ellos partió la mayoría de las iniciativas, batiéndose siempre en los lugares de más peligro. En la defensa misma de Petrogrado, cuando Yudenich llegó con sus ejércitos a los arrabales de la ciudad, cuyas trincheras has visto tú mismo desde el coche, ellos estuvieron en primera fila y ocuparon los puestos de más peligro y de más compromiso. Arrastraron al pueblo a las trincheras y en ellas estuvieron hasta el último instante, mientras Lenin, Trotsky, Zinowiev y compañía, tomaban prudentemente el camino de Moscú. Pero después de esto, después de la heroica defensa de las trincheras y de batirse valerosamente, ya no se les vió por parte alguna. Se encerraban en sus casas o en sus clubs, y vengan y vayan discursos, sin irrumpir enérgicamente en el prosaísmo de una realidad que era, en aquellos momentos, muy superior a toda concepción abstracta de las ideas.

Hubo algunas voces de compañeros, que aún hoy siguen repitiéndolas, que intentaron hacerles ver el peligro que corría la revolución; pero los más continuaron su camino y no quisieron, o no supieron escucharlas.

Y aún el hacer discursos y lanzar continuas sofismas, llenas de frases galanas y conceptuosas, no les hubiera

hecho el daño que les hizo actuaciones, que fundamentalmente, los anarquistas deben rechazar si se emplean como sistema.

Te he dicho antes que las expropiaciones individuales, o de grupo, se practicaban constantemente entre los anarquistas rusos, aconsejadas y propagadas como una necesidad. Pues bien; esa práctica produjo efectos nefastos en la moral y en las costumbres.

Mientras en la primera revolución, sobre todo por la poca resistencia que la misma burguesía opuso al derrumbamiento del régimen zarista, las expropiaciones colectivas y tumultuarias no tuvieron gran alcance, fueron numerosísimas en el segundo período.

Apenas lanzado el grito de ¡todo el Poder a los Soviets!, mejor dicho, apenas puesto en práctica, ya que lanzar se había lanzado el primer día de la revolución de marzo, las expropiaciones colectivas y tumultuarias fueron muchísimas, y entonces se vió a todos esos anarquistas que habían practicado la expropiación como sistema de propaganda, entrar en los bancos, dedicarse al saqueo, apoderarse de millones de rublos, o de alhajas y valores, dirigirse a las casas que les parecían más lujosas y confortables, expulsar a sus habitantes a la calle y acomodarse ellos, sin querer preocuparse de nada más.

El malhechor, en el sentido que los regímenes capitalistas y la literatura dan a esta palabra, se despertaba en aquellos individuos, eclipsando y destruyendo al idealista, al hombre de conciencia y de ética anarquista.

Cuantas intimaciones les fueron hechas para que no prosiguieran su nefasta labor fueron desoídas; cuantas advertencias, recomendaciones y llamadas les hicieron sus propios compañeros en ideas, para que no destruyeran con sus ejemplos el sentido transformador de la propiedad individual en colectiva, que la revolución iba imprimiendo a todo, se estrellaron contra el hábito adquirido después de algunos ensayos, la expropiación realizada en perjuicio de los capitalistas del zarismo.

Y aún esto no hubiera concitado contra ellos la

animosidad colectiva si, por una paradoja incomprensible, no se hubieran negado, incluso, a convertirse en trabajadores y ocupar su puesto en la fábrica y en el taller. En nombre de la libertad, interpretada en el sentido de que cada cual hiciese lo que quisiera, no hubo medio de hacerlos entrar en razón. La práctica de la expropiación en beneficio de la propaganda, durante el pasado, había elaborado en ellos un concepto antianarquista (hay que decirlo así) de sus propias ideas.

Por eso, cuando los bolcheviques les intimaron a que se sometieran a sus mandatos, el pueblo, que los había visto despreciar el peligro batiéndose valerosamente, pero que los vió después desentenderse de los problemas colectivos para encerrarse en una posición más cerca de la realidad destruida que de la gestación de realidades nuevas, no acudió en su ayuda, y los bolcheviques salieron victoriosos.

Si los grupos anarquistas, salvo algunas excepciones, no hubieran estado impregnados de ese sentimiento bastardo que nada de común tiene con la filosofía anarquista, pero que por una paradoja incomprensible, tan tolerado ha sido entre los anarquistas de casi todos los países, no lo dudes querido amigo, los bolcheviques no los hubieran vencido en Moscú; es más, ni siquiera se hubieran atrevido a hacerles frente. El pueblo, que los conocía bien por haberlos visto batirse heroicamente contra el zarismo, se hubiera puesto a su lado y los hubiera defendido.

Nunca como ahora, con el estudio comparativo de la práctica con la idea, me doy cuenta de la razón que tenéis los anarquistas españoles rechazando sistemáticamente la expropiación individual en vuestros grupos.

Perseverad en vuestra conducta y no dejéis que esa teoría de la expropiación individual, a pretexto de allegar recursos para la propaganda, se infiltre en vuestros grupos… Si un día se infiltra los daños que recibáis de ello serán incalculables.

Por lo que a este aspecto se refiere, los bolcheviques rusos tienen sobrada razón, frente a las lamentaciones de los anarquistas.

Y como prueba de la influencia que los anarquistas hubieran ejercido en el desenvolvimiento posterior de la revolución, si no hubiera sido por lo que te acabo de exponer, puedes juzgar, considerando que muchísimos de los que lo éramos y de los que hoy aún siguen siéndolo, pero que entonces y después se pronunciaron contra sus propios compañeros, ocupan y ocupamos lugares y empleos de preferencia en el régimen soviético. Que muchas veces cuestiones importantísimas, está a nuestro arbitrio resolverlas en un sentido o en otro. De esto podrás convencerte a medida que pases tiempo entre nosotros.

La crueldad que a los bolcheviques se achacaba en Europa también fué motivo de nuestra conversación.

—Es cierto —me dijo—. No dudo que en muchísimos casos fuera innecesaria; pero no lo fué siempre. La Comisión extraordinaria, ese tribunal que preside Djerzinsky, el Robespierre del bolchevismo, es una cosa espantosa. Se detiene, encarcela, juzga y fusila sin dar al reo tiempo para que se defienda; ni puede enterarse siquiera de las verdaderas razones que motivan su muerte. Hay casos verdaderamente monstruosos. Te relataré algunos.

Detenido un ingeniero y acusado de haber vendido trece libras de azúcar por valor de 36.000 rublos que, en realidad no tienen, como sabes, sino un valor relativo, fué presentado a la Comisión extraordinaria. La Comisión extraordinaria lo condenó a muerte.

La razón de esta condena se fundó en que, antes de la revolución había pertenecido al partido menchevique.

Avisados algunos amigos del ingeniero por su señora, vinieron a verme, e iniciamos gestiones en su favor. Se nos prometió que se le indultaría, cuando a los tres días leemos en la “Izvestia” que había sido fusilado aquella mañana. Casos así podría citarte a centenares.

—Y de la especulación, ¿qué me dices?

—De eso no es posible ni siquiera dar un pálido reflejo de lo que ocurre. La especulación y el robo están a la orden del día. Con centinelas a la vista se desvalijan y saquean los

almacenes del Estado.

Como caso típico escucha el siguiente:

Faltaba mantequilla en Petrogrado. El Soviet local no hallaba medio de poderse proporcionar ni un kilo. La penuria era tan grande que incluso los hospitales carecían ya de ese alimento. Los especuladores, temerosos de que les fuera impuesto un castigo grave, no se atrevían a hacer circular las existencias que tenían escondidas, ni que llegaran a Petrogrado las acaparadas en provincias. Pero era un buen momento para realizar pingües beneficios. ¿Qué hacer?

A una de las reuniones del Soviet, donde debía tratarse esta cuestión, se presenta un ciudadano y dice que él podía proporcionar un vagón de mantequilla en 100.000 rublos (que luego se supo había comprado en 8.000), pero que era preciso darle autorización para el transporte, pues el vagón de mantequilla estaba en una provincia.

Acepta el Soviet la oferta y autoriza el transporte. A los dos días el vagón de mantequilla llegaba a la capital.

Se persona un delegado del Soviet para reconocer la mercancía, hacerse cargo de ella y efectuar el pago.

Cumplidos todos los requisitos, se precintó el vagón y se pusieron cuatro centinelas de vista, que se relevaban cada dos horas.

Al día siguiente, llegan dos camiones militares a cargar la mantequilla. Quitan los precintos, abren las puertas, y… ¡en el vagón no había nada! ¡Estaba completamente vacío! No se pudo averiguar cuándo ni cómo se llevaron la mantequilla.

Se procesó a los soldados; pero cada grupo de cuatro echaba la culpa al que lo había relevado o precedido. Lo cierto es que la mantequilla no se encontró.

Habrás visto en la estación, esta mañana —continuó diciéndome—, numerosas mujeres y hombres con bultos de todas clases; con botellas de diez o quince litros de cabida, llenas de lech;, pues casi todos esos comestibles son para la especulación. Y no creas que quienes compran sean solo los burgueses desposeídos u obreros; compramos todos, incluso

nosotros, si no nos moriríamos de hambre. Las raciones que nos dan solo representan un tanto por ciento muy reducido de lo que para vivir se necesita; el resto hay que buscarlo y comprarlo entre los especuladores.

En Moscú verás cosas curiosas respecto a esto. Date un paseo por la Sujareja y verás.

—Y eso, ¿qué es? —le dije.

—Es un mercado que el Soviet no ha querido prohibir porque era el mercado de las cosas viejas. Algo así como vuestros Encantes de Barcelona, o el Rastro de Madrid.

Era ya tarde. Acababan de sonar las dos de la madrugada. El interés de lo que se decía nos hubiera hecho estar allí hasta la hora de marchar para Moscú; pero el no querer abusar demasiado de la benevolencia del amigo, hizo que diéramos la conversación por terminada.

Nos despedimos, prometiendo vernos en Moscú y hablar de otras muchas cosas.

Nos dirigimos a nuestro hotel encantados de la hermosura de la noche; pero algo intranquilos por lo que acabábamos de escuchar.

La guardia del hotel, que como por la mañana a nuestra llegada, la montaban dos hermosas amazonas de rubias y brillantes guedejas, nos produjeron cierta admiración al verlas con su correspondiente cigarro en la boca.

El uniforme algo masculino, el fusil al hombro y el cigarro en la boca, nos hizo recordar ese otro feminismo que circula por Occidente.

Revisaron minuciosamente el papelito que les mostramos, y con una seña nos indicaron que podíamos pasar.

Subimos. El vigilante de noche nos entrega las llaves de nuestras habitaciones y nos retiramos a descansar.

La fatiga del día y las emociones sufridas, reclamaban un poco de descanso; así es que nos dormimos rápidamente, apenas acostados.

II

En camino.- Dos días en Moscú

Nos despertamos algo tarde. Nuestros propósitos de levantarnos a las siete de la mañana con el objeto de dar un paseo antes de partir para Moscú, resultaron fallidos.

No conocíamos a nadie, no sabíamos hablar el idioma del país, pero nos interesaba ponernos en contacto con el pueblo. ¿Cómo? Se comprenderá que no era fácil faltándonos como nos faltaban los medios más indispensables para ello. Pero el afán que nos impulsaba era más poderoso, o al menos pretendía vencer todos los obstáculos.

Faltos del principal vehículo de inteligencia, el idioma, queríamos suplirlo lo más ventajosamente posible, y ningún medio mejor para conseguirlo que circular en todas direcciones y mezclarnos con el pueblo. Ver, sentir, recibir sensaciones.

Cuando nos despertamos y vimos que el cuarto estaba inundado de luz, nos dimos cuenta que habíamos dormido más de lo que deseábamos. Y así era, en efecto. Las nueve marcaban ya los relojes.

Nos levantamos decididos a aprovechar lo que pudiéramos, a fin de que el contratiempo ocasionado por el retardo en despertarnos, pudiera ser compensado con una mayor actividad.

Arreglados, bajamos a tomar el desayuno, y cuando nos disponíamos a salir a la calle, llega un aviso del Comité de la Tercera Internacional para que esperemos una orden.

Un poco contrariados, nos resignamos a esperar. ¡Qué remedio! Podía tratarse de algo interesante, y lo primero es lo primero. “Aprovecharemos el tiempo que podamos”, nos dijimos.

Aguardando, perdimos toda la mañana. Hasta las doce no vinieron a darnos la orden, que al fin y al cabo, no tenía ninguna importancia. Era para decirnos que al día siguiente se celebraría reunión del Comité Ejecutivo y que debíamos acudir a él, lo que por otra parte ya sabíamos.

Charlamos un rato con Tom Rech, que era el portador del recado, esperando la comida y la marcha, pues a las dos de la tarde partíamos para Moscú. Habíamos perdido la mañana tontamente.

La comida que se nos dió en el Hotel Internacional, como la que más tarde nos fué suministrada en el "Dielavoy Dvor", de Moscú, era ración excepcionalísima. Los delegados, en este aspecto, como en todos, éramos la verdadera aristocracia del país. La miseria y el hambre de las gentes contrastaba con el trato que a nosotros se nos daba. ¡Y cómo abusaron algunos delegados de esta ventaja!

A la una vinieron a decirnos que el auto nos esperaba para cuando quisiéramos marchar. A fin de no entretenerlo demasiado, optamos por dirigirnos a la estación, esperando allí la hora de salida del tren.

En la estación volvimos a presenciar el espectáculo de la mañana anterior, a raíz de nuestra llegada a Petrogrado.

Todos los trenes, tanto a la llegada como a la salida, iban pletóricos de gentes andrajosas y miserables, que con sacos, pañuelos grandes, trozos de tela, cestas, botellas y otros utensilios, venían hacia Petrogrado o salían de él, en busca de los alimentos que en la villa no podían encontrar. La única diferencia era que, los que salían, no iban cargados con bultos tan grandes como los que entraban. Las ropas y calzados que utilizaban en sus transacciones con los campesinos, no tenían el volumen de los productos por los que cambiaban, y por eso los bultos eran más pequeños.

Nos indicaron el tren que nos trasladaría a Moscú, y pudimos observar que todos sus coches eran de viajeros, en estado lamentable, es cierto, pero eran de viajeros.

El coche-cama que nos había llevado desde Reval ya estaba enganchado y dispuesto.

Nos paseamos un momento por los andenes, pero el

calor, que ya empezaba a apretar a aquella hora, nos hizo recogernos en el coche. Téngase presente, que habiendo adelantado tres horas los relojes, por razón de economía en la luz, no eran más que las once de la mañana, hora de Europa; por eso decimos que empezaba a apretar el calor.

El paisaje ruso era una cosa monótona y triste. Bosques y más bosques; llanuras y más llanuras; siempre lo mismo. De trecho en trecho algún lago, algún riachuelo y nada más. El abeto es el árbol que abunda por excelencia. A veces se recorren kilómetros y kilómetros de ferrocarril sin ver a un lado ni a otro nada más que las copas de los árboles. Nos dijeron que en verano los incendios son muy frecuentes en esos bosques que cruza el tren. Alimentadas las locomotoras con leña, aunque en lo alto de la chimenea lleven un emparrillado de fuertes barras de hierro, suelen salir numerosas chispas y trozos de leña encendidos que las pulsaciones arrancan violentamente del fogón de la máquina. El calor y los trozos de leña y hojas secas hacen lo demás. Miles y miles de árboles se queman en estos casos, sin que nada pueda hacerse por evitarlo, pues precisa casi siempre cortar el fuego bastante distante del lugar donde se ha iniciado.

También vemos desde las ventanillas del tren tristes y miserables isbas (cabañas) de los campesinos rusos.

Las poblaciones grandes de Rusia son muy pocas, si se considera que cuenta con unos ciento treinta millones de habitantes.

De población superior a un millón, acaso no haya en Rusia más de dos capitales: Moscú y Petrogrado. De menos de un millón y más de cien mil habitantes, no pasarán de cuarenta. Y de veinte mil habitantes hasta cien mil, no serán muchas más. Todo el resto, hasta los 130 millones de habitantes, se divide en pequeñas ciudades y aldeas. Desde el tren se contemplan contínuamente agrupaciones de isbas formando poblados o aldeas.

En cada estación bandadas de niños se acercaban al tren solicitando una limosna, o bien ofreciéndonos mercancías; leche, manzanas y otras frutas, por las que no

querían admitir dinero. Si se les daba rublos os decían que no los querían; se les había de dar, a cambio de lo que ofrecieran, un pañuelo, azúcar o sal. Sobre todo sal. La alegría de aquellos vendedores improvisados, cuando recibían sal a cambio de su mercancía, no tenía límites. Vimos también numerosas mujeres trabajando en la reparación del ferrocarril. Lo eran la mayoría. Sobre los vagones y descargando el balastro, veíanse muchas, desgreñadas y sucias.

En algunas estaciones pudimos observar la causa de las dificultades en las comunicaciones ferroviarias en Rusia. En las vías muertas de ciertas estaciones, veíanse centenares de vagones y docenas de locomotoras fuera de servicio, que por no poder ser reparadas, había necesidad de arrinconar. Es aquí donde se veía la obra criminal e inhumana del bloqueo.

Casi todo el material de reparación de los ferrocarriles rusos, venía del extranjero, antes de la revolución. Decretado el bloqueo, no fué posible improvisar ese material, y hubo que disminuir el servicio de comunicaciones ferroviarias por no disponer del material móvil necesario.

Asimismo pudimos observar la influencia de las ideas religiosas sobre el pueblo ruso.

En muchas estaciones había altares o capillitas con iconos, y la mayoría de las gentes, se persignaban las tres veces de ritual al pasar delante del icono. Esto tuvimos ocasión de presenciarlo con muchísima frecuencia, después en Moscú y en el interior de Rusia; pero como en Petrogrado apenas si lo habíamos visto, nos llamó mucho la atención.

Otra singularidad de las costumbres rusas, es la de que en cada estación por pequeña que sea, haya un caldero de agua caliente, casi hirviendo, que un empleado cuida con gran celo. De estas calderas toman los viajeros el agua para hacer su te.

El no ser montañosas las provincias centrales de Rusia, hace que las aguas no sean muy potables en verano, y en

invierno, el frío las congela completamente; por eso el gran consumo de te que se hace. Y para que el viajero pueda cómodamente preparárselo, halla en cada estación el agua caliente, que toma a discreción.

A media tarde, nos avisó el camarada encargado del correo diplomático, que era el mismo con quien veníamos desde Reval, que Zinoviev quería hablar con nosotros.

Quedamos sorprendidos. Ignorábamos que Zinoviev viajara en el mismo tren.

Sí que habíamos observado que a la cola del tren se había adicionado un vagón especial, al que nadie subía ni bajaba, salvo cuatro soldados que, bayoneta calada, se apostaban a un paso de distancia de las cuatro salidas del coche al parar el tren en cada estación y que no permitían acercarse a nadie. Pero, supusimos que sería el servicio de escolta del tren. Luego vimos que era el coche especial de Zinoviev.

Deseosos de conocerle y de estrechar su mano, no nos hicimos rogar. Inmediatamente nos trasladamos a su coche, y quedamos maravillados al entrar.

Más que un vagón de ferrocarril parecía aquello un saloncito lujoso de una persona acaudalada.

Formaba tres departamentos: uno, que servía de recibidor y comedor, montado a todo lujo, con muebles sobrios, pero buenísimos; otro, que hacía las veces de despacho, con su mesa escritorio, su armario biblioteca y su cómoda cama; y un tercero que era la cocina.

—Es una de las confiscaciones hechas por el Gobierno soviético —nos dijo Zinoviev viendo que nos fijábamos atentamente en estos detalles—. En Rusia, en tiempos del zarismo, era corriente que los grandes duques, príncipes y grandes propietarios, viajaran en vagones de su propiedad. De iguales comodidades disfrutaban cuando hacían travesías por los ríos navegables. En el Volga, que me gustaría visitaran, se contaban a docenas los vaporcitos de lujo.

Este coche ha sido puesto a mi disposición por el Gobierno, como presidente actual de la Tercera

Internacional y miembro del Comité político del Partido Comunista. Perteneció a un Gran Duque, que lo ha reclamado varias veces inútilmente. Ni éste, ni ninguno otro, será devuelto. Son de propiedad del Estado y el Estado los utiliza para su servicio.

Y prosiguió, cambiando de tema:

—Les he llamado para conversar un rato y para invitarles a cenar conmigo. Ya se ha dado orden al cocinero de que prepare la cena para todos. Por el momento nos servirán el té.

Puesto que del cambio de ideas que tuvimos con Zinoviev, hemos de tratar ampliamente en otro lugar, nos limitaremos aquí a dar un ligero resumen nada más.

Zinoviev nos pidió informes del movimiento social y político de los respectivos países allí representados por las delegaciones. Expusimos lo que creíamos justo y pertinente, y él nos habló de Rusia, de su personal entusiasmo por la Revolución, de lo que el Partido había hecho por ella y de la obra que pretendía realizar. Y, finalmente, nos cantó las excelencias de la "dictadura del proletariado", sin la cual, la revolución sería imposible en cualquier país.

El comunismo, sobre todo el bolchevizante, según Zinoviev, era el mágico talismán, el sésamo, la panacea que ha de dar al hombre la felicidad.

Me atreví a objetarle que no comprendía qué clase de comunismo era el implantado en Rusia, ya que, según mi creencia, el comunismo era solo posible en la fórmula de "a cada uno según sus necesidades, y de cada uno según sus fuerzas", y que, además, creía que en un régimen comunista, el salario, y menos el salario con categorías, no se avenía con lo que yo entendía comunismo.

—Que haya treinta y cuatro tarifas de salarios, y que los funcionarios del Estado trabajen seis horas, mientras la jornada legal de las fábricas es de ocho, no me parecen prácticas de comunismo —añadí.

—Ya sé que sois anarquista —dijo sonriente—, y que por ello, estáis un poco impregnado de ideas pequeño-burguesas; pero veréis, veréis apenas os pongáis en contacto

con nuestros medios, cómo os compenetráis con la práctica del verdadero comunismo.

Además, la práctica del comunismo —prosiguió— no puede hacerse en gran escala. Nada más que a favor del Estado, no a favor del individuo. El Estado lo confisca todo, se apodera de todo y dispone de todo en favor de la comunidad, que en este caso es el país entero. El país, o mejor dicho, cada individuo, debe colaborar ciega y disciplinadamente en favor del Estado y, en la forma y modo que el Estado le mande. Como todos los beneficios de esta colaboración revierten en favor del Estado, éste los reparte luego según el servicio o la importancia del servicio que cada uno le haya prestado. Este es el verdadero comunismo, y no el que propagáis los anarquistas.

—No lo comprendo —repliqué—. A mi parecer, eso no tiene nada de comunismo. A lo más, es el colectivismo que el socialista belga Vanderbelde defiende en una de sus obras. Aquí hay un patrono: el Estado; y un proletariado: el pueblo. Y si el obrero ha de trabajar mediante un estipendio cualquiera, y lo que produzca en mas de lo que ha de consumir, no puede distribuirlo como a él le plazca, ni disponer de él según acuerdos que libremente pueda contraer, y solo ha de aceptarlos en la forma que el Estado quiere entregárselos, no hay comunismo; no hay más que un colectivismo más o menos radical. Esto es todo. Mientras haya clases, diferencias sociales o categorías, el comunismo no es posible. Y aquí hay, si no clases, por lo menos categorías, desde el momento que los salarios no son iguales y que cada obrero ocupa la categoría que el Comité de Fábrica le concede.

—Ya os convenceréis —me respondió— de que estáis equivocado. —Y la conversación tomó otro giro.

La tarde era muy avanzada y se nos sirvió la cena.

Terminada ésta, conversamos aún algo más, aunque de cosas triviales, retirándonos luego a descansar a nuestro vagón.

Nos acostamos y dormimos hasta hallarnos cerca de Moscú. En la estación nos esperaban cuatro automóviles, en

los que fuimos trasladados al hotel “Diclavoy Dvor”, que acababa de ser restaurado para recibir a los delegados al segundo Congreso de la Tercera Internacional.

De allí, poco después, partimos hacia el local de la antigua Embajada alemana en Moscú, domicilio oficial de la Internacional Comunista, donde la reunión del Ejecutivo debía celebrarse.

No me ocuparé de las incidencias ni curso del Congreso, por haberlo expuesto ya en el folleto, que de mi gestión como delegado en el Congreso está publicado, ampliado más tarde en el titulado “Consideraciones y juicios acerca de la Tercera Internacional”.

Pero antes, quiero dar el resumen de una entrevista que tuve con Drizzo, o Suzowsky, como se quiera que por los dos nombres es conocido.

Al día siguiente de nuestra llegada a Moscú, o sea el día 30 de Junio, por convenido así el día anterior, después de terminada la reunión del Ejecutivo de la Internacional Comunista, tuvimos una entrevista con Lusowsky y celebramos con él una especie de *interview*, que nos fué utilísima en toda nuestra gestión posterior.

Es un hecho, ya reconocido por la Historia, que la organización de Sindicatos en Rusia, surge después del movimiento de 1905. Ahogado en sangre aquel movimiento, que estuvo a punto de acabar con el régimen zarista, la misma nobleza y la burguesía vieron la necesidad de conceder un margen de libertad a las aspiraciones del pueblo, y al margen de esta libertad concedida, nacieron las primeras organizaciones sindicales.

Cuando decimos que se les concedió un margen de libertad, no queremos decir que pudieran desenvolverse, no ya con entera libertad, sino ni con mediana libertad siquiera; lo que pretendemos es sintetizar el comienzo de una concesión que la sangre vertida arrancara al zarismo, ya herido de muerte, y las ventajas que sacó el pueblo de la tregua represiva.

La reacción que siguió a los sangrientos sucesos de 1905 fué cruelísima; pero si quebrantados quedaron los

partidos políticos que en el movimiento habían intervenido, por la represión que los diezmó, tanto o más quebrantado quedaba el régimen que la ejerció.

Convencida la burguesía y la nobleza, de que era muchísimo más práctico abrir una válvula de escape al creciente malestar y protesta de la clase trabajadora, que oponerse por la violencia sistemática al descontento que, indiscutiblemente, existía en el pueblo, toleró que los trabajadores pudieran asociarse para reivindicaciones económicas de clase.

El incremento de los Sindicatos fué tan rápido y seguro, que el Gobierno, no atreviéndose ya a retirar lo concedido, sembró la organización de confidentes y agentes provocadores, que le permitían, al amparo de falsos movimientos y de delaciones siempre anónimas, realizar detenciones en masa, con lo que alcanzaba dos finalidades: deshacerse de los obreros más enérgicos y capacitados, enviándolos a Siberia o al patíbulo y desarticular la organización temporalmente, lo preciso para que la burguesía respirara y se repusiera.

Los partidos políticos rusos quisieron sumarse entonces y aprovecharse de la organización sindical para sus propagandas, en la creencia de que el Gobierno les facilitaría esta tarea; pero se convencieron en seguida que no era posible. Vieron que, no solo no podían aprovecharse del margen de tolerancia sin grave riesgo para ellos, sino que los mejores de sus militantes, quedaban expuestos a las iras de aquel poder tan bárbaro como disoluto. Desde este momento, los partidos políticos continuaron su propio camino y los Sindicatos se vieron libres de ellos. Entre unos y otros siguieron manteniéndose relaciones; ahora bien, actuando en una esfera completamente distinta.

No obstante, esta separación que las circunstancias imprimían con fuerza irresistible, los Sindicatos no desaparecieron, y aunque muy paulatinamente, extendieron su influencia y su radio de acción.

La declaración de la guerra europea puso a los Sindicatos rusos, al igual que a los de otros países que

intervinieron en la contienda, en situación apuradísima; pero más tarde, al revés de lo que ocurrió en las demás naciones beligerantes, los Sindicatos rusos consiguieron reaccionar y crear una fuerza poderosa. La descomposición política y económica del país, que determinó la debilidad absoluta del zarismo hizo que los Sindicatos alcanzaran gran preponderancia.

Y en esta situación de los Sindicatos, es cuando Suzowsky no habla de ellos.

No quisiéramos desnaturalizar el pensamiento del presidente de la Confederación General del Trabajo rusa, y vamos a seguir lo más exactamente posible las notas que conservamos de aquella conversación.

Hecha la revolución de marzo, la primera —nos dice—, los Sindicatos crecieron asombrosamente, y aunque desde un plano distinto, no cesaron de hostigar al gobierno de Kerensky para que éste diera plena satisfacción a las ansias populares.

—Hecha la revolución de marzo, la primera —nos dice — los der ante el impulso creciente de las masas organizadas, pero arrollado por las Embajadas extranjeras, en vez de inclinarse por el pueblo, se unió a la burguesía liberal y a los "cadetes", que la representaban.

Entonces, los Sindicatos, por su propia iniciativa, produjeron un movimiento agresivo contra el Gobierno y la burguesía, reclamando la terminación de la guerra y mejor acondicionamiento de los medios de vida.

En este movimiento, que se inició, seguidamente a la primera revolución y duró hasta principios de mayo, se produjo, a partir de esta fecha, un descenso, una reacción en sentido opuesto, y la burguesía, que deseaba tomar el desquite, inició una serie interminable de locauts y arbitrarias disposiciones que producen por sí solas hacer reaccionar más violentamente que antes a la clase trabajadora.

Se presenciaron casos pintorescos en aquella lucha gigantesca.

Los obreros, adelantándose a los acontecimientos que

pocos meses después habían de generalizarse, empezaron a tomar posesión de las fábricas, poniendo en práctica un procedimiento que había costado muchos años de presidio y muchos destierros a Siberia en tiempos del zarismo.

Cuando los obreros de una fábrica no estaban contentos del encargado, director o patrono de la misma, y querían deshacerse de él, procedían de la manera siguiente que, lo repito, era ya una vieja costumbre en Rusia:

Cada obrero ocupaba su puesto de trabajo, como si nada hubiera de suceder, y solo uno quedaba de vigilancia en la puerta. Apenas se divisaba la persona que se quería expulsar, dábase la voz de alerta, y todos se ponían en guardia, pero sin abandonar su trabajo ni moverse de su puesto.

Cuando la víctima había traspasado el umbral de la fábrica, a una señal convenida todos los obreros se dirigían hacia ella y la rodeaban, formando un círculo del que no podía salir. Entonces un obrero le manifestaba los propósitos de los trabajadores, y si voluntariamente accedía a ellos, nada ocurría; pero si hacía resistencia, si no cumplía la intimación, uno de los presentes iba a buscar una carretilla de mano, en la que ponían a la persona, la sacaban fuera de la fábrica, y cuando estaban en medio de la calle volcaban la carretilla, y allá iba nuestro hombre rodando por el suelo, acompañado de las risas, chacotas y burlas de los circunstantes. Sucio, corrido y avergonzado, tenía que marcharse, porque si pretendía volver a la fábrica era peor. Podía ocurrirle algo más grave.

Escenas de estas se presenciaban a diario en las calles de Petrogrado y a las puertas de las fábricas.

La efervescencia crecía; las medidas de Kerensky contra el pueblo y las órdenes de prisión contra los obreros que expulsaban de las fábricas a los patronos, excitaron los ánimos y los Sindicatos de Petrogrado y Moscú, puede decirse que fueron los que más directamente alentaron el movimiento de la segunda revolución.

—Según esto, la participación de los Sindicatos en la segunda revolución fué muy visible —le objeté.

—Sin duda alguna. Y puedo afirmarle que los Sindicatos fueron el nervio de la revolución.

—Y después, ¿cómo se portaron?

—Generalmente bien, si hacemos las excepciones de rigor.

Los Sindicatos se pusieron a la obra para organizar el trabajo y la producción, aunque pronto se vió que no lo lograrían. El espíritu corporativista pesaba más en sus decisiones que los intereses de la colectividad.

Así, por ejemplo, se dió el caso de que los obreros de la manufactura Provownik tuviesen nafta (carburo de hidrógeno) en abundancia. Y faltando nafta para hacer marchar los motores generadores de la fuerza para los tranvías, solicitó de los de la manufactura Provownik que cedieran una parte, y se negaron rotundamente.

—¿Y qué hizo el resto de los trabajadores ante esta negativa? —pregunté.

—Llamaron a todos los obreros de la manufactura a una reunión en la Bolsa del Trabajo, y allí les dijeron que si no cedían una parte de nafta para que los tranvías circulasen, se les declararía el “boycot” y no se les dejaría viajar en los tranvías.

—¿Y cedieron?

—Qué remedio ¿Quién resiste a una coacción de esa índole, a la amenaza de todo un pueblo?

—Así es que la coacción moral de los otros trabajadores les hizo ceder la nafta.

—No había otro procedimiento para obligarlos. Hoy no hubiera sucedido así.

—Lo interesante —repuse— es la confirmación que me hacéis de que la intervención de los Sindicatos en el movimiento revolucionario fué relevante.

—De eso podéis estar seguro. Como de que ahora, después de la revolución, la armonía ante la Confederación General del Trabajo y el Partido Comunista es absoluta. Trabajamos de común acuerdo y siguiendo la plataforma del partido para la implantación del comunismo y el afianzamiento de la dictadura del proletariado. Marchamos

en acuerdo absoluto en estos aspectos. La disciplina del Partido lo impone así, y a ella hay que someterse.

La conversación debía terminar, pues las innumerables ocupaciones de Lusowsky reclamaban de él el tiempo que nosotros le quitábamos.

—A propósito —me dijo—. ¿Queréis formar parte en una excursión que se organiza para los delegados por el río Volga? ¡Será muy interesante! Como el Congreso no empieza hasta el día 15 del mes que viene, tendremos tiempo de internarnos en el corazón de Rusia, donde podéis poneros más en contacto con la revolución. Son ya más de veinte las personas inscritas. Todos delegados.

Además, os invitamos también a tomar parte en un mitin que se celebrará mañana en uno de los campamentos de soldados de las afueras de Moscú. Esperamos que no faltéis.

—Contad conmigo.

Tomé parte en el mitin del campamento de soldados al día siguiente. No es que me entusiasmara a mí, antimilitarista impenitente, contribuir a una propaganda militarista, pero se me ofrecía ocasión de ver de cerca la organización de un campamento militar, y acepté.

Fuimos recibidos con todos los honores.

Formaron las distintas divisiones que había en el campamento, y por entre filas de soldados fuimos al pabellón que ocupaba el camarada comandante.

Se nos sirvió el te y conversamos. La Comisión extraordinaria del campamento, compuesta por hombres afectos al Partido, y que tenía la misión de hacer propaganda comunista entre los soldados, se puso a nuestra disposición para cuantos informes quisiéramos adquirir.

Fuimos preguntando.

—¿…?

—La disciplina es muy rigurosa. Si no hubiera existido no hubiéramos podido organizar el Ejército. Ha sido preciso restablecer la pena de muerte y las más severas penas, para evitar las deserciones en masa. Y no solo se castiga al soldado que deserta del ejército, sino que la aldea o pueblo

donde se refugia y no lo denuncia, ha de pagar una fuerte contribución por ocultamiento.

—¿…?

—Se lee mucho en el Ejército. Hay libro que casi repugna, de manoseado que está, y, sin embargo, lo conserva el que lo tiene como si fuera una joya preciosa, un objeto de incalculable valor.

—¿…?

—Se prefiere la literatura. También la *literatura comunista* del Partido circula bastante; pero la literatura es la preferida.

—¿…?

—Entre las ciencias, la astronomía tiene, según nuestros cálculos, un cuarenta y cinco por ciento de los lectores, cifra que no alcanza ninguna otra rama de la ciencia.

—¿…?

—Entre el estudio de lenguas extranjeras no podríamos establecer comparación. El Esperanto tiene un sesenta por ciento de alumnos. Podemos decir que, hasta ahora, ésta es la preferida.

—¿…?

—El número de analfabetos disminuye considerablemente, y aquí hacemos cuanto está a nuestro alcance para reducir a cero la cifra. Por lo pronto, cuando llega un soldado que no sabe leer ni escribir, lo primero que hacemos es enviarle a la escuela del campamento. Si muestra aplicación y deseos de aprender, se le pone en seguida en igualdad de condiciones; si no, se le dedica a los trabajos más penosos para despertar en él el ansia de instruirse. No como castigo, sino como correctivo. Y este procedimiento da buenos resultados. Digamos también que no son numerosos los casos en que deban aplicarse.

—¿…?

—Continuamente damos conferencias. Por lo menos dos o tres por semana. Ahora, cuando nos dirijamos al lugar donde habéis de hablar veréis la tribuna desde la que comúnmente suele hablárseles. Hoy prescindimos de ella

para que habléis vosotros.

El que parecía ser el “responsable”, pues toda Comisión tiene un individuo responsable, nos invitó a que manifestásemos donde quiera que nos cupiese dirigir la palabra, que el Ejército rojo se organizaba y preparaba para llevar la revolución a todos los países. Que su deseo era poder abrazar un día en una población del centro de Europa a un delegado de cada uno de los Ejércitos rojos formados en cada país, ya que no fuera posible dar este abrazo a cada soldado.

Un oficial avisó al comandante y a la Comisión que las tropas estaban formadas esperando.

Nos dirigimos hacia el lugar donde debía celebrarse el mitin.

En el camino pasamos por delante de la tribuna ordinaria, desde la que los oradores hablaban a los soldados.

Era una plataforma de unos dos metros cuadrados, montada sobre cuatro postes, de unos tres metros de altura, con una escalera en un costado para el acceso. Los cuatro postes estaban, a su vez, montados en un armazón de madera con cuatro ruedas, lo que permitía el traslado.

El lugar del mitin era una explanada espaciosa en la que, formando extensa circunferencia, se hallaban formadas todas las fuerzas del campamento. Nosotros ocupamos el centro. Y desde allí, les dirigimos la palabra, en francés, que luego traducía al ruso el camarada Lusowsky.

III

Una excursión por el Volga

El día primero del mes de julio salimos en tren especial para Nijni-Novgorod.

En la expedición iban veintisiete delegados extranjeros, más los rusos que el Comité de la Tercera Internacional agregó para que nos acompañaran y sirvieran de intérpretes e intermediarios. El jefe "responsable" era Luzowsky.

Entre los excursionistas figuraba toda la delegación italiana, con su venerable D'Aragona, el funambulista Serrati y el simpático y lánguido Bombacci, más preocupado en hacer destacar su hermosura que en estudiar lo que en Rusia pasaba. También estaban Cachin, Frossard, Rosnier y su compañera, de Francia.

Llegamos a Nijni-Novgorod al siguiente día, a las once de la mañana, siendo recibidos en los andenes por el Comité Soviético local y todos los representantes oficiales del Gobierno.

Las tropas de la localidad, formadas en el interior y el exterior de la estación, nos rindieron honores militares. Al entrar el tren en agujas una banda de música atacó los primeros compases de "La Internacional", himno oficial del Gobierno.

Al detenerse el tren, cesó la música de tocar. Pero apenas pusimos pie en tierra y saludado a los representantes oficiales, la banda volvió a entonar el himno; y todos los presentes, excepto los delegados, se mantuvieron en rígida actitud militar y con la mano a la altura de la gorra.

La seriedad militar de aquellos hombres nos dejó estupefactos.

Yo me había hecho la ilusión de que saldría a

recibirnos el Soviet, pero sin aparatosidades de ninguna clase; lo que veía ni lo hubiera soñado siquiera; nunca me lo hubiese creído.

Entre tanto, el pueblo, la multitud, permanecía alejada y distanciada de nosotros, pues el cordón de tropas formado impedía que pudiera acercarse. Creo que aunque hubiera podido tampoco se hubiera acercado; pero abstengámonos de comentar; relatemos solamente.

Terminados los saludos, cambio ligerísimo de impresiones y lo que es de rigor, tomamos los autos que nos esperaban y partimos hacia el río Volga, al que un escritor llamó la "espina dorsal de Rusia".

El vapor estaba engalanado y empavesado con banderas rojas y letreros alusivos a la Tercera Internacional. Tampoco faltaba el conocido "Proletarios de todos los países, uníos".

Llegados al vaporcito, un ruido ensordecedor se elevó simultáneo de todas partes. Era que, por orden del Soviet, todas las sirenas de los barcos y las fábricas nos saludaban.

Cinco minutos duró la serenata. Luego, la banda de música, que acababa de llegar, nos obsequió nuevamente con "La Internacional". Ahora alcanzaba majestuosidad, pues con los acordes de la música se elevaban las voces de la multitud cantando el himno.

Trasladados al salón comedor, nos sirvieron un espléndido banquete.

El vapor reunía todas las comodidades de confort que pueden exigirse.

Como los vagones particulares que recorrían las líneas férreas rusas, en tiempos del zarismo, aquel era uno de los vaporcitos particulares que sus dueños utilizaban para excursiones y orgías escandalosas por el Volga.

El que utilizábamos había pertenecido a un renombrado personaje de la nobleza.

Terminado el banquete, el auto nos llevó al teatro principal de la ciudad, donde había de celebrarse un mitin.

El salón estaba atestado de gente. Ya no cabía nadie. Aparte la curiosidad que pudiera haber por oír a los

delegados, el Soviet local decretó que el día de nuestra llegada sería día de fiesta, para que el pueblo saliera a recibirnos.

Terminado el mitin, volvimos al barco, y se convino que al día siguiente remontaríamos la corriente para visitar los grandes talleres metalúrgicos de Soromovo; que después de la visita a Soromovo retornaríamos hacia Nijni-Novgorod para, definitivamente, seguir hacia Kazán, a la margen del río, descendiendo hasta Astrakan, adonde propuso Serrati que llegáramos, si teníamos tiempo para ir.

La visita a los talleres metalúrgicos de Soromovo que con los de Putilof, en Petrogrado, creo que son los más importantes de Rusia, nos puso en contacto, a través de los intérpretes oficiales y de los delegados que nos acompañaban, con trabajadores rusos.

Como es de suponer nuestra visita era siempre precedida de un aviso del Comité de la Tercera Internacional y del Soviet de la población que abandonábamos, así es que en cada población que visitamos no faltó recepción.

Como Soromovo no es una población, propiamente dicho, sino unos grandes talleres, algo distantes de las verdaderas ciudades, todos los que habitan allí viven únicamente para la fábrica. Cuando no se trabaja hay que abandonar el lugar y las únicas autoridades suelen ser los directores.

Fuimos recibidos por el director de los talleres, un entusiasta comunista que había residido muchos años en París como emigrado, y que al estallar la revolución se reintegró a su país.

Visitamos todos los departamentos, la mayoría en estado lamentable, pues la falta de materias primas impedía trabajar intensamente y reparar los desperfectos que el tiempo y el desgaste ocasionaban.

Estos talleres, fueron creados para hacer competencia a los de Putilof, en la construcción de material de guerra, en la época zarista. No pudiendo lograr su objetivo, se dedicaron más tarde, y con preferencia, a la construcción

locomotoras y de maquinaria agrícola.

Durante la guerra europea construían solo material de guerra, igual que en el momento de nuestra visita.

Los departamentos eran imponentes. Los que mejor se conservaban eran los de fundición y laminación y los de torneado y acabado de cañones ligeros y ametralladoras. Por aquel entonces estaban construyendo el primer tanque de guerra. Para modelo les servía uno que los ingleses abandonaron cuando el Ejército Rojo entró en Bakú.

Lo tenían a medio desmontar y al lado estaba el que construían.

Terminada la visita de los talleres, se celebró un mitin, que las sirenas de las fábricas anunciaron para que el trabajo cesara.

Como las casas y viviendas de los obreros están dentro del recinto que ocupan los talleres, acudió toda la gente a oír a los oradores.

El aspecto de la mayoría de los concurrentes era de completa indiferencia. Hubiérase creído, viéndolos, que solo deseaban que se terminara cuanto antes para irse a comer, pues ya se acercaba la hora.

En la mayoría de los rostros de las mujeres que acudieron al mitin, se dibujaba una sonrisa burlona y de incredulidad por lo que se decía.

Pude observar que los fumadores no tenían papel de fumar; pero el ingenio lo suplía.

De un trozo de papel de periódico o de cualquiera otro —el de seda de las máquinas de escribir era muy buscado— hacían un cucurucho muy fino y elegante; luego, por la parte más ancha del cono doblaban, en forma de escuadra, un trozo como de uno o dos centímetros. De esta forma quedaba improvisada una pipa que llenaban de tabaco, o de algo que se le parecía. La parte puntiaguda del cucurucho, la cortaban un poco y ya tenían hecho el cigarro. Una cerilla, y a fumar. Por lo ingenioso del procedimiento, y porque revelaba cómo la necesidad aguza el ingenio, he querido descubrirlo.

De regreso a bordo, hicimos camino atrás hasta Nijni-

Novgorod, donde hizo alto el barco y se nos sirvió la comida. Terminada ésta, tomó rumbo abajo, hacia Kazán, adonde debíamos llegar al día siguiente.

Cuando el vapor se disponía a partir, recomenzó la serenata de silbidos y sirenas del día anterior, que duró hasta que perdimos de vista la población.

La navegación en el Volga, es algo de lo más sugestivo que he presenciado en mi vida, y si supiera hacerlo, si mi pluma tuviera la facilidad descriptiva de llevar al papel la belleza de una excursión por aquel grandioso río, la describiría para deleite del lector. No reuniendo esas facultades, permitidme que no profane el encanto, limitándome solo a la tarea que me he impuesto.

El recibimiento que se nos hizo en Kazán no fué tan importante ni tan aparatoso como el de Nijni-Novgorod, acaso por tratarse de una ciudad más secundaria.

En el desembarcadero del río se hallaba el Soviet de la villa y todos los representantes comunistas. Vuelta a la banda de música, a la "Internacional" y a las actitudes militares.

Se nos paseó por la población en autos oficiales, y por la tarde se celebró mitin.

El tomar parte en estos actos públicos resultaba antipático a no poder más.

Apenas hacía irrupción en la tribuna el Soviet de la villa, precedido de los oradores que habían sido designados para tomar parte y de todos los delegados, pues todos concurríamos, la banda de música atacaba "La Internacional".

Cuando el presidente del Soviet local, que era quien presidía el mitin, daba por empezado el acto, y cuando después de la presentación obligada concedía el uso de la palabra al primer orador, más música y más "Internacional".

Mientras hablaban los oradores extranjeros, no había aplausos, porque no nos entendían; pero al traducir los discursos al ruso, lo mismo que al hablar un orador del país, cada párrafo era subrayado por el aplauso del público;

la banda acometía “La Internacional”, que todo el mundo había de escuchar de pie y los más acérrimos comunistas saludaban militarmente.

Era una verdadera obsesión. Terminó por causarnos tal disgusto que, el que más y el que menos, se escabullía en cuanto se percataba que había mitin o recepción oficial.

Aquella misma tarde, ya de noche, partimos para Simbirsk.

El recibimiento que se nos hizo en Simbirsk igualó al de Nijni-Novgorod.

Del lugar donde se halla el embarcadero del río a la población, mediará la distancia de un kilómetro, cuya carretera estaba intransitable.

Los autos apenas podían circular, pero el Soviet no tenía medios de ordenar su arreglo.

Se nos llevó, primero, al domicilio social del Soviet, donde se nos obsequió con un almuerzo.

Terminado éste nos dirigimos a una gran plaza, situada en el centro de la población, en la que se hallaban formadas todas las tropas de la guarnición para asistir a otro mitin con música.

En el centro del cuadro que formaban las tropas se había erigido una tribuna en forma de catafalco, a unos cuatro metros de altura, para desde allí dirigir la palabra.

Después de presenciar el desfile de las tropas, unos nos dirigimos al teatro y otros a la Academia de oficiales del Ejército rojo, donde también se celebraba otro mitin.

Presenciamos el paso de un entierro que llamó nuestra atención por algo típico y propio del país.

La caja, era llevada en hombros y descubierta. La tapa la llevaban cuatro individuos que iban detrás.

Es costumbre que no se cierre la caja del muerto hasta el momento de bajarlo a la fosa. No se quiere privar al difunto, al parecer, de que se sature de luz solar hasta el último momento.

Se comprenderá que, hallándonos en Simbirsk y en misión obligada y oficial, no faltaran alusiones a lo más importante. Y ¿qué otra cosa más importante para Simbirsk

y para los comunistas que recordar nos hallábamos en el lugar del nacimiento de Lenin?

Vladimiro Ilich Ulianof-Lenin, del que dice Zinoviev que su padre “era de origen campesino” y que “trabajaba en la región del Volga en calidad de director de las escuelas populares”, era hijo de la capital donde nos hallábamos en aquel momento.

Todos los discursos que se pronunciaron aquel día en Simbirsk, fueron otros tantos panegíricos a la persona del jefe comunista, al “revolucionario sin precedentes, al hombre que supo conducir al proletariado a la más grande epopeya que la humanidad conoce”.

Yo, como no estaba designado para tomar parte en ningún mitin de los dos que iban a celebrarse, por haber hablado en el de la Plaza, opté por ir a presenciar el del teatro y ponerme en contacto con el elemento civil.

La concurrencia era numerosa y se hacía difícil acercarse al teatro.

Cuando ya estaba sentado en una de las sillas del escenario, vino a llamarme Lusowsky, para decirme si quería ir a tomar parte en el mitin de la Academia militar, pues a Serrati, que con otro había sido designado, no se le encontraba por ninguna parte.

Acepté, trasladándome allá enseguida. Se nos sirvió un te y un sanwich al estilo ruso, y luego hablamos Sadul y yo.

Ya tarde regresamos a bordo, a fin de partir aquella misma noche para Samara.

En unos tinglados del embarcadero, entre los montones de mercancías y de restos de todas cosas allí abandonados, se hallaban un centenar de familias tiradas por el suelo y en el más completo abandono. La promiscuidad, la suciedad y la miseria, delataban un hondo sufrimiento. Pregunté por qué estaban allí, y me contestaron que eran familias que habían emigrado al interior de Rusia el año anterior, a causa de la invasión del general blanco Denikine, y que ahora volvían a su país.

Hacía días que esperaban un barco, y mientras llegaba habían de acampar a la intemperie y en medio de la

suciedad, sin que nadie se preocupara de su tristísima situación.

La misma noche, partimos para Samara, donde se repitieron las recepciones oficiales, los mítines y "La Internacional".

Pasamos el día en Samara. De allí fuimos a Saratof habiéndonos detenido antes en Marx-Stad, (ciudad de Marx), que era una antigua colonia formada por alemanes, originarios de aquellos que la reina Catalina atrajo hacia su país concediéndoles privilegios respetados hasta el momento de estallar la revolución.

En Saratof abandonamos el río para regresar en tren hacia Moscú, pasando antes por Tula y por Ivanovo-Vosnosiensky.

Mas antes de dar por terminada la excursión por el Volga y retornar a Moscú, debemos decir algunas cosas, que seguramente, interesarán a quien nos lea.

Antes de llegar a Samara, visitamos unas minas que comenzaban entonces a ser explotadas.

Se trata de unas riquísimas minas de gips, una piedra betuminosa que no tiene desperdicio alguno.

Puede ser usada como combustible en hornos donde se precise mucho calor; fundiciones de hierro y de metales, por ejemplo.

Si se la quiere someter a reacciones químicas, puede obtenerse del gips sustitutivos de la bencina y del petróleo. Los residuos de la preparación química, pueden ser utilizados también como combustible en los hornos de fundir minerales. Las cenizas de este combustible son utilizables totalmente como sustitutivo del cemento, pues tienen las mismas propiedades que éste.

De los sondeos practicados hasta entonces, se tenía seguridad de que las minas poseían unos 24 millones de "pounds" de mineral. Si se tiene en cuenta que el "pound" ruso equivale a unos 16 kilos de los nuestros, se comprenderá la inmensa riqueza de la mina.

En unos pueblos musulmanes, formados hace siglos por emigrados de Turquía, y que aún conservan su religión y

costumbres, quisimos conocer el juicio que les merecía la Revolución.

Para aquellas gentes nada significaba la Revolución. Al contrario, estaban muy quejosos del Gobierno, porque no toleraba que los jóvenes aprendieran el Korán en la escuela. Querían que sus hijos aprendieran a leer; pero solamente el Korán, lo demás no les interesaba.

Les preguntamos si les había satisfecho el reparto de las tierras hecho por el Gobierno.

—Aquí —nos dijeron— la tierra está lo mismo que antes. Todo el mundo tiene lo que necesita y no ambiciona más.

La miseria de aquella gente, viviendo en el terreno más fértil de toda la Rusia central, pues están enclavados sus pueblos en los límites conocidos por "tierras negras", que son las productoras de la mayor parte del trigo que se consume en Rusia, era algo que laceraba el alma.

Miseria material y miseria espiritual.

El aspecto de sus casas, como el de las personas, era paupérrimo, primitivo, rudimentario. No tenían más deseo que saber leer el Korán y vegetar en la miseria.

También visitamos unas escuelas jardines que había cerca de Samara, donde se nos recibió con la misma fastuosidad que se nos venía recibiendo en todas partes.

Se nos obsequió con un banquete y las niñas y niños dijeron discursos alusivos al acto.

Pregunté qué normas seguían para la admisión de los niños. En aquellas escuelas-jardines para todos, era lógico pensar que no se había hecho selección. Me dijeron que todos aquellos niños eran hijos de comunistas, pues siendo los comunistas quienes habían hecho la revolución, eran sus hijos los llamados a beneficiarse en primer lugar. Y que tanto en aquella como en las demás instituciones del Gobierno, no se ingresaba si no se era comunista activo, miembro del partido, mientras las plazas a cubrir eran justas. Cuando sobraban se aceptaban a quienes no fueran comunistas.

Visitamos también la República Chuvasky, una de las

muchas Repúblicas comprendidas en la República Socialista Federativa de los Soviets Rusos.

Después de explicarnos las características del país, nos interesó saber en qué consistía la autonomía que gozaban dentro del régimen centralista ruso.

Nos lo explicaron ampliamente. Ellos eran autónomos, pero venían obligados a acatar todas las órdenes, leyes y decretos que los Soviets establecieran, sin poder modificarlos en lo más mínimo.

Ajustar a la característica de las leyes y decretos de Moscú las condiciones económicas, sociales y políticas del país; pagar los impuestos, igual y en las mismas condiciones que las demás provincias; dar al Ejército Rojo los hombres que éste pidiera y acatar la disciplina del Partido Comunista y la dictadura del proletariado.

Como a través de todas estas manifestaciones, no viésemos la autonomía concedida y que ellos mismos decían gozar, insistimos en nuestras demandas y aclaraciones, llegando a la conclusión de que toda aquélla autonomía quedaba reducida a nombrar de entre los naturales del país sus propios funcionarios y autoridades, aún cuando el número de los mismos y sus atribuciones, era en Moscú en donde se determinaba. En resumen, que no había tal autonomía.

Nos interesó saber qué efectos había producido la Revolución, y más que la Revolución en su aspecto político, por ser una región eminentemente agrícola, nos interesaba saber cómo se había recibido el reparto de tierras.

Como hablábamos con hijos del país, nos contestaron que las decisiones del Gobierno de Moscú, respecto a la tierra, habían producido pésimo efecto y peores condiciones de vida que las que gozaban en tiempos del zarismo.

Aquí —nos dijeron— en este país, desde que nuestros antepasados lo ocuparon, existía la costumbre de un reparto periódico de todas las tierras cultivables. Cada tres años se realizaba, previa discusión en juntas y reuniones de vecinos, el reparto de las tierras, y para evitar que a quien le tocara una tierra mala o lejos del pueblo se hallase

siempre en inferioridad con el que le tocara una tierra buena o cerca de la población, se procedía de manera que no correspondieran a nadie las tierras que había cultivado en el reparto anterior. Con el procedimiento que aquí se seguía, cada labrador, alternativamente, trabajaba tierras buenas o malas, cercanas o lejanas de la ciudad, según las que le correspondieran en el reparto.

Ahora, todo esto, ha desaparecido. Al que le tocó o se apoderó de una tierra buena o cerca del pueblo en el reparto, vive mejor, trabaja menos y obtiene más beneficio que aquel a quien le cupo una tierra mala o lejos de la población.

Se está dando el caso, de que tierras antes cultivadas, quedan hoy incultas, pues por estar lejos de la población o ser de escaso rendimiento, y no teniendo esperanza quien la cultiva de mejorar su condición por un reparto ulterior, la abandona y se marcha. Esto sin contar los muchos agricultores disgustados por el sistema establecido.

—¿Por qué no reclamáis a Moscú? —les dijimos—. Amparaos en el derecho de autonomía. Tal vez consigáis que se os respete.

—Ya hemos reclamado —nos dijeron—; pero no hemos adelantado nada. Y luego, ¡cuesta tanto tiempo antes de que se obtiene la más breve contestación, que resulta preferible dejar las cosas como están! Además, la disciplina del partido y el evitar que la contrarrevolución alce la cabeza, obliga a transigir y callar en muchas cosas.

En Saratof visitamos un dominio comunista, lo que aquí llamamos una granja del Estado. Fuimos con la esperanza de ver algo constituido en comunismo verdadero.

He aquí lo que pudimos averiguar sobre su organización.

El “Dominio Comunista” era una antigua Granja de uno de los más ricos propietarios de la región.

Hecha la revolución el Soviet de Saratof se incautó de la Granja, y nombró un director y un perito agrónomo para la explotación.

Los obreros fijos ganaban un salario de dos mil rublos

al mes y el “payot” (la ración). Los eventuales tenían la ración y 75 rublos diarios.

El director podía despedir a cualquier obrero cuando así lo creyera conveniente, sin darle satisfacción alguna, y con solo ocho días de anticipación, y los obreros venían obligados a trabajar ocho horas diarias como en una empresa industrial cualquiera.

Asombrado ante estas explicaciones, dije a Lusowsky que aquello no tenía nada de comunista, que era igual que cuantas industrias habíamos visitado hasta entonces. Me contestó que aquello era un ensayo de comunismo. Me quedé perplejo ante la respuesta y ante el ensayo de organización comunista.

Y téngase en cuenta que para visitar el “Dominio Comunista” y conocer su organización, habíamos hecho un viaje de unos veinte kilómetros en un camión y por una carretera intransitable.

En Saratof, como centro industrial bastante importante, y por la razón de ser ciudad convergente de todos los productos de una región riquísima en cereales, lo que la clasifica de población de primer orden, las recepciones no tenían fin.

Visitas a centros oficiales; paradas y desfiles militares; visitas a fábricas e industrias, discursos, mítines y la consabida banda de música que nunca nos abandonaba en llegando a cualquier ciudad con su “Internacional” a troche y moche.

Los dos días que pasamos en Saratof fueron animados y provechosos. Solo una cosa les faltaba para llenar nuestra ambición. Que el pueblo, el verdadero pueblo, no aquél que nos servía de comparsa y de coro en nuestras visitas, recepciones y mítines, hubiera también intervenido en los festejos y participado de las demostraciones de contento y algazara que parecíanos presidir con nuestra presencia.

En Saratof, como ya hemos dicho, dejamos el Volga, con harta tristeza por mi parte y tomamos el tren, el mismo que nos condujera de Moscú a Nijni-Novgorod, que había sido dirigido hacia Saratof con esta intención.

Partimos al segundo día de estancia, ya de noche, hacia Tula. Aún faltaban muchos días para que el Congreso diera comienzo a sus tareas. Por tanto no nos apremiaba llegar a Moscú y optamos por visitar Tula.

Tula es también un centro industrial de bastante importancia. Las industrias son de guerra y allí se fabrican los samovars.

Visitamos las fábricas de cartuchos, cuyos obreros eran antibolcheviques acérrimos y convencidos.

Tres meses antes de nuestra visita, habían sostenido una huelga que perdieron, por lo que los bolcheviques les impusieron condiciones leoninas al volver al trabajo, a más de haber sido condenados a penas que variaban, entre uno y ocho años de presidio, a treinta y cinco huelguistas, considerados como promotores del conflicto.

Bueno será advertir —siempre en honor a la imparcialidad más absoluta, y para que no extravíe el juicio de nuestros lectores— que no se tome en su crudeza, ni como arma para combatir a los bolcheviques, el caso de las condenas por la huelga de las fábricas de municiones de Tula.

Digamos, sin eufemismos, que nos pareció dura y desproporcionada la condena que el Soviet impuso; pero digamos, también, que la huelga no tenía justificación, además de ser de efectos contrarrevolucionarios en aquel momento.

Los obreros de las fábricas de municiones de Tula, ya en tiempos del zarismo, gozaban de privilegios y ventajas que no disfrutaban los obreros de otras fábricas. Estas ventajas fueron también respetadas por el Gobierno sovietista, en la proporción adecuada y posible de los salarios y condiciones que para el resto de los trabajadores se mantenían.

Y gozando de estas ventajas, hallándose en condiciones de superioridad con relación al resto de los obreros de toda Rusia, ¿qué razón justificaba la declaración de esta huelga?

Pero hay otra condición que agrava aún más la terrible circunstancia que rodeó a aquella huelga.

Hemos dicho que las fábricas de municiones de Tula son las más importantes de toda Rusia, que equivale a tanto como a decir que son las únicas que existían en Rusia para la fabricación de cartuchos, bayonetas y armas cortas del Ejército, por lo que eran las solas proveedoras de estos materiales de guerra. En estas fábricas se acuerda declarar la huelga y plantear el conflicto cuando la provocación de guerra de Polonia a Rusia era algo que todo el mundo preveía. ¿No era esto dejar al Ejército Rojo sin medios de defensa ante el enemigo?

Digamos siempre que aquella huelga no era posible ampararla en aquellos momentos.

No la justificaba la conquista de mejoras, pues la situación de aquellos obreros era mejor que la de todos los obreros de la Rusia Soviética. Y en cambio, con su declaración, podía darse lugar a la invasión de Rusia por los ejércitos reaccionarios.

Siempre podrá tacharse de excesiva la condena que se impuso a los treinta y cinco obreros considerados como promotores de la huelga; pero la conducta de éstos, como la de todos sus compañeros, no fué ni oportuna ni justa.

Como comandante en jefe del sector de las fuerzas del Ejército Rojo que vigilaban y prestaban servicio en las fábricas de municiones figuraba un anarquista, integrante de uno de los grupos anarquistas que existían en la localidad.

Quisimos conversar con él; pero el que no supiera hablar francés, ni nosotros ruso o inglés, que eran los idiomas que hablaba, impidió poderle hacer preguntas acerca de la verdad de lo sucedido.

Sin embargo, no por él sino por una joven de la localidad, que hablaba el francés correctamente, pudimos cambiar impresiones acerca de la situación del país.

La forma de expresarse de esta joven, nos llevó en seguida a darnos cuenta de que nos hallábamos ante una persona nada favorable al bolchevismo y a la revolución misma, por lo que sus manifestaciones resentíanse de la misma parcialidad que las oficiales y oficiosas, aunque en

sentido totalmente opuesto.

Me confirmó la opinión que yo venía formando acerca de lo que el pueblo ruso, el de las poblaciones que visitábamos, tenía de nosotros. Decían que éramos unos cuantos individuos que los bolcheviques habían contratado en Europa, pagándoles espléndidamente, para que representáramos el papel de delegados de los socialistas y comunistas mundiales, y que por eso el pueblo se mantenía a distancia de nosotros y se reía, en su fuero interno, de la farsa que representábamos unos y otros. Esta afirmación me fué nuevamente confirmada por muchísimas personas a quienes visité en Moscú. No era, pues, una invención de mi interlocutora, era una verdad, que todo, o la mayoría del pueblo, creía de un modo absoluto. De Tula —y como aún nos quedara tiempo— fuimos a Ivanovo Vosnosiensky, famoso centro industrial textil, conocido por el Mánchester ruso.

Prescindo, por no cansar la atención con repeticiones, de la descripción de las recepciones oficiales, que también fueron brillantísimas.

En el domicilio del Soviet oficial de la villa, conversamos con todo el elemento oficial, al que hicimos preguntas acerca de la situación económica y política de la región.

—La economía —nos dijeron— es malísima. De los centenares de fábricas textiles que hay en la ciudad y en la provincia, apenas si trabajan dos decenas, y aún no muy intensamente. La mayoría de los obreros y obreras textiles, han tenido que emigrar, dedicarse a otros trabajos, si se encuentra colocación, o bien padecer mucha hambre y miseria por falta de recursos.

Políticamente, el Soviet se envanecía de ser Ivanovo Vosnosiensky uno de los puntales más firmes del bolchevismo.

—Aquí, en nuestra población —nos afirmaron— se constituyó el primer Soviet ruso el año 1905, cuando aquel grandioso movimiento revolucionario.

Aún no se había decidido ningún partido político a

constituirlo, cuando nosotros lanzamos la iniciativa.

Ahora mismo, del Soviet de aquí, han sido designados varios camaradas para presidir los de algunas regiones importantes de Rusia, la de Saratof entre ellas. Es una prueba de confianza que el partido nos da; y nosotros, acatando sus órdenes, correspondemos con la misma lealtad.

A una pregunta nuestra, de si ya en 1905 el elemento bolchevique predominaba en Ivanovo, nos contestaron que no; entonces eran los mencheviques y los socialistas revolucionarios los que predominaban. "Aún ahora —afirmaron—, en la revolución de marzo y de noviembre de 1917; eran aquí la mayoría; pero el partido comunista se ha librado de ellos. Algunos se han hecho comunistas; otros se han marchado. Somos muy severos para estos contrarrevolucionarios".

Partimos aquella misma noche de Ivanovo Vosnosiensky, y al día siguiente, 14 de julio, a las once de la mañana, llegamos a Moscú.

En los catorce días que duró la excursión, recorrimos bastantes centenares de kilómetros, visitamos ciudades, pueblos y aldeas rusas, tomamos parte en más de treinta mítines y vimos algunos de los errores fundamentales del comunismo ruso y los tremendos defectos de la centralización comunista.

Pero lo que más me impresionó fué la visita a las escuelas-jardín de Simbirsk.

Cuando allí se me aseguró que sólo los hijos de los comunistas tenían derecho a concurrir a las escuelas jardín, por haber sido sus padres los que hicieron la revolución, la silueta de una burguesía, tanto o más avara y cruel que la destruida, y siempre más interesada por ser nueva y necesitar afianzar su predominio, surgió en mi mente con la rapidez de esas visiones que no se borran jamás. ¡Cuánto quisiera haberme equivocado! ¡Cuánto hubiera deseado que aquello hubiera sido nada más que obra de la fantasía impresionada a causa de los prejuicios que la convivencia forzada en un régimen capitalista pudiera determinar en

mí!

También haré mención de un mercado público, en donde se hacían toda clase de transacciones comerciales, en dinero y en especie, próximo al desembarcadero de Simbirsk.

La mayoría de los comerciantes eran de origen musulmán, habitantes en la región. En el mercado había de todo. No en gran abundancia, pero había de todo.

Yo mismo me compré unas sandalias del país, por las que pagué ocho mil rublos, y eran de las más baratas.

Pan, harina, carne, legumbres secas, quincallería, mercería, de todo podía encontrarse en aquel mercado semanal, aunque lo más abundante era la ropa y, sobre todo, el calzado.

Repitamos de una vez para todas, que la suciedad y abandono observados en las calles de Petrogrado, y apenas entrevisto en Moscú, era la nota saliente en todas las poblaciones que visitábamos.

En Saratof era indescriptible. Los montones de basura y desechos de todas clases, eran continuos. Había calles por las cuales el tránsito, a causa de los hedores, se hacía poco menos que imposible.

Algunos grupos de delegados, apenas entraban en una calle, daban media vuelta y retrocedían apresurados. Tales eran el hedor y la fetidez que se respiraba.

Si las calles no hubieran sido muy anchas y las casas bajas (de uno o dos pisos las de mayor altura) la habitabilidad en aquellas viviendas hubiera sido imposible.

Muchas casas se hundían o amenazaban ruína, por no poderlas reparar a falta de materiales, y esta imposibilidad y el que muchas otras hubieran sido confiscadas por los Soviets locales, sin que pudieran ser habitadas a causa de la confiscación, hacía que numerosas familias vivieran amontonadas y en reducido espacio, pues de no conseguir el permiso del Soviet local para habitar una casa, no había medio de tenerla; y este permiso costaba lo indecible lograrlo.

Nos interesó grandemente inquirir si las gentes se

preocupaban por aprender a leer y a escribir; afirmáronos que sí; aunque los resultados obtenidos no fueran tan brillantes como en Moscú y Petrogrado. La mayoría, atormentada por la escasez de alimentación e impelidas a procurarse el sustento cotidiano, relegaban la cultura a segundo término.

El deseo, muy humano, de conservar la propia existencia, restaba méritos a la obra cultural.

Una observación interesante en extremo: no vimos por las calles ningún borracho. Y sabido es que el alcoholismo ha producido en Rusia grandes estragos; el bolchevismo podía ufanarse de esta victoria.

IV

Nuevamente en Moscú

El poder abandonar la estación para dirigirnos al hotel, de vuelta en Moscú, resultó harto difícil. Recados y avisos; autos que se anuncian pero que no llegan; imposibilidad de abandonar la estación sin que la orden sea dada. En fin, nos resignamos a esperar. Por último, a las cuatro horas de espera, se presentaron varios autos y tres camiones. Como no hubiera bastantes vehículos cómodos para todos, se desarrolló una escena grosera y repugnante. El asalto a los autos fué tan brutal, que incluso se quedaron en tierra tres de las seis mujeres que figuraban en la comitiva.

Alguien les hizo ver a los asaltantes su incorrección y grosería y algunos descendieron, protestando de aquella irrupción, impropia de hombres que se estimen en algo.

Los demás nos acomodamos como mejor pudimos en los camiones.

La vida en el hotel no había cambiado. Solo hallamos más camaradas delegados; ingleses y franceses. Se anunciaba la llegada de otros, entre los que se contaban los malogrados Vergeat, Lepetit y Lefevre, y algunos alemanes; incluso se hablaba de un delegado del Partido Comunista español.

Nuestra manutención fué espléndida. Éramos la aristocracia en este sentido.

Hacíamos cuatro comidas. El desayuno, que consistía en un trozo de queso, pan y té. La comida, a las doce, compuesta de una sopa de legumbres, un plato de cacha (harina de mijo), otro plato de carne, pato generalmente, pan y té.

A media tarde, otra ración de queso, pan y té. Tanto en la ración del desayuno, como en el de la tarde, el queso era

con frecuencia reemplazado por el caviar, alimento hecho con huevas prensadas de esturión, muy apreciado en Rusia y en todos los países del Norte.

Por la noche, a las diez, cenábamos. La cena solía componerse de los mismos platos que la comida.

Diariamente se nos repartía un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas, sin hacer omisión de los no fumadores.

Disponíamos también de cuarto de baño, de barbero y de varios autos para cuando necesitásemos trasladarnos al Kremlin o a otra parte. Bien es verdad que el abuso que se hacía de los autos por parte de algunos delegados, privaba a otros de poderlos utilizar cuando les era preciso. Nosotros hemos de decir que preferimos siempre ir a pie. Era más cómodo y no se entretenían los autos en servicios, recreativos a veces. Así pensábamos alguno que otro delegado nada más.

La convivencia en el hotel nos hizo penetrar en la psicología de muchos de los que querían ser los futuros dictadores del proletariado de Europa.

Había quienes, diariamente, se hacían servir por el peluquero y si éste no les complacía con arreglo a sus gustos, lo trataban sin consideración, exponiéndole a ser expulsado del trabajo. Alguno hubo que fué a quejarse al Comandante, valiéndole al servidor severas repulsas del superior Jerárquico.

No faltaba, tampoco, quien cada noche sacara sus botas al pasillo, como es uso en los hoteles de Europa, para que los “camaradas” de servicio las lustrara y abrillantara, con el subsiguiente agradecimiento en reprimendas del “camarada comunista” delegado, cuando descubría en su calzado el más leve descuido.

Todavía quedaban otros más repugnantes. Explotando el hambre que sufrían las mujeres encargadas de la limpieza del hotel, las pedían favores especiales a cambio de una parte de la ración que a ellos les correspondía. ¡Cuántas miserias morales! ¡Y aquéllos eran, y siguen siéndolo algunos, los continuadores de Lenin en el apostolado de regeneración social!

Como hiciera mucho calor y casi todos lleváramos ropas de invierno, el Comité de la Tercera Internacional tuvo la atención de repartirnos unas “rubaskas” o blusas típicas del país; y algunos delegados que, por las dificultades que tuvieron para llegar a Rusia lo hicieron desprovistos de ropa de repuesto, se les entregó la necesaria. A todo el que lo deseó se le entregó también unas sandalias. Este reparto, que quitaba la posibilidad de recibir algunas prendas —los que las necesitaban más que nosotros las gentes del país, pues nosotros, al regresar a Europa, podíamos proveernos de todo—, desató la avaricia de alguno, al extremo de pedir ropa para sus hijos, que estaban en Europa.

Otro hubo que, por habérsele caído el reloj al suelo y habérsele parado, asedió a Zinoviev durante ocho días para que se le concediera otro.

—He roto el mío —decía—, justo es que me den otro.

Y para terminar con estas miserias morales: nunca olvidaré que un delegado del Partido Socialista Independiente Alemán se quejara a Lenin de la comida que se nos daba, diciendo que aquello “era una porquería”, cuando, debo repetirlo, nuestra alimentación representaba un esfuerzo enorme, dados los recursos con que contaba el país y el Gobierno.

Quienes así obraban allí, molestando contínuamente con quejas y reclamaciones al Comité de la Internacional, y quienes obraban con mentalidad de burgués cuando aún no eran nada, ¿qué harían y cómo obrarían mañana si una revolución les daba el Poder en el país que representaban? Y, además, es que todos ellos son los que decían entonces en Moscú, y aún repiten en Europa, que nosotros tenemos la mentalidad de pequeños burgueses. ¡Qué cinismo!

* * *

El aspecto de Moscú es el de una capital en continuo y agitado movimiento.

La estancia del Gobierno con los miles de burócratas

que le rodean, hace que la vida se intensifique enormemente, lo que evita que Moscú dé igual sensación de miseria que daba la observación de las demás ciudades de Rusia. En Moscú esta sensación solo era más débil.

Las calles sucias y abandonadas, llenas de baches, intransitables, dificultaba la circulación de los vehículos oficiales.

Muchos edificios presagiaban ruína.

El Gobierno los confiscó, los cerró; algunos con mercancías y géneros, y así permanecían aún. Los géneros que no han sido robados, se pudren y deterioran en el interior.

Era una nota saliente ver algunos escaparates de comercios de importancia antes de la revolución, conservando aún, aunque cubiertos de una espesa capa de polvo, los objetos que allí pusiera el comerciante para llamar la atención del comprador.

En algunos escaparates se ven objetos de utilidad indispensable, y que no se encuentran en los depósitos sovietistas; pero aquellos que están a la vista, como los que hay almacenados dentro, no se pueden tocar porque la estadística no está hecha, a pesar de que hacía cuatro años que la comenzaron. Hemos dicho “los que están dentro”, cuando debiéramos decir mejor “los que debían estar”, pues es frecuente que, cuando con arreglo a las estadísticas se vaya a disponer de los géneros que hay almacenados en el local, se halla el sitio que ocupaban, mas no los géneros.

Y en medio de tanto edificio cerrado y sin utilidad alguna, veíanse de noche racimos de personas durmiendo en el suelo y en los quicios de las puertas por no tener albergue.

Otro espectáculo deprimente y que representa una pérdida de tiempo considerable y enorme, era el que se daba con los repartos de víveres extraordinarios, ropas o billetes de ferrocarril. Sobre todo esto último era algo que llamaba la atención de quien no quisiera cerrar los ojos a la realidad.

En las estaciones, como en los despachos centrales de

billetes y de permisos de viaje, las colas eran permanentes. No era raro encontrarlas de quinientas y más personas. Había quien tenía que pasar dos y tres días antes de poder obtener un billete. Y como no era posible abandonar la tanda sin perder el puesto, o bien habían de comer y dormir por el suelo, o bien relevarse por alguna otra persona. Esto era lo más frecuente.

Esta parsimonia burocrática en el reparto de víveres, ropas, demás efectos y billetes, dió ocasión a una industria bastante lucrativa: la de los eternos permanentes en las colas.

La persona que tenía algún vale con derecho a opción a ropas, víveres o billetes, y no pudiera o no quisiera formar cola, se convenía con un profesional y, mediante una prima, permanecía en el turno por el interesado. Como habían de estar allí por uno, les era indiferente estarlo por cuatro o cinco y entre estos cuatro o cinco se aseguraba un jornal.

No se crea que esta lucrativa tarea —pues había quien ganaba mucho más en ella que hubiera ganado trabajando — no fuera penosa. Se necesitaba ser de un temperamento especial para ejercerla. Aparte lo que significa pasarse horas y horas en espera, la suciedad de los locales y la promiscuidad entre gente plagada de parásitos, la hacía más penosa y repugnante.

Por curiosidad, entramos un día en uno de los despachos de billetes, instalado en la Plaza de la Opera de Moscú, cerca del antiguo hotel Metropolitano, y aunque era un momento en que la fila no la formarían más de un centenar de personas, la atmósfera era poco menos que irrespirable.

El suelo, como las paredes, casi producía náuseas, y allí, y en actitud de espera, habían de pasar los profesionales de las colas, horas y horas para lograr un billete.

Estas correrías e investigaciones las hacíamos prescindiendo de todo informe oficial o de los guías e intérpretes que en el hotel se nos ofrecían.

* * *

Los preparativos para la apertura del Congreso seguían con inusitada actividad.

La llegada de delegados extranjeros, así como del interior de Rusia, daba animación y vida a la capital.

En el hotel Dislavoy Divor se oía hablar en todos los idiomas, y se veían rostros que marcaban diferencias raciales.

Las reuniones previas que el Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional celebraba, eran cada día más interesantes y apasionadas. Se vislumbraba en ellas lo que más tarde dividiría a los obreros socialistas del mundo.

El criterio cerrado y dogmático de los comunistas autoritarios rusos, no cedía en nada. Amparados en la aureola de la revolución, imponían, no aconsejaban, su política.

La diatriba, el sarcasmo y, lo más antipático, la suficiencia que se atribuían de ser ellos solos los que habían hecho la revolución, iba poco a poco preparando el terreno para la escisión que en el campo socialista producirían las famosas veintiuna condiciones de Moscú.

Nosotros, mientras tanto, más atentos al deseo de conocer la realidad que a intervenir en querellas de partidos, no cesábamos de correr por las calles, visitar centros oficiales u oficiosos, preguntar, inquirir, desentrañar el misterio en que el desconocimiento del idioma nos encerraba, para acercarnos lo más posible a la realidad.

Por fin, el día diecisiete de julio, nos anuncian que dos días después partiríamos todos los delegados para Petrogrado, pues siendo Petrogrado la cuna de la revolución, querían rendirle un máximo homenaje de simpatía y admiración, celebrando en aquella capital la apertura del Congreso con una serie de festejos y de manifestaciones artísticas que a tal fin habían sido preparadas. En Petrogrado solo se celebraría la sesión de apertura, continuando luego el Congreso en Moscú, para

donde regresaríamos el día veintiuno.

Los preparativos para el viaje de los delegados se realizaron con rapidez, no sin que al iniciarse surgiera una cuestión de competencia.

Zinoviev sostenía que, siendo delegados al tercer Congreso de la Internacional, era a ésta a quien competía organizar el viaje, mientras que Trotsky, alegando la inseguridad del país y la posibilidad de un atentado contra nuestras personas, por parte de los contrarrevolucionarios, sostenía que era al Comisariado de la Guerra a quien competía la organización del viaje y de nuestra seguridad personal.

Triunfó Trotsky y fué el Comisariado de la Guerra el organizador del viaje.

Se nos comunicó que la salida de Moscú se efectuaría el día diez y nueve de julio, a las dos de la tarde, en tren especial, a fin de llegar a Petrogrado a las diez de la mañana del día veinte, fecha de apertura del Congreso.

A las doce del mediodía del designado para la marcha comenzaron a llegar automóviles al hotel Dielavoy-Dvor para recoger a los delegados.

En el trayecto, y a distancias prudenciales, patrullas de soldados ejercían una estrecha vigilancia.

En los alrededores de la estación las patrullas eran más numerosas e impedían al público acercarse a la puerta principal. Las órdenes eran terminantes.

En los andenes interiores no había nadie que no fuera delegado componente de la comitiva. Esta era numerosísima.

Los delegados extranjeros éramos unos sesenta. Y para la expedición había dos trenes especiales que se llenaron y aún hubo quien viajó incómodamente.

Los trenes se componían de varios vagones camas y el correspondiente vagón restaurante.

En el andén conocimos a Kamenef, Rikof, Rakoskyy otros caracterizados comunistas.

Todo el trayecto estaba guardado militarmente. De trecho en trecho dos centinelas, uno a cada lado de la vía y

arma al brazo, vigilaban constantemente. En los puentes había dos centinelas a cada extremo.

En todas las estaciones algo importantes se detenía el tren y éramos recibidos a los acordes de “La Internacional”, que sonaba matemáticamente apenas entraba el tren en agujas.

En algunas estaciones se aprovecharon las paradas de los trenes para *improvisar* mítines.

Cuando llegó la noche, respiramos. Creíamos que todas aquellas manifestaciones *espontáneas*, preparadas por el Comisariado de la Guerra, no nos molestarían más. ¡Craso error!

Ya de madrugada, y cuando los delegados dormíamos tranquilamente, las bandas de música y los Soviets locales irrumpían en las estaciones entonando “La Internacional” y dando estentóreos ¡hurras! a la Tercera Internacional.

Eran algo ridículas y grotescas aquellas intempestivas apoteosis. Pero la orden era tajante. El Estado sovietista lo disponía así para que el Comisariado de Guerra pudiera acreditarse de perfecto organizador.

V

Recibimiento, apertura del Congreso, mítines y otros festejos

Ya estamos en Petrogrado.

Los andenes de la estación se hallaban abarrotados de gente. Todos los comunistas de Petrogrado, con el Soviet al frente, se hallaban allí.

Además, las precauciones y la manía de darle a todo aquello un matiz militar y de perfecta organización, hacía difícil la circulación.

Todas las colectividades oficiales y oficiosas habían enviado una delegación, lo que daba en conjunto unos cuantos centenares de personas encerradas en el estrecho límite de la estación.

Poco a poco fué organizándose la comitiva.

El Comité de la Tercera Internacional, en pleno, se puso a la cabeza. Luego, las distintas personalidades comunistas; a continuación, los delegados y, detrás, todos los estandartes de las organizaciones de la ciudad.

¡Ah! También teníamos allí la banda de música que, apenas organizada la comitiva, atacó "La Internacional".

Pero todo esto había de hacerse en los andenes descubiertos, mientras la sutil lluvia nos iba calando la ropa. La verdad es que resultaba poco cómodo e interesante tanto cúmulo de tonterías apoteósicas y ordenancistas.

Puesta en marcha la comitiva y llegada a la plaza que hay delante de la estación, el espectáculo que se ofrecía a nuestros ojos fué por demás ridículo y grotesco.

En ambos lados de la estación, encuadrados en líneas formadas por "hombres y soldados" se hallaban todas las niñas y niños de las escuelas de Petrogrado, con ramitos de

flores y hierbas en las manos, mojados hasta los huesos, pues hacía más de dos horas que habían sido llevados allí.

De tiempo en tiempo aquellas criaturas, y cuando sus profesores se lo indicaban, gritaban un ¡hurra! a la Tercera Internacional.

Tras de los niños se alineaban miles de obreros de las fábricas, paralizadas por órdenes superiores. A los obreros se les había conducido allí bajo la custodia de sus encargados y Comités de fábricas.

La fila que formaban aquellos párvulos y aquellos adultos, confundidos en un común denominador de inocencia y que durante dos horas estaban soportando la lluvia a pie firme por orden superior, llegaba desde la estación al palacio Smolny, domicilio oficial del Comité de la Tercera Internacional de Petrogrado.

Compasión daba ver a los niños con las ropitas pegadas a sus esqueléticos cuerpos, escurriéndoseles el agua por las pálidas y enjutas mejillas y con los ramos pascuales en la mano y gritando los hurras reglamentarios y ordenados.

Los tranvías, como la mayoría de los edificios privados y públicos del trayecto, se hallaban engalanados y empavesados con banderas y trapos rojos, con inscripciones alusivas a la Tercera Internacional y a la unión de todos los proletarios del mundo.

Por entre las filas aquellas de criaturas menores y mayores y con la parsimonia y lentitud que caminan las comitivas numerosas, bajo la lluvia implacable y silenciosa, nos íbamos acercando a Smolny.

Los jardines que rodean el Palacio de Smolny se hallaban invadidos por el público.

Los gritos y ¡hurras! a la Tercera Internacional y al Partido Comunista, apenas cesaban un instante. Las bandas de música, tocando “La Internacional”, completaban el cuadro.

Aparte el griterío de rigor, los rostros de aquella multitud parecían máscaras impenetrables. Salvo a los comunistas entusiastas, que se les distinguía en seguida por la actividad y alegría de que daban pruebas apenas se oía

alguna palabra o algún murmullo.

Se veía al momento la violencia moral que, para la inmensa mayoría, delataba su presencia en aquel lugar.

La entrada en Smolny y el acceso a la gran sala del primer piso, donde se nos había preparado el almuerzo, era difícil. Los centenares de personas que ocupaban los pasillos interrumpían el paso.

El aspecto de la gran sala era deslumbrador.

Banderas y cortinajes rojos, artísticamente colocados, daban un tono de atractivo a la majestuosidad del local.

Las largas filas de mesas, cubiertas de blancos manteles y con numerosos servicios preparados, incitaban a todos a sentarse.

En el fondo, y al centro de la sala, se alzaba una tribuna desde la que los oradores, ya designados, habían de dirigir la palabra.

Sentarse ante una mesa de aquellas resultaba empresa poco fácil.

Los servicios puestos no pasarían de unos quinientos, mientras que el número de comensales se acercaría a dos mil.

Por fin, tras algunos apretujones y molestias, pudimos acomodarnos.

Durante el almuerzo, que fué espléndido y abundante —si consideramos el hambre que pasaba la población, que ni pan encontraba—, se repartió a cada delegado un lazo de terciopelo rojo, insignia de los Soviets, y una medalla de plata, acuñada en relieve, con un dibujo alusivo al Congreso y la fecha del mismo.

A la hora de los discursos, Zinoviev empezó con el de tanda, siguiéndole luego Serrati, por Italia; Paul Levi, por Alemania, y así sucesivamente cada orador por el país que lo delegaba.

Cuando ya nos levantábamos todos para dirigirnos al palacio Tauride, antigua Duma zarista, donde debía celebrarse la sesión de apertura, una ovación estruendosa, prolongada, inenarrable, nos hizo fijar la mirada en la tribuna.

Lenin acababa de aparecer.

Era la segunda vez que lo veíamos desde nuestra visita en el Kremlim. Aquella aparición súbita, instantánea, casi mágica —mucho más teniendo en cuenta que no había viajado en ninguno de los dos trenes y que lo suponíamos en Moscú—, nos impresionó a todos los que no estábamos avezados a los trucos y genialidades en los que son verdaderos maestros los bolcheviques.

Terminada la ovación, que fué coronada con tres ¡hurras!, Lenin dirigió la palabra para decir brevemente que nos encamináramos hacia el Palacio Tauride, donde la sesión del Congreso daría comienzo en cuanto llegáramos los delegados.

El desfile hacia el Palacio Tauride fué tan penoso y tan impresionante como el que nos había precedido a Smolny.

La lluvia caía de nuevo y la carrera se hallaba cubierta por centenares de niños y de hombres que habían de aguantar a pie firme hasta el final para dar los ¡hurras! consabidos y obligados.

El conseguir el acceso al antiguo salón de sesiones de la Duma, constituía una hazaña de caracteres épicos. Centenares de personas se agrupaban en los pasillos y saloncillos deseando poder ocupar un sitio en la tribuna pública.

Los delegados, a quienes la insignia les abría el paso por todos los sitios, necesitaron del concurso de los soldados para poder llegar hasta el salón.

La atmósfera era poco menos que irrespirable. Aunque la mañana era lluviosa, el calor se dejaba sentir. Un calor impregnado de humedad, más mortificante en aquella ocasión por la exagerada concurrencia de personas.

En cada uno de los escaños destinado a los delegados, se hallaban colocados los diversos efectos que se le destinaban.

Había una cartera con la inscripción del acto que se celebraba y la fecha del Congreso, bloques de papel para tomar notas, lápices y un tomo encuadernado de la revista “La Internacional”.

La mayoría de estos tomos estaban escritos en alemán y en inglés. En francés apenas había algún ejemplar.

Zinoviev dió por comenzado el Congreso con un discurso de salutación a los delegados, a todos los presos y perseguidos en el mundo por los gobiernos capitalistas y burgueses, deseando que el próximo tercer Congreso de la Tercera Internacional pudiera celebrarse en Berlín, Viena, Sofía, París o Londres, después de haber derribado el odioso régimen capitalista e implantado el comunismo y la dictadura del proletariado.

Sólo tomaron parte en esta sesión de apertura los delegados que el Comité había designado de antemano. Finalizó con un discurso en ruso de Lenin, que no se tradujo seguidamente a ningún idioma por lo avanzado de la hora.

En lo que había sido antigua repostería y salón-café de la Duma, se nos sirvió una comida propia de príncipes, si tenemos en cuenta la situación rusa del momento.

Terminada la comida, partimos hacia una explanada de uno de los barrios de la capital, sitio señalado para la inauguración, con nuestro concurso, de unos monumentos y una plaza alegóricos a la revolución.

Finalizada esta ceremonia, tornamos hacia el centro de la ciudad para dirigirnos a la plaza Ouritzky, antes plaza de Invierno, donde debía celebrarse un grandioso mitin internacional, para lo que se había levantado una tribuna delante de la puerta principal del Palacio de Invierno.

La multitud congregada en la plaza sumaba muchos miles de personas, y como la tribuna se había levantado junto a la fachada del Palacio mismo, se vió en seguida que la mayoría del público no oiría a los oradores.

Se obvió el inconveniente improvisando tribunas sobre autos que se colocaron en distintos extremos de la plaza.

Terminado el mitin nos dirigimos al Palacio del Trabajo, en una de cuyas salas se nos sirvió la cena, teniendo ocasión de visitar despacio el edificio y los diferentes organismos e instituciones en él establecidos.

Entre las nuevas instituciones visitadas se hallaba el Club Rítmico y Declamatorio. Se enseñaba a los alumnos y

alumnas danzas rítmicas, plásticas y declamación.

—El número de alumnos fué considerable al principio —nos dijo una de las profesoras— pero disminuye cada día. No porque decaiga la afición, ni por falta de amor a las artes rítmicas y declamatorias; es la necesidad económica, el tener que procurarse elementos indispensables a la subsistencia, lo que disminuye los alumnos.

Aquí en el círculo —continuó— se da una ración a cada alumna y alumno que concurre; pero una ración no basta a su sostenimiento, y menos aún para aquellos de nuestros educandos que tengan familia o alguien a quien atender, lo que es frecuente. Esperamos, no obstante, que esta situación mejorará y que nuestros alumnos vuelvan para crear una verdadera generación de artistas eminentes".

Al fondo de la sala había sido levantado un tablado, en el que una banda de música amenizó la cena con un escogido concierto, empezándolo y terminándolo por "La Internacional", que la mayoría de los delegados y presentes acompañó con la letra y que todos escuchamos en pie. Los comunistas probados la acogieron saludando militarmente.

En varios de los intermedios, una pareja de bailes típicos rusos nos dió a conocer muchos de los del país. Inútil decir que nos complació a todos por la novedad del espectáculo para algunos y el arte con que fueron ejecutados para todos.

Me dijeron que la pareja que había bailado, marido y mujer, oriundos de una de las provincias centrales de Rusia, era considerada como la mejor pareja de bailes típicos que había en todo el país.

Terminada la cena nos dirigimos hacia el lugar donde estaba emplazado el edificio de la antigua Bolsa, delante del cual iba a representarse, en plena noche, un espectáculo de gran vistosidad, alusivo a la lucha de los trabajadores contra el capitalismo.

El acceso al pórtico de la Bolsa se hace por unos escalones de piedra, y en estos escalones y en el pórtico, que es muy amplio, tuvo lugar la representación.

La obra o espectáculo se componía de varios cuadros.

En los primeros se veía a la clase trabajadora hundida en la más abyecta esclavitud, mientras que los patricios y aristócratas se divertían y gozaban. Luego, al proletariado en revueltas contra los dominadores, para suprimir la esclavitud, siendo vencido y tratado duramente.

En otros, se presentó ya al proletariado semi-industrial, con sus gremios, en pugna abierta contra las ordenanzas de los reyes y señores feudales, llegando en los restantes a la organización de los partidos socialdemócratas, a las Organizaciones obreras, al Manifiesto Comunista de Marx y Engels, alcanzando, por último, el periodo anterior a la guerra europea.

Al momento de declararse ésta, aparecieron en la escena centenares de figurantes, que en la mímica —pues el espectáculo era mímico—, se dirigían a los intelectuales— en aquel caso los dirigentes de la Segunda Internacional— para que lanzaran el grito de *¡guerra a la guerra!*, y contestaran a la guerra con la insurrección universal. Al no ser escuchados, cunde entre ellos el desaliento, y se entregan en brazos del capitalismo que, ufano y vencedor, los convierte en carne de cañón. Entonces surgen los bolcheviques, quienes despertando al pueblo y llevándolo a la lucha, hacen la revolución triunfadora y comunista.

Terminó el espectáculo con una apoteosis, en la que tomaron parte centenares de comparsas. La estrella roja apareció en el espacio conducida en su descenso hasta el pueblo por los bolcheviques, cual signo auroral de redención.

Todo el espectáculo se desarrolló bajo torrentes de luz enviada por potentes reflectores.

Cerca de las dos de la madrugada terminó la representación, a la que habían acudido miles de personas.

En los autos, que ya nos esperaban, partimos para la estación, pues por la escasez de alojamientos en la villa, dormiríamos en las camas de los vagones.

Se nos dijo, antes de acostarnos, que probablemente se organizaría una excursión a Crostand, pero no llegó a realizarse.

Casi toda la mañana del día siguiente la pasamos en la estación. A cada momento llegaban órdenes acerca de lo que había de hacerse.

Cerca de las doce del mediodía se nos comunicó que, definitivamente, a las dos de la tarde, retornaríamos a Moscú.

El regreso fué más tranquilo. Nada de comisiones soviéticas; nada de discursos ni de mítines, y, sobre todo, ni una sola vez “La Internacional”, ¡que ya era algo!

No terminaremos esta relación sin advertir que durante toda nuestra peregrinación del día 20 por Petrogrado, todas las banderas de los Sindicatos, Cooperativas, Clubs y organismos oficiales y oficiosos, con millares de personas, nos acompañaron contínuamente; pero no por acto voluntario, sino por decreto especial del Soviet de la ciudad.

Todas las fábricas, talleres, obras, oficinas y demás dependencias cesaron en el trabajo y los obreros que en ellas tenían ocupación, como los niños de todas las escuelas, fueron conducidos, guiados por sus Comités de Fábricas y por sus profesores, a presenciar la llegada de los delegados extranjeros y a servirnos de acompañantes en nuestra peregrinación por la ciudad.

VI

Tarifas de salarios y organización sindical

Para el día 23 de julio, a las diez de la mañana, fué anunciada la segunda sesión del Congreso que, hasta su terminación, debía celebrarse en la sala del trono, llamada de San Andrés, en uno de los Palacios del Kremlim.

A pesar de ser las diez de la mañana cuando nos presentamos en la sala, se dió comienzo siendo más de las doce.

Este retraso no fué solo en el primer día; en los posteriores ocurrió lo mismo, cuando no algo peor. Un día, una sesión anunciada para las diez de la noche, comenzó a las dos de la madrugada.

Al margen del Congreso, y en las horas que éste dejaba libres, procurábamos completar las informaciones lo mejor posible.

El que Kibalchiche y otros empleados de la Tercera Internacional se hallaran en Moscú, favorecía bastante nuestro particular deseo.

Una de las personas con quien primero me puse en comunicación, fué con Sacha Kropokine, la hija de Pedro Kropokine, a la que indiqué la satisfacción que tendría en poder entrevistarme con su padre.

También visité el Club anarquista establecido en la Teverskaia, donde conocí, entre otros camaradas, a Askarof y a Gordin. Por conducto de Schápiro, conocí a Maximof y a otros.

En el Club anarquista, en una de mis visitas, se organizó una especie de conferencia que yo expliqué en francés y Askarof tradujo al ruso.

Hablando con los compañeros del Club, me dí cuenta de que muchos de ellos estaban algo inclinados a aceptar el

centralismo y la dictadura del proletariado.

Gordin, que era la cabeza más visible, el más culto, se denominaba "Universalista", y hacía poco que había salido de la cárcel de Butirki, donde pasó tres meses por el delito de haber sido elegido para el Soviet de Moscú por los obreros de la fábrica donde trabajaba.

El de Gordin es un caso curioso de cómo entienden la libertad los bolcheviques y de lo que significa el régimen de los Soviets en sus manos.

Obreros de una fábrica de municiones, al verificarse la elección de delegados para el Soviet de la barriada a que pertenecía la fábrica, a pesar de que los comunistas hicieron siempre lista cerrada para delegados de Soviet y no admitieron la supresión de ninguno de sus candidatos, los obreros de la fábrica en que trabajaba Gordin suprimieron un comunista y colocaron a aquél.

Cuando al hacer el escrutinio en la oficina del Soviet, se vió que había sido suprimido un comunista y elegido a Gordin, se le puso el veto y se anuló la elección, para él solo, no para los comunistas que habían sido elegidos en la misma lista.

Como con arreglo al número de votantes y de votos que requería alcanzar un candidato, a la fábrica aquella correspondía un delegado, se verificó una nueva elección. El resultado, en la segunda, fué el mismo que en la primera. Gordin salió elegido.

Nueva anulación y nueva elección. Era ya la tercera.

Pero tampoco esta vez se salieron con la suya los comunistas bolcheviques.

El escrutinio dió una mayoría casi absoluta a Gordin. Entonces, los bolcheviques, *respetuosos* con la voluntad de los trabajadores y la dictadura del proletariado (?), anularon la elección, metiendo en la cárcel a Gordin y acordaron que, por el momento, quedara aquella fábrica sin representación en el Soviet de la barriada.

Debemos ratificar aquí lo que ya alguien, escribiendo de Rusia, ha manifestado: que toda elección para el Soviet, se hacía a presencia y bajo el más riguroso *control* de la

Tcheka, lo que no era para inspirar ideas de independencia y respeto a la voluntad de los votantes.

Encerrado Gordin y anulada la elección, se propuso a los obreros nueva consulta electoral a lo que se negaron, y a Gordin se le propuso renunciara al cargo. Obstinado éste en su derecho, los bolcheviques no veían el medio de salirse con la suya.

Presentar un nuevo candidato no podían, pues mientras los obreros de la fábrica votasen por Gordin, saldría siempre derrotado el comunista.

Al fin, comprendiendo los compañeros de Gordin que persistir en la conducta adoptada era convertirse en los carceleros de su camarada, optaron, si el Soviet celebraba nueva elección, por abstenerse de tomar parte en la misma, por lo que el candidato oficial saldría elegido aunque lo fuera por una minoría de votos. Así ocurrió.

Sabedor el Soviet de la actitud en que se colocaban los obreros, convocó a nueva elección en la fábrica, y el candidato comunista salió elegido por una treintena de votos, de los dos mil y pico que a la fábrica correspondía.

Y eso que Gordin, como la mayoría de los componentes del Club anarquista de la Teverskaia, transigía y se acomodaba bastante con el centralismo y la dictadura del proletariado.

La actividad de los componentes del Club anarquista no era para inquietar a los bolcheviques y, sin embargo, y con mucha frecuencia, la Tcheka hacía su aparición por allí. Por lo demás, los casos como el ocurrido con Gordin, abundaban en Rusia.

Por estos camaradas tuve las primeras referencias de lo que fué la insurrección ukraniana y del papel que desempeñó la actuación de Makhno en la lucha contra la reacción. El Club vivía merced a un restaurante que éste había establecido, consiguiendo poder preparar comidas que, expedidas con un pequeño beneficio, permitía destinarle algunas cantidades.

Las reuniones eran muy frecuentes; pero era preciso ser parcos y comedidos en el juicio.

De vez en cuando llegaba algún camarada del interior, que traía noticias de los compañeros y todos concordaban en afirmar la persecución que los bolcheviques ejercían contra los anarquistas que no se sometían del todo.

Me enseñaron números del "Izvestia" y de la "Pravda", en los que se daban cuenta del recrudecimiento de fusilamientos por la Tcheka. La opinión lo achacaba a que el Gobierno temía que pidiéramos los delegados extranjeros una amnistía, y, por si esto llegaba, para no tener que libertar a los presos, los fusilaban. Los fusilados, si bien había alguno tratado de bandido o especulador por los periódicos, la mayoría figuraban como elementos contrarrevolucionarios...

Como indicara a Luzowsky nuestro vivo deseo de conocer lo más exactamente posible el funcionamiento de la Bolsa del Trabajo, el de los Sindicatos y de todo cuanto a la organización tuviera referencia, puso a disposición nuestra un intérprete y nos relacionó con todos los organismos superiores que pudieran orientarnos.

Confesamos de antemano, aunque de ello pretendan sacar algún partido nuestros adversarios, que no pudimos llegar a comprender claramente el funcionamiento de la organización sindical en Rusia. En líneas generales, sí; pero en detalle, no. Confesamos asimismo, y no como descargo a la incapacidad e incomprensión que los bolchevizantes nos endosan, sino como una verdad, claramente revelada por la experiencia, que la mayoría, por no decir todos, de los mismos empleados y encargados del funcionamiento de aquella pesadísima máquina sindical, fueron completamente inútiles para darnos las explicaciones y pormenores que pedíamos. Tampoco ellos conocían su funcionamiento.

Pero la incomprensión de unos y otros, no estaba en la forma de organización. Estaba en el continuo cambio y variabilidad de formas y movimientos de la organización sindical.

El conocimiento exacto de cómo habían de funcionar los Sindicatos, llevaría a los obreros que los compusieran y

a los numerosos burócratas que los dirigiesen, a poder fijar una norma de conducta en sus relaciones con el Estado, lo que había de redundar, a la larga, en beneficio de los obreros, ya que les aseguraría una cierta independencia frente a la tiranía del Partido Comunista; pero éste, previsor y astuto, procuraba impedirlo por todos los medios a su alcance y nada mejor que una renovación constante de los métodos de organización, apropiados o no al caso. Además, esto parecía dar cierto eclecticismo al pensamiento. Algo parecido al afán depurador de buscar lo mejor y más perfecto. Pero, en realidad, lo que se perseguía era realizar una maniobra para asegurar la dominación del partido, maniobra burda y deshonesta.

Deseando completar en lo posible las informaciones que precisábamos, quisimos saber primero cuáles eran los salarios de los obreros y en qué forma los percibían y quiénes los fijaban.

La tabla de categorías de salarios establecida, abarca treinta y seis, más cuatro extraordinarias, aplicables tan solo a quien el Comité de la Confederación General del Trabajo, el Comisariado del Trabajo y el Consejo de Economía Nacional lo creyeran pertinente. Y así como en las treinta y seis categorías de salarios, estaba limitada la cuantía de lo que había de pagarse, tanto en rublos como en el racionamiento, que no podían rebasarse de ningún modo, las cuatro extraordinarias no tenían límites, pudiendo atribuir la Comisión encargada de otorgarla, el salario y el racionamiento que estimara oportuno.

El punto de partida para otorgar una de estas cuatro tarifas extraordinarias era una de las treinta y seis tarifas establecidas; pero el límite, como ya hemos dicho, no estaba fijado. Se dejaba al arbitrio de la Comisión.

De este sistema arranca uno de los engaños más propagados en todo el mundo al principio de la revolución rusa y que nos presentó a los personajes más conspicuos de la misma rodeados de una aureola de austeridad y de sacrificio muy lejos de ser cierta.

Se nos dijo que Lenin, Trotsky, Radek y demás

personajes dirigentes del Partido Comunista y de la revolución, dando pruebas de su amor al pueblo y de sacrificio por la revolución, se sometían a todas las privaciones y escaseces a que la falta de productos les obligaba y que, considerándose proletarios y obreros, se hablan asignado un salario como los demás y un racionamiento como el de los obreros intelectuales.

En teoría así era. Pero la práctica era muy otra.

Fué una realidad que Lenin, Trotsky, Radek y demás comisarios y aspirantes a tales, fueron considerados y catalogados como obreros intelectuales para los efectos del salario y de la ración que habían de percibir, y con este truco y por este procedimiento nos hicieron creer a todos en el desinterés y en el altruísmo de los comisarios bolcheviques.

Pero sin duda, por no darle importancia o por creer que no interesaba a los demás el saberlo, dejaron de decir que se habían establecido las cuatro tarifas extraordinarias referidas, que eran aplicadas a los personajes políticos de la Revolución. Con arreglo a estas tarifas, no ya lo indispensable, tenían hasta lo superfluo. Esto debió decirse desde el primer momento y no lo contrario, que es lo que se puso en circulación.

Pero volviendo a las treinta y seis tarifas de salario establecidas en Rusia para catalogar a cada obrero en una de ellas, nos enteramos bien de los procedimientos que se seguían.

En las categorías más bajas, desde la primera a la sexta, se incluía todo el trabajo de peonaje en fábricas, talleres, obras, almacenes, etc., etc.

Como nos pareciera extraña tanta meticulosidad en establecer seis categorías para lo que era más que suficiente una sola, pretendieron convencernos del error, aduciendo razones que no queremos calificar de infantiles.

—Así, por ejemplo —nos decían—, cuando un peón entra a trabajar en una fábrica por primera vez, el Comité de la fábrica lo clasifica para el primer mes en la tarifa número uno, cuyo salario es de dos mil rublos mensuales,

en razón de no ser perito en la faena.

—¿Qué conocimientos especiales o técnicos necesita —dijimos— un peón que entra a trabajar en una fábrica para llevar pesos o piezas de un lado a otro, ayudar a un oficial, barrer o ejecutar cosas parecidas? A los diez minutos, al segundo día lo más, ya está *plenamente* capacitado en su trabajo. No hay ninguna *razón* que justifique tan rigurosa cuanto arbitraria clasificación.

—En parte hay motivos para argüir así —contestaron —, pero en absoluto, no. Es innegable que, después de trabajar varios días, se conocen mejor las costumbres de la fábrica y se está más impuesto en la obligación.

—Admitamos este criterio —redargüimos—. En todo caso, bastarían dos categorías, primera y segunda, con un período de quince días para el tránsito de una a otra. ¡Pero seis parecen excesivas!

—¡Oh!, acaso estéis en lo cierto —replicaron, añadiendo por toda justificación—: Los que las han establecido su razón habrán tenido para ello.

Sobre estas minuciosidades como sobre otras relacionadas con la misma cuestión, hablamos más tarde con Luzowsky. Sólo obtuvimos las explicaciones reglamentarias que ya conocíamos por otros empleados de la Confederación. El principio fundamental era el de la práctica en un tiempo máximo prefijado y en una misma fábrica, pues el tiempo pasado en otra igual no era computado para demostrar la capacidad de un obrero, ya que lo corriente solía ser que cada nuevo obrero admitido en fábrica o taller fuera siempre clasificado en la tarifa más inferior.

Inquirimos para saber por quién y en qué condiciones fueron establecidas las treinta y seis categorías de salarios, a lo que se nos contestó que lo habían sido después de una minuciosa encuesta hecha en toda Rusia por una comisión compuesta de individuos de la Confederación General del Trabajo y del Comisariado del mismo ramo.

Los trabajos e investigaciones de esta comisión fueron ímprobos, tanto, que tardaron cerca de un año en

terminarse.

El decreto creando la comisión se promulgó hacia los primeros meses del año 1918 y terminó sus tareas en enero de 1919. A primeros de febrero del mismo año, se hicieron obligatorias las categorías de salarios establecidas en el informe de la comisión, lo que fué un gran adelanto y un bien para todos.

—Y durante este tiempo, ¿cómo se regularon las relaciones de salarios entre el Estado y los obreros? — seguimos preguntando.

—Por convenciones y arreglos que se establecían en cada caso particular, o bien generalizándolo a toda la industria similar de una población.

—Y estas convenciones particulares ¿no daban lugar a conflictos?

—No, pues se modificaban a medida que las necesidades lo exigían.

—¿De manera que ahora, una vez establecidas estas tarifas generales y obligatorias, el salario se regulará según ellas? Las infracciones no deben existir. No habrán sido modificadas.

—Estáis en un error. Esas tarifas, tan meticulosamente establecidas, que necesitaron un año de trabajo para confeccionarlas y ordenarlas; que necesitaron centenares de obreros y miles de informes para cumplirlas, HUBIERON DE SER MODIFICADAS VEINTIUN DÍA MÁS TARDE, pues el desequilibrio entre el valor de la moneda y el precio que en el mercado alcanzaban las cosas, y hasta el valor nominal que en moneda se atribuía al racionamiento, demostraron la inutilidad de tanto esfuerzo y de tantas informaciones. Hubo que volver al antiguo juego de las convenciones particulares, aunque tomando por norma y como punto de partida las categorías establecidas.

—¡En este caso, el salario será equivalente e igual en todas las provincias rusas! Un mecánico en Tobolsk, en Ekaterinoslaw, en Odessa, en Moscú o en Petrogrado, ganará un salario igual, seguramente.

—De ningún modo. El precio de las subsistencias en

esas poblaciones varía en absoluto entre todas ellas, y esas variaciones repercuten fatalmente en los salarios.

Con tres mil rublos en Simbirsky o en Saratof se vive mejor que en Moscú o en Petrogrado y, en atención y con arreglo al coste más reducido de las subsistencias, se regulan los salarios.

—¿Podríais indicarme el alcance de esas diferencias?

—Fijamente, no; varía según la población o la provincia. Pero puede decirse que alcanza proporciones que oscilan entre un diez a un veinticinco por ciento en moneda. El equivalente a la ración que percibe cada obrero es, invariablemente, el mismo para todas las regiones o provincias, siempre dentro de la categoría que le corresponda.

—¿Podríais decirme también cómo están constituidos los Sindicatos? ¿Lo están por industria, por ramos, o por oficios, local, comarcal o regionalmente?

—Los Sindicatos están constituidos por industrias y provincialmente.

—¿Provincialmente?

—Sí, provincialmente. El Sindicato metalúrgico de Moscú, por ejemplo, es provincial, pues a él pertenecen todos los obreros de la industria metalúrgica de la provincia. Los Comités de Fábrica y los comarcales, mantienen la relación de cada obrero con el Comité Ejecutivo del Sindicato.

—Pero cuando han de reunirse para tratar una cuestión que interese al Sindicato en general, ¿cómo se arreglan?

—Lo hacen por separado en cada localidad, aunque lo más frecuente es que lo hagan en cada fábrica.

El Comité Ejecutivo del Sindicato elabora una orden del día que trasmite a cada Comité de Fábrica o Comarcal, y estos Comités la someten luego a los obreros de cada manufactura. Se reúnen éstos, discuten y acuerdan lo pertinente al caso. Luego, las resoluciones, son remitidas al Comité Ejecutivo para que éste decida, según el acuerdo de la mayoría o según su criterio.

—De esta forma de organización, resulta que los

obreros de un mismo Sindicato jamás se verán reunidos en una Asamblea general del mismo para discutir un problema cualquiera que les interese. Más que unidos, están divididos, ya que no tienen ninguna relación directa entre ellos, sino es por conducto de su Comité Ejecutivo y de Fábrica.

—¿Y para qué los necesitan? Desde el momento que ellos pueden discutir sobre todos los problemas y trasmitir su decisión al Comité Ejecutivo para que éste decida, no precisan más. Contando que, cuando se crea necesario, el Sindicato puede celebrar Congresos o Conferencias generales en los que se hallan presentes los delegados de cada taller, que para tomar parte en los mismos han sido nombrados.

—Todo lo que queráis; pero lo importante es que el obrero de cada fábrica no tiene ninguna relación con los obreros de fábricas similares ni con los del mismo Sindicato. Más que unido está separado. El Sindicato no es un organismo al cual el obrero aporte su iniciativa individual, sino que es el Comité Ejecutivo quien piensa y ordena en nombre del Sindicato. Es decir, que el impulso no viene de abajo arriba, como debiera ser, sino de arriba abajo, que es contrario a todo sentido de libertad y de organización voluntaria. Y este sistema de organización, ¿por quién ha sido acordado?

—Por los obreros mismos reunidos en Congreso y según plan elaborado con antelación al Congreso por el Comisariado del Trabajo.

—Sus delegados a este Congreso, ¿qué tendencias o qué ideario defendían?

—Todos eran comunistas del Partido, exceptuando un tanto por ciento reducido que no tenían partido; pero que aceptaron el punto de vista de la mayoría.

—Y además del Sindicato, ¿qué otros organismos existen?

—Existen las Federaciones Nacionales de Industrias, a las que pertenecen los Sindicatos provinciales de cada industria.

Después, las Federaciones provinciales de Sindicatos y luego la Confederación General del Trabajo, formada a base de las Federaciones Nacionales de Industria y de las Federaciones Provinciales de Sindicato.

—Los delegados para los Congresos de la Confederación General del Trabajo y para los de las Federaciones nacionales de Industria y para componer los Comités de esos organismos, ¿cómo se nombran?

—Se convoca a los obreros de cada fábrica y nombran varios delegados para una Asamblea provincial del Sindicato; en esta Asamblea provincial del Sindicato se nombran delegados para una Conferencia o Asamblea provincial de todos los Sindicatos, y luego, en esta Asamblea provincial de Sindicatos, son designados los delegados que deben concurrir al Congreso, ya sea éste de la Confederación General del Trabajo o bien de la Federación Nacional de Industria. Y en el Congreso se nombran los componentes de los Comités respectivos.

—Así, pues, el delegado o delegados a cada Congreso, ¿no es directo, no es el propio Sindicato quien lo envía?

—No; ya os hemos dicho cómo procede. A veces, cuando la celebración de un Congreso o Asamblea regional urge, entonces, en vez de reunirse los obreros de cada fábrica por separado, se reúnen todos los obreros de una barriada o de un número determinado de fábricas, sin distinción de profesión o de industria, y todos juntos nombran sus delegados.

—La elección, en estos casos, se hará muy difícil, pues si los obreros no se conocen, cada cual querrá que predomine quien él propone.

—Casi nunca ocurre eso, porque el Comité Comunista lleva ya la lista hecha de los que han de ser nombrados para la delegación.

—La elección de los representantes obreros a los Congresos no es, pues, directa: resulta ya en tercer lugar.

—Exacto. Ya que primero se nombran los delegados a la Asamblea provincial del Sindicato, éstos nombran a quienes han de representarlos en la reunión provincial de

todos los Sindicatos provinciales, y éstos, a su vez, nombran los delegados al Congreso.

—Y los temas o tesis presentados al Congreso, ¿quién los elabora?

—El Comité Ejecutivo de la Confederación General del Trabajo cuando el Congreso es nacional y de toda la organización; y si el Congreso es de industria, el Comité de la Federación respectiva.

—Quiere eso decir que el obrero, el verdadero obrero, el componente del Sindicato, es un elemento pasivo en la mayor parte de los problemas que su Sindicato debe resolver. Solo se le llama para que ratifique —ya que no le es posible rectificar— los acuerdos que los Comités toman.

—Según lo que entendáis por *elemento pasivo.*Es evidente que los obreros no son llamados directamente a discutir las cuestiones propias del Sindicato y que éste ha de plantear, pero habéis de tener en cuenta la falta de cultura del obrero ruso. Además está muy saturado de influencias mencheviques y contrarrevolucionarias.

—Los directores, ingenieros, encargados y contramaestres de las fábricas, ¿quién los nombra?

—Al comienzo de la revolución eran los obreros quienes los nombraban; ahora son los Soviets. Hubo casos en que los obreros nombraban a los antiguos patronos o directores, y hasta a los ingenieros y encargados, y esto era preciso evitarlo.

—Y esos nombramientos de los antiguos patronos o directores, ¿a qué obedecían? ¿Obedecían a capacidad o a presión sobre el proletariado?

—Ha de suponerse que obedecían a lo primero, a capacidad, ya que a presión no podía obedecer puesto que les era imposible ejercerla.

—Y ¿por qué no se respetaban si obedecían a capacidad?

—Porque la mayoría de los nombrados, por no decir todos, eran contrarrevolucionarios.

—Y el Comité de Fábrica, ¿quién lo nombra?

—Los obreros de cada fábrica.

—Y ¿quién propone la lista? ¿Es que los obreros son libres de nombrar a quien quieran?

—Nada de eso; la lista la propone siempre el Soviet local o los miembros del partido Comunista que trabajan en la fábrica. La lista es cerrada. No puede suprimirse ningún nombre de los que la componen.

—De este modo, nadie, de no ser un comunista, puede figurar en los Comités de fábrica.

—Sí; a veces se ponen en listas individuos sin partido.

—Y ¿qué funciones ejerce el Comité de Fábrica?

—Representativas del Sindicato y del Gobierno. Ejerce la vigilancia, para que los obreros trabajen y den el rendimiento necesario; fijan las tarifas de salarios; imponen correctivos y multas a los obreros que no cumplen con su deber; despiden a los que no respetan lo convenido; solicita de la Bolsa del Trabajo los obreros que necesita la fábrica; clasifica la categoría que al obrero corresponde; vigila para que no se malgaste la materia prima; recoge todas las reclamaciones de los obreros; sirve de intermediario entre éstos y el director o encargado; prepara las elecciones en su fábrica y, en fin, se ocupa del orden, de la disciplina y de todo lo que a la buena marcha y a la producción de la fábrica haga referencia.

—¿Pueden los obreros destituir o pedir la destitución de su Comité de Fábrica o de uno o varios de sus miembros?

—Indudablemente. Todos los cargos son removibles y, por tanto, puede destituirse a quien los representa.

—¿Cómo pueden proceder los obreros para lograr esa destitución?

—Solicitan del Comité de Fábrica una reunión y cuando éste la ha concedido, se reúnen. En la reunión presentan sus quejas y el Comité de Fábrica las recoge y transmite al Comité del Sindicato, el cual pasa a examinarlas y procede según crea por conveniente.

—¡Pero eso es un contrasentido! Los obreros han de pedir permiso para reunirse a los mismos individuos a quienes han de destituir. Son ellos, los afectados por la

censura, quienes han de recogerla y darle curso, sin la menor intervención de quienes lo han pedido. Por este procedimiento, las destituciones deben ser muy raras.

—Rarísimas. Apenas se registra alguna. Pero sabed que la disciplina del Partido exige que un Comité de Fábrica, a quien los obreros piden su destitución, viene obligado a dar conocimiento al Sindicato del deseo de los obreros a quienes representa.

—Bien; pero frente a la disciplina del Partido está la conveniencia personal. Lo prueba el que no se solicite nunca una destitución. Además, todos los trámites burocráticos que han de seguirse, el temor de una represalia, la presencia de la Tcheka en todas las reuniones, el que no haya periódicos en los cuales puedan denunciarse abusos y arbitrariedades, y el temor de ser tildado de contrarrevolucionario, ahogan toda protesta y todo conato de rebelión.

(… …)

—Los Comités de Fábrica, ¿por cuánto tiempo son nombrados?

—Por seis meses.

—¿Pueden ser reelegidos?

—Sí. Pueden serlo.

—Una vez nombrado el Comité de Fábrica, para los efectos del salario y de la ración, ¿son considerados sus miembros como obreros o como empleados del Estado? ¿Vienen obligados a trabajar o están exentos de todo trabajo?

—Los componentes del Comité de Fábrica, una vez nombrado éste, dejan de ser considerados como obreros y pasan a la categoría de empleados. No tienen obligación de trabajar y si trabajan es voluntariamente. Su misión es de vigilancia, para que los demás trabajen.

—Será algo así como una especie de policía de taller.

—Duro es el calificativo. No tiene ningún carácter de policía. Su misión ya hemos dicho cuál es.

—Y cuando un obrero ha sido vejado moralmente por un Comité de fábrica o bien adscrito a una tarifa inferior a

la que se considera él merecedor, ¿qué tramites ha de seguir o cómo debe obrar para que el Sindicato le ampare en cualquiera de los dos casos?

Porque es de presumir que los Sindicatos deben encargarse de la defensa de los obreros sindicados en casos parecidos.

—Ciertamente. El Sindicato atiende en estos casos al obrero y le defiende y ampara. Cuando ha sido atropellado o bien adscrito a una tarifa inferior a la que él se cree merecedor, se dirige al Comité de Fábrica, presentándole por escrito la reclamación.

El Comité de Fábrica la tramita, siguiendo siempre las vías jerárquicas, al Comité Local del Sindicato, quien a su vez la hace llegar al Comité Ejecutivo del Sindicato a que pertenece el reclamante.

Informada favorable o desfavorablemente por el Comité Ejecutivo del Sindicato, para que la queja o reclamación vuelva a su puesto de partida, o sea a manos del obrero que la promovió, debe seguir los mismos trámites y pasar por los mismos organismos que cuando fué elevada a la Junta del Sindicato.

Como la elección de los Comités de fábrica es por seis meses nada más, y aunque con muchísima frecuencia son reelegidos los anteriores, ocurre que llega a conocimiento de uno de ellos el resultado de una reclamación hecha a su antecesor.

—En este caso el nuevo Comité debe dar satisfacción al obrero si el resultado de su reclamación le es favorable, negándosela en caso contrario.

—Así suele ocurrir. Aunque no debéis olvidar lo difícil que es para un Comité de Fábrica resolver una diferencia iniciada cuando aún no había sido elegido. Las culpas o faltas de uno no deben pagarlas los demás.

—De acuerdo. Pero y al obrero molestado personalmente o perjudicado en su salario adscribiéndolo a una tarifa inferior a la que le correspondía, ¿quién lo rehabilita o indemniza? Porque si respetables son los derechos del comité de fábrica, no lo son menos los del

obrero que el Comité ha lesionado. Dentro de un régimen comunista donde el Poder se ejerce en nombre de la clase trabajadora, justo es que a ésta se le haga justicia. No que se la concedan privilegios; pero sí que se le haga justicia.

—Así ocurre. Ni una sola reclamación hecha por un obrero deja de ser atendida.

—No lo negamos. Pero lo que sí negamos es que sea eficaz la atención. En primer lugar por los muchos trámites que debe seguir y no ser potestativo del obrero precipitarlos; en segundo lugar porque ha de ser resuelta sin que él sea oído, que es lo más importante. El Comité Ejecutivo del Sindicato, por mantener el prestigio del Comité de fábrica y el del Partido Comunista, al cual representa en el taller, le dará siempre la razón. De ahí las pocas destituciones de Comités y el que los obreros no se interesen por ellos.

—Al contrario. Los obreros se interesan muchísimo por el Comité de Fábrica.

—Los obreros comunistas no lo niego. Pero que se interesen los demás lo pongo en duda. Pero, en fin, dejemos esto.

Por el resumen de las cuestiones que en relación a lo que en Rusia representan los Sindicatos y que hemos procurado dar con la mayor claridad posible en el diálogo anterior, se habrá formado una idea aproximada el lector de lo que la organización sindical representa, el papel que juega en la economía bolchevique y la utilidad que tiene en la defensa de los intereses de los trabajadores frente al Estado bolchevique.

Nuestra peregrinación por las diferentes secretarías en busca de datos que nos orientaran acerca de lo que la organización sindical era no estaba exenta de dificultades, pues aparte de la división de funciones en cada secretaría, hacía muy difícil obtener detalles de conjunto el continuo cambio, la modificación constante que se introducía en todo y, más que nada, lo complicadísimo de un organismo que hasta sus mismos creadores empezaban a no comprender. Eran obstáculos insuperables para quien, como nosotros,

necesitaba ideas precisas y normas concretas.

Pero el resumen de todas estas dificultades hállanse condensadas en palabras de Luzowsky, que reflejan el verdadero papel de los Sindicatos en Rusia.

Decía Luzowsky, que el papel de los Sindicatos en Rusia era el de seguir las *plataformas* del Partido, las orientaciones económicas que éste le dictara y la defensa de la dictadura del proletariado. Todo lo que fuera salirse de este marco, era contrarrevolucionario y ni los Sindicatos podían hacerlo ni el Partido Comunista tolerarlo.

La enorme cantidad de empleados comunistas en los Sindicatos absorbía toda función de capacitación en las masas.

Si quisiéramos tomar otro Sindicato como ejemplo y lo hiciéramos con el de ferroviarios, confesemos que los resultados serían idénticos. Contando nada más que los centenares de empleados en los cargos burocráticos ferroviarios superiores, en los principios y finales de línea, en los cruces y empalmes, en las oficinas de intervención y dirección, sumarían miles. Luego, en cada estación, por pequeña que fuera, existía la Comisión extraordinaria, compuesta por lo menos, de tres individuos, ejerciendo misión de vigilancia y de mando. Cada tren, tanto de mercancías como de viajeros, también llevaba su Comisión extraordinaria. Cuéntese que la mayor parte de los miembros de estas comisiones no prestaban servicio activo; su misión era única y exclusivamente la de vigilar. No creemos que en tiempos del zarismo, cuando explotaban las líneas ferroviarias rusas Compañías particulares, el número de empleados en la vigilancia, inspección y dirección de las mismas alcanzara ni con mucho el que tenían bajo el régimen bolchevique cuando estuvimos en Rusia.

Si de los ingresos por transporte hubiera que pagar a tanto empleado, lo probable es que las recaudaciones no alcanzaran a cubrir los salarios que recibían.

VII

Gran fiesta y banquete

Los bolcheviques se habían propuesto divertirnos en grande. Querían que nuestra estancia en Rusia fuera lo más grata posible. Entretenían nuestros ratos de ocio, tal vez con la intención de hacernos apartar la mirada de los cuadros de miseria que por toda Rusia se presenciaban.

A la alimentación que, como ya hemos dicho, era abundante y extraordinaria y a las excepcionales condiciones en que viajábamos, les rodeaba un sinnúmero de cuidados, atenciones y preferencias que se nos prodigaba por dondequiera que íbamos.

Disfrutábamos de toda clase de concesiones y distinciones pequeño-burguesas. Vimos cómo una noche en el teatro hacían levantar de su asiento a un espectador para que se sentara un delegado. Por todas partes las fiestas, banquetes y regocijos se multiplicaban en honor nuestro. Recibimientos aparatosamente montados, revistas militares, manifestaciones, banquetes y agasajos, no escasearon en honor de las delegaciones extranjeras. Había para sentirse halagado y enternecido.

¿Necesitábamos los delegados todo aquel derroche de superfluidades y vanas pompas? ¿Habíamos ido a Rusia a ser agasajados y festejados, o habíamos ido a identificarnos con el pueblo que hizo la revolución, a sufrir con él, a recogernos en su corazón y fortificarnos con sus dolores y con sus miserias?

¿Eramos unos viajeros de paso que gozábamos de los esplendores y suntuosidades que podía ofrecernos un Gobierno revolucionario, o éramos los portavoces de un grito de simpatía brotado de pechos de millones de hombres que lanzaban sus imprecaciones contra la

injusticia y tendían sus miradas hacia el país ardiendo en fuego inmenso de regeneración social?

¿Es que se quería amortiguar, con aquellos espejismos postrevolucionarios, cual nuevas bodas de Camacho el rico, el suspiro inmenso de tanto dolor, para que no llegara su eco hasta nosotros?

Lo ignoramos. Lo cierto es que, con tanto festejo, se pretendía apartarnos de la realidad vital.

Las fiestas, banquetes, desfiles, manifestaciones y otras algazaras con que fuimos recibidos en las poblaciones del Volga y la grandiosa e imponente manifestación del día 20 de julio, en Petrogrado, iban a quedar eclipsadas ante lo que se preparaba. ¿Querían los bolcheviques darnos la sensación de su poder y de la simpatía (?) que el pueblo de Moscú sentía hacia nosotros?

Había llegado el momento de "tirar la casa por la ventana" (como dicen y hacen los que apenas se llamaron Pedro y de pronto se encontraron con un Don), y, ciertamente, lo iban a conseguir.

Entre los preparativos de la gran fiesta que se organizaba, lo más "epatante" era la disposición teatral de la gran tribuna alzada en el centro de la Plaza Roja.

Casi adosada a la muralla del Kremlim, dejando solo libre el espacio ocupado por las tumbas de los comunistas allí enterrados, levantaron una imitación de montaña de madera.

Al centro de esta montaña aparecía la tribuna, figurando una torre cuadrada y cubierta de un tejido artístico.

A los dos lados de esta tribuna central, construyeron dos tribunas más bajas y espaciosas, capaces para unos centenares de espectadores cada una. Los delegados ocuparían las dos filas de preferencia de estas tribunas y las demás las personas afectas al Gobierno.

La fiesta consistía en una Exposición de material de guerra, cañones, ametralladoras, tiendas de campaña, campamentos y residencias de Estados Mayores colocados en pabellones construídos exprofeso. Herramientas de

trabajo y máquinas agrícolas no había ninguna…

Un gran desfile de toda la guarnición de Moscú y una manifestación y desfile de todos los trabajadores, completaban el programa.

La fiesta se celebró el martes, 27 de julio.

El punto de reunión y formación de las tropas, militares y obreras de Moscú, era el de la Plaza del Gran Teatro. Allí se iniciaría el desfile hacia la Plaza Roja, entrando en ésta por la calle que hay entre la famosa capilla de la virgen lbérica y las murallas del Kremlim. Al partir de la Plaza del Gran Teatro, irían en formaciones de desfile, tanto los militares como los obreros.

La manifestación cruzaría por delante de las Tribunas para continuar hasta la llamada Puerta Santa del Kremlim, en donde comenzaría la dislocación.

Frente a las tribunas por nosotros ocupadas, había cuatro bandas de música que tocarían marchas y pasacalles sin interrupción y alternativamente. Al mismo tiempo se elevaría un globo cautivo por el lado de la Puerta Santa, mientras dos aeroplanos evolucionarían sobre la Plaza, arrojando literatura comunista.

Inútil decir que la Plaza Roja estaba tomada militarmente, y que nadie tenía acceso a ella ni podía estacionarse a no ser delegado o invitado especial.

El desfile comenzó a las once de la mañana, terminando a las cuatro de la tarde. Durante él hubimos de permanecer en las tribunas soportando el calor asfixiante que hacía.

Las bandas de música no cesaron un momento de tocar y el desfile se hizo seguido y matemático.

Primero las tropas en veinticinco grupos, comenzando por el Estado Mayor y terminando por el Regimiento de la Milicia a caballo.

Luego pasaron los obreros de todos los distritos de Moscú. Por orden correlativo lo hicieron los distritos de Khamovniki, Samoscrerechie y Presnia Rojo, los del distrito Municipal de Sokolniki y Rogosjko-Simonovsky. Los últimos fueron los del de Baumanovski.

Se anunció el principio de la "procesión" —como textualmente decía el programa— por una salva de artillería.

Puede calcularse que desfilaron ante nosotros más de trescientas mil personas.

La concurrencia de los obreros de todas las fábricas, talleres y oficinas de Moscú a la manifestación, era obligatoria, pues así lo había decretado el Gobierno.

En la "Pravda" y en las "Izvestias" del día anterior, se había publicado un decreto que así lo ordenaba.

A las nueve de la mañana, todos los obreros de todas las fábricas, talleres y oficinas estaban obligados a presentarse en el lugar donde tenían habitualmente la ocupación.

Hecho el recuento y pasada revista, serían conducidos, bajo la vigilancia de los Comités de cada fábrica o taller, al punto de reunión.

Cada grupo de obreros se colocaba en el sitio destinado a su distrito, y allí esperaba a que le llegara el turno del desfile.

La falta de asistencia a la Manifestación sería castigada con la suspensión del racionamiento durante ocho días.

A más de esto, no estando seguros los organizadores de la fiesta en que el pueblo concurriera a pesar de la amenaza, adoptaron otro procedimiento: repartieron piezas de ropa.

A unos les dieron una blusa; a otros pantalones; a algunos zapatos, y no faltó quien tuvo la suerte de obtener dos piezas de ropa de las que se distribuían.

Ese procedimiento era más seguro para forzar la voluntad de los reacios que cualquier otro.

La falta de asistencia a la manifestación, además de privar del racionamiento a los obreros, acarreaba el que se quedaran sin la pieza de ropa que les correspondía. Contingencia grave en aquellas circunstancias.

A la manifestación y desfile concurrieron también batallones de la guarnición de Petrogrado. Llegaron la noche anterior en cuatro trenes especiales.

La organización del desfile resultó por demás laboriosa.

La amplísima plaza y jardines de frente al Gran Teatro de Moscú y los alrededores del antiguo hotel Metropole, rebosaban de gente y de soldados.

Distribuídos todos según el orden concertado, cada grupo se dirigía, según llegaba de la fábrica o cuartel, al lugar que se le tenía destinado con sus compañeros de barriada o de cuerpo de ejército.

Los grupos empezaron a llegar muy de mañana. Como la curiosidad nos había llevado hasta el lugar destinado a la organización, preguntamos, valiéndonos de alguien que sabía hablar francés, desde qué hora estaban allí.

—Algunos grupos —nos dijeron— sobre todo de soldados, que son los primeros que deben desfilar, están aquí desde las siete de la mañana.

El aspecto de aquella multitud de gente allí apiñada, era conmovedor, pues se veía que la gran mayoría estaba por la fuerza, obligados, contra su voluntad, violentando su conciencia.

Bastaba que nos vieran y se dieran cuenta que éramos extranjeros y además delegados, en cuyo honor se hacía la fiesta, para que nos contemplaran con cierto desprecio, no exento de curiosidad.

Pero pronto los gritos y llamadas de los presidentes de los Comités de Fábrica o de los jefes de columna, les hacía olvidarnos, y a nosotros inquirir de qué se trataba.

Como la mañana era espléndida, ofrecía un cuadro encantador el conjunto abigarrado de banderas y estandartes con el verde de los jardincillos por fondo y la fachada del Gran Teatro como frontispicio.

Las continuas e ininterrumpidas avalanchas de hombres que iban llegando, hacían que no pudiera fijarse demasiado la atención en los detalles si se quería abarcar el conjunto.

Sin embargo, y acaso por el hecho mismo de aglomerarse tantos miles de personas en la plaza, no dejaba de impresionar el aspecto exterior de la mayoría.

Quienes al lado de la blusa nueva que se les había dado

el día anterior, mostraban sus calzones con remiendos de mil colores y todos deshilachados por debajo.

Otros, llevando el pantalón nuevo, iban casi descalzos y mostraban los codos por las roturas de las mangas.

No faltaban los que, más desgraciados en el reparto de las prendas de vestir, no les había correspondido ninguna o bien una que no debieron podérsela poner, si acaso no la destinaron a algún deudo o allegado que la precisaba más.

A medida que avanzaba la mañana y nuevos contingentes aumentaban los llegados en primer lugar, el tránsito por la plaza para los curiosos y mirones como nosotros se hacía imposible.

En nuestro afán de verlo todo, ya que preguntar no podíamos, íbamos contínuamente de un lado para otro, llegando una vez a encontrarnos presos entre grupos, teniendo que abrirnos paso casi a la fuerza.

Cuando la aglomeración hizo imposible el que circuláramos libremente, optamos por marchar. Además, la hora del desfile se acercaba. Teníamos que ir a ocupar el lugar que como espectadores de honor, de primera clase, nos estaba reservado.

El desfile se hizo de diez en fila, a paso militar, marchando rígidamente, en formación perfecta y volviendo un poco la cabeza hacia las tribunas al pasar delante de ellas.

A lo monótono y antipático del desfile, venía a unirse el ruido ensordecedor de los aeroplanos y el chinchín de los platillos de las bandas de música que no cesaron un momento de tocar.

Cada partida de veinte filas de manifestantes que pasaban, las dos o tres primeras filas de la otra partida gritaban frente a la tribuna central: *¡Hurra a la Tercera Internacional!* Nos cabía el convencimiento de que aquello era una superchería más, y de que no daban los *hurras* voluntariamente.

Por entre los artefactos de guerra que se exponían, llegamos hasta el punto en que terminaban los pabellones de la Exposición, y entonces se nos reveló todo claramente.

A la entrada misma de la Plaza Roja se hallaba un oficial del Ejército Rojo, que antes lo había sido del zarismo, encargado de dar la última ojeada al orden de formación.

Estaba destinado a indicar al grupo de líneas los gritos y *¡hurras!* reglamentarios que habían de lanzar.

Vimos aquello y nos invadió una gran tristeza.

La farsa que allí se representaba no podía ser más indigna, ni más infame.

¡Pobres seres traídos allí por la fuerza, para dar la sensación de que el pueblo nos aclamaba! Y, por último, ordenando hasta los saludos que nos habían de dirigir.

Terminado el desfile, algunos delegados se dirigieron al campo de aviación, donde se celebraba una fiesta aviatoria también en nuestro honor.

Por cierto que fué desgraciada. A causa de habérsele roto una pieza de gobierno a uno de los aeroplanos, hubo de aterrizar violentamente y de la manera que pudo, yendo a chocar contra una de las tribunas que habían sido levantadas para los delegados.

En primera fila hallábase sentada una delegada pocos días antes llegada a Moscú, representando con otros delegados a los obreros suecos. Una de las palas de la hélice del aeroplano le pegó en la cabeza y le rompió el cráneo. Aquella misma tarde murió en el hospital.

A causa del accidente y en señal de duelo se suspendió la fiesta.

Aunque habíamos sido invitados a esta fiesta de aviación no quisimos asistir. Lo que habíamos visto por la tarde, nos quitó toda ilusión para hacer acto de presencia en ningún festejo.

Preferimos, en vez de ir al campo de aviación, recorrer Moscú, recogiendo impresiones de la jornada. Nos interesaba saber qué opinaba el pueblo del desfile y de nosotros.

Confesamos que nada podemos decir. No hablando el ruso, no podíamos inquirir noticias de primer origen; que son las verdaderas.

Preguntar era difícil, y más que difícil, era no enterarse de nada. En cuanto sabían que éramos extranjeros y además delegados, las bocas se cerraban, escondiendo sus secretos como las tumbas de los faraones.

Resignados volvimos al hotel.

Por la noche asistimos al banquete. Aún contrariándonos personalmente, asistimos a él.

Lo visto por el día púsonos de mal humor. Accedí a los insistentes ruegos de los malogrados camaradas Petit y Vergeat de París. Fuimos los tres, no porque nos entusiasmara concurrir al banquete, sino para tener algo más que decir.

Celebróse el banquete en el antiguo Palacio de la nobleza de Moscú.

En la sala central, y sobre cuatro filas de mesas, que las ocupaban a lo largo, vimos colocados numerosos servicios.

Los delegados extranjeros, en honor de quienes se celebraba el banquete, éramos un centenar, contando los rusos, y la concurrencia en la Sala era de más de dos mil personas.

El banquete no podía ser más espléndido. Se nos sirvió sopa, pescado, carne y pan blanco, todo en abundancia.

También se nos sirvió una bebida espirituosa de frutas, café y tabaco.

Durante el banquete, una banda de música interpretó diferentes piezas, sin olvidar tres o cuatro veces “La Internacional”.

Cantó un Orfeón y el famoso Schaliapine, magistralmente.

Mientras los delegados, que teníamos nuestra comida en el hotel, banqueteábamos opíparamente, los músicos y orfeonistas no habían comido, ni tenían esperanza de comer. El pueblo de Moscú carecía de lo más indispensable.

Para hacer aquel alarde innecesario, se tuvo a todos los niños de Moscú cuatro días sin su ración ordinaria de pan. ¡Estábamos bajo la dictadura del proletariado! ¡Cómo olvidarlo!

* * *

Al día siguiente de la manifestación y del banquete, Luzowsky, que no desconocía nuestro pensamiento, nos preguntó qué nos había parecido la jornada del día anterior.

—No se debió hacer —contestamos—. Y si queríais que el pueblo obrero de Moscú, rindiera homenaje de simpatía a los delegados extranjeros, hubiera sido preferible convocarlos para el domingo próximo, y con los que hubieran concurrido, organizar una manifestación.

—No hubiera venido nadie —contestó.

—Bueno —dijimos—. Así sabríamos la verdad de las cosas, y no como ahora, que al parecer, es grandioso lo ocurrido, cuando en el fondo todo ha sido una comedia, de la que hemos sido espectadores ridículos.

—¡Usted siempre igual! —dijo Luzowsky—. Tenéis, camarada Pestaña, ideas muy chocantes.

Y se alejó al pronunciar las últimas palabras.

VIII

El problema de la vivienda

Deseosos de saber cómo los bolcheviques habían resuelto los distintos problemas que la vida económica y social plantea al hombre, nos dedicamos a la ardua tarea de inquirir todo cuanto estuviese en relación con esos problemas, empezando por el de la vivienda. Acuciados por lo que en Europa y en nuestro propio país sucedía, quisimos saber cómo lo había resuelto la revolución.

Los informes oficiales que pudimos recoger, no eran lo suficientemente explícitos. Aunque hablaban de una distribución matemática y rigurosa de las viviendas, el pueblo, las personas a quienes habíamos insinuado nuestros propósitos, incluso a comunistas, dejaban entrever cierta animosidad contra las disposiciones oficiales.

Coincidían todos —informaciones oficiales y particulares— en que se había hecho una distribución equitativa y racional, a primera vista. Llevada la cuestión al análisis, se veía que mientras los informes oficiales arrojaban un resultado inmejorable, negábanlo los particulares, sosteniendo que la intervención oficial no había podido ser más desdichada. ¿Quién tenía razón? He aquí lo que más interesaba averiguar.

La distribución oficial, partía del principio matemático de no conceder más de una habitación por persona, excepto a los médicos y a otros varios técnicos necesitados de una habitación más, para despacho o gabinete de consulta. La rigidez de las disposiciones oficiales, no rezaba para quienes gozaran del favor oficial. La influencia podía más que todas las disposiciones gubernativas. Los informes particulares hablaban muy expresamente de las numerosas excepciones a favor de personajes influyentes o de altos

empleados bolcheviques. Así, pues, el problema de la vivienda, ya preocupaba por aquel entonces a los habitantes de Moscú. Unido a los demás problemas, venía a hacer más angustiosa la situación del pueblo que había hecho la revolución.

Dos causas contribuían a esta agravación: el temor a las disposiciones oficiales, que muchas veces tenían el carácter de despojo o de venganza partidista, y la escasez, cada día mayor, de viviendas. Sobre todo la última era más alarmante.

Las casas habitables disminuían de día en día, derrumbándose muchas de ellas por no repararse los desperfectos que el tiempo y las condiciones climatológicas del país iban causando. Además, la concentración de los servicios gubernamentales en Moscú, hacía más pavoroso el problema.

Los alquileres eran reducidos, pero escasa ventaja se obtenía con ello, ya que lo esencial estribaba en poder encontrar una vivienda, lo que no era factible.

Para la distribución de las habitaciones, lo mismo que para la distribución de los demás artículos, el Consejo de Comisarios del pueblo había creado una especie de Comisariado de la vivienda, en el que centralizaba todo cuanto al problema se refiere.

En cada calle o en cada grupo de calles, y, a veces para media calle o para un grupo de casas, había una comisión de vecinos. Esta comisión estaba presidida siempre por un comunista *probado*, por un hombre de confianza del partido, al que se consideraba como empleado del Estado, percibiendo un sueldo como si trabajara en un taller.

Su misión era la de llevar una estadística de las viviendas que estuvieran a cargo de la comisión que presidía. Cuidaba de los traslados de habitación que realizaran los vecinos; establecía porteros o conserjes en cada casa, y, por último, indagaba quiénes, cómo y cuándo visitaban a cada vecino de los que habitaban en su demarcación. Era algo así como el Argos policial de cada casa, de cada domicilio particular. Podía, incluso, arrestar

al visitante que le parecía sospechoso. También era de su incumbencia cobrar los alquileres y ordenar las reparaciones. La antipatía con que cada vecino miraba al camarada presidente de la comisión de la casa en que vivía, rayaba en la odiosidad.

Esto había hecho el Gobierno. Veamos lo que hizo el pueblo.

A Kibalchiche y a un ex presidente de una Comisión de vecinos de Petrogrado, debemos los preciosos datos que damos a continuación.

La revolución de noviembre, que aceleró los acontecimientos iniciados en la de marzo, permitió, con el predominio absoluto de las clases populares, realizar la total y completa expropiación de las clases nobiliarias y capitalistas.

A la expulsión de los grandes terratenientes de sus predios, siguió la de los industriales de sus fábricas, y a la de éstos, la de los propietarios de inmuebles.

Los trabajadores de los barrios obreros, los proletarios, que habían vivido hasta entonces en infectas zahurdas, cargaron con sus enseres y se alojaron en las mejores casas que hallaron disponibles.

Las injusticias y los atropellos, inevitables en tales casos, hicieron su aparición.

De algunas casas ricas, aunque no en muchos casos, se expulsó a sus moradores y se les puso en el arroyo, dejándolos sin albergue.

Por lo general, se les obligó a que ocuparan un número limitado de habitaciones, instalándose las familias obreras en las restantes. Pero la distribución resultaba en muchos casos arbitraria.

Además, era necesario prever las consecuencias que origina un trastorno tan grande, y había que pensar en las reparaciones, en la luz, en el agua, etc., etc.

Pronto, con esa intuición profunda que tiene el pueblo y que solo necesita el estímulo para manifestarse, se organizaron comisiones de vecinos que proveían a las necesidades de cada calle y de cada edificio.

Fijaron el precio del alquiler de cada habitación; levantaron estadísticas de los alojamientos disponibles; dispusieron y realizaron —cosa que después no se continuó — las reparaciones precisas; establecieron repartos más equitativos que los efectuados en el primer impulso y, por fin, ordenaron todo de la mejor manera posible, según los acuerdos y el parecer de la mayoría de los vecinos.

Las asambleas de estas comisiones eran frecuentes, y en ellas, se resolvían las cuestiones de la manera más sencilla y más armónica.

—La satisfacción era general —decía Kibalchiche y el ex presidente de la Comisión con quienes hablamos. Era muy raro, a pesar del hondo desconcierto que produjo el hecho revolucionario, el desacuerdo o los litigios entre vecinos.

Desinteresadamente, con un altruísmo que no será nunca bastante alabado, resolvíanse las cuestiones, y todo marchaba perfectamente.

Mas la necesidad, que es casi siempre la madre de todas las innovaciones, hizo comprender que se estaba solo a mitad de camino.

Cada Comité de casas, o de calle, se dió cuenta de que el problema era más complejo, y de que se asfixiaba en su propia obra. La expansión se hacía imprescindible, si pena de perecer. Y surgió el acuerdo.

Los Comités de casas contiguas, o de calles adyacentes, se federaron entre sí; disolviéronse unos, organizáronse otros; esto dió una mayor expansión a todos y aminoró las dificultades aparecidas al principio.

Pronto se llegó a la Federación de los Comités de toda la capital, y sin disposiciones oficiales, sin reales órdenes, ni ordenanzas municipales de ninguna clase, los vecinos de Petrogrado, por su propia iniciativa, tuvieron casi resuelto el problema de la vivienda.

Se fijaron los precios de los alquileres, que eran reducidísimos; se hicieron las reparaciones necesarias; se aconsejaron y realizaron permutas de habitaciones entre los obreros que tenían el domicilio muy alejado del lugar del

trabajo y se distribuyeron las habitaciones con la más rigurosa equidad.

En todo este período, que duró cerca de año y medio, no se verificó ni un solo desahucio, ni se quedó sin albergue ninguna familia.

Pensando en el futuro, de cada alquiler se descontaba un tanto por ciento prudencial para proseguir las construcciones de nueva planta, y destinaban subvenciones para la conservación de edificios.

La higiene en las casas mejoró notablemente, y la limpieza era ejemplar.

En cada casa, por turno riguroso, salvo caso de fuerza mayor, cada vecino venía obligado, semanalmente, a asegurar la limpieza de la escalera y atender las reclamaciones que se transmitían al Comité, para que éste resolviera o diera cuenta a la asamblea.

Todo el mundo podía entrar y salir libremente, recibir a quien le pareciera y recoger y dar alojamiento en sus habitaciones a las personas que fueran de su amistad o agrado.

Libertad; plena libertad de cada uno mientras no perjudicara a un tercero.

Pero esto no convenía al Gobierno. La dictadura del proletariado, la centralización de todo, chocaban *naturalmente* con el espíritu de libertad de aquella institución creada por el pueblo.

Sin embargo, no convenía destruirla. La práctica demostraba su utilidad. Mejor que destruirla, convenía apoderarse de ella. Y lo consiguieron, aunque no sin esfuerzos y protestas.

Se empezó por llevar a la presidencia de cada Comité o Comisión a un comunista. A los Comités o Comisiones adonde no se pudo lograr la presidencia para un adicto, se les intimó con la disolución a pretexto de manejos contrarrevolucionarios. Se limitó el número de Comités, y como golpe final, se asignó sueldo a los presidentes, se les equiparó a funcionarios del Estado y se les otorgó el derecho de penetrar en el domicilio de cualquier vecino y

detener, como ya hemos dicho, a quien les pareciera sospechoso.

Los comunistas se avinieron muy bien a este papel policial; la disciplina del partido lo imponía. Los demás no lo aceptaron, y las dimisiones surgieron en masa, quedándoles el campo completamente libre.

—A partir de este momento —me afirmaban mis informadores— el Comité o Comisiones de Casas perdió su eficiencia y se convirtió en un rodaje más del pesado burocratismo comunista.

Los vecinos dejaron de interesarse por el problema de la vivienda; apareció el favoritismo y los bolcheviques, dueños de la situación, destruyeron lo más hermoso de la actividad colectiva: la iniciativa individual.

Nadie quería ser presidente del Comité por no enemistarse con sus vecinos, ni tener la responsabilidad del cargo. Les repugnaba también convertirse en parásitos. Repudiaron la misión que les confería autoridad de confidentes, de policías y de allanadores de moradas. Desde entonces, los Comités o Comisiones que tantos y tan señalados servicios habían prestado, que tantas injusticias y arbitrariedades evitaron, que tan equitativa y humanamente habían encauzado un problema tan gravísimo, como era el de la vivienda, dejaron de existir, para dar paso a una caricatura de Comisión que sólo la acompañó el desprecio más olímpico de los ciudadanos. Había muerto una de las más simpáticas instituciones que el ardor y la fiebre revolucionaria engendrara.

El mastodonte estatal acababa de aplastar, con su pata informe, el brote más prometedor de la espontaneidad del pueblo.

IX

Instrucción pública

En la exposición o narración que venimos haciendo de cuanto vimos durante nuestro viaje a Rusia, no todo lo que digamos ha de ser duro, áspero y desolador. Algo hay que pueda compararse a los oasis que el viajero halla en el desierto.

¿Quiere o debe decirse, que todo lo que han hecho en instrucción pública, deba ser aceptado incondicionalmente? De ninguna manera. Los errores de organización sufridos por los bolcheviques en el ordenamiento de la vida social y económica de Rusia, no dejan de manifestarse también en lo que atañe a instrucción pública; pero en gracia a la intención que les ha guiado y a los resultados que puedan obtenerse, cabe hacer de ellos abstracción y considerar en su estricto valor lo hecho en beneficio de la cultura del pueblo.

Repetir aquí lo que acerca del analfabetismo ruso se había dicho antes de la guerra, y en los primeros tiempos de la revolución, sería monótono por demasiado conocido. Empero se nos permitirá que citemos unas cifras más elocuentes por sí solas que cualquier comentario.

Petrogrado, capital del imperio, con más de millón y medio de habitantes, en 1914 acusa, según estadísticas del propio régimen zarista, un sesenta por ciento de analfabetos.

En 1920, la población de Petrogrado quedaba reducida a ochocientos mil habitantes —disminución que se debe al traslado de todos los servicios a Moscú y a la desaparición de la burguesía— y según las estadísticas que nos mostraron los bolcheviques, conveccionadas entonces, solo treinta mil de sus habitantes no sabían leer ni escribir.

Queremos admitir, en descargo de las exageraciones oficiales, que las cifras que se nos dieron fueron un tanto exageradas; queremos suponer, elevando al límite máximo nuestra suspicacia, que esas cifras estuvieran aumentadas en un veinticinco por ciento. Aún en este caso, el número de analfabetos se redujo considerablemente.

¿De qué medios se valieron los bolcheviques para conseguir esta rápida reducción? Dueños del Estado, sistemáticos en todos sus procedimientos, lo fueron también en la instrucción. Desde la obligación de concurrir a la escuela un número determinado de horas cada día, hasta negar el trabajo en la fábrica a quien no quisiese aprender a leer y escribir, todo fué ensayado. Puede decirse que emplearon todas las coacciones, las morales y las materiales, para logar la finalidad propuesta.

Quienes afirman que el pueblo no siente la necesidad de saber, se equivocan fundamentalmente. El pueblo tiene y siente el anhelo de saber. En las escuelas rusas se han visto casos típicos.

Era muy común ver a un hombre de edad algo avanzada o encanecido por los años y agotado por el trabajo, poner empeño extraordinario en descifrar los jeroglíficos que a sus ojos presentaban los caracteres de la escritura y querer penetrar el misterio de aquellos signos. Comprendía que el amplio horizonte que a su mente se asomaba, después de la revolución, solo le sería dable contemplarlo sabiendo leer y escribir, y por eso se afanaba en aprender.

Puesta a su alcance la escuela, a ella iba con la unción de quien espera el milagro de su dicha.

Pero no fué solo para los adultos para quienes los bolcheviques impusieron la instrucción; lo fué también para los niños. Y si el acierto no ha presidido todas sus acciones, no puede culpárseles de haber descuidado la rectificación en los errores.

La organización de la instrucción pública bolchevique, como todas sus organizaciones, es centralista en absoluto.

El maestro, sobre todo el maestro de primera

enseñanza, viene a ser el último diente del engranaje que impulsa la educación. No puede tener iniciativa alguna, y menos practicarla. Si alguna tiene podrá exponerla cuando la superioridad le consulte, y aplicarla si se lo autoriza el programa que anualmente se elabora; pero nada más. El maestro ha de ajustarse siempre a la norma que el programa aprobado en el Comisariado de Instrucción pública le marque.

Este programa, es la síntesis de una consulta general que se hace anualmente a todos los maestros de la Rusia soviética, pero, por eso mismo, porque es una síntesis y no la diversidad de facetas que la enseñanza necesita, es por lo que resulta perjudicial.

Sería plausible su aplicación si se tornara como punto de partida, como esquema, como generalización para unificar los resultados de la enseñanza, dejando a cada profesor que lo bordara, que lo explanara como mejor lo entendiera, que sacara de él los mejores jugos, los elementos: guías de la labor encomendada. Pero no es así, y de aquí lo infructuoso de la obra emprendida.

Entrando en las formas de organización, diremos que el Comisariado de Instrucción pública está compuesto de un "College", especie de Comité, subdividido en varias secciones. Estas secciones, que son seis, y que tienen cada una su presidente, son: de Artes, de Organización, de Instrucción social, de Sector científico, de Trabajo extraescolar y de Comité de instrucción pública.

Los presidentes de cada una de estas secciones, presididos a su vez por el Comisariado de Instrucción pública, son los que forman el "College".

Todo cuanto se refiera a la enseñanza, desde la adquisición de material en la última escuela de un grupo de "isbas", hasta la concesión de título de doctor en cualquier ramo científico, todo ha de pasar por sus manos. Nada escapa a su inspección.

¿Precisa crearse una escuela en una de las más remotas aldeas de Rusia? Sin el visto bueno del "College" no puede ser.

¿Hay que adquirir material nuevo o reponer el viejo? No puede hacerse sin el consentimiento del “College”.

Un profesor, a quien la práctica diaria enseña que puede introducirse alguna modificación en el programa anual que le ha sido remitido, toma notas, redacta una Memoria, la envía al Comité para la Instrucción pública más cercano, éste la transmite al superior, y así hasta que llega al “College”. Si el “College” autoriza la modificación en el programa, puede aplicarse; si no, no.

Las secciones que presiden quienes componen el “College”, se subdividen a su vez en cinco secciones, que son de economía, de finanzas, de asambleas, de oficina central de conexión y de material. Debemos advertir que algunas de estas secciones, como la de Arte y la de Trabajo extraescolar, están subdivididas en siete secciones, la primera, y en once, la segunda.

Pero no termina aquí la serie de subdivisiones ni las secciones que dependiendo, ya de una de las secciones superiores —llamamos así a las que dan sus presidentes al “College”—, ya de una de las subdivisiones de estas últimas, forman la complicadísima organización bolchevique.

Quedan secciones como la de Ediciones del Estado, Instrucción de pequeñas nacionalidades y la de la Dirección general de Archivos que forman zona aparte, es decir, que sin pertenecer a ninguna de las que dependen directamente del “College”, no forman sección autónoma de éste; pero a él están ligadas directamente, pues no dependen de ninguna de las secciones primeramente señaladas.

El programa de las escuelas es mixto, compuesto del sistema americano y del Montesori.

La falta de libros de texto no era debida a ningún método pedagógico, sino a que no se disponía de medios de confección.

La asistencia del niño a la escuela comenzaba (debemos hacer constar que todo esto eran propósitos que por la escasez de locales, de maestros y la miseria general, no tenían aplicación inmediata) cuando el párvulo andaba

por sí solo. En esta oportunidad ingresaban en las escuelas-Asilos, pasando, una vez cumplidos los tres años fijados para su permanencia, a la escuela jardín, donde permanecerían hasta los siete.

El tipo de esta escuela, o casa-jardín, no era único, pues tenían en proyecto crear dos tipos de escuela. Uno en las que el niño permanecería todo el día, durmiendo fuera, y otro, en las que estaría en calidad de interno. Tanto en unas como en otras, la manutención del niño correría a cargo del Estado.

El límite de edad en las escuelas-jardín era hasta los siete años. Después de esta edad, tendría que ingresar en la que ya podríamos llamar, propiamente, escuela primaria. Allí podrá estar hasta los diez y seis años.

Cuando cumplidos los siete años el niño abandone la escuela jardín, para ingresar en la escuela práctica (así nos dijeron que la llamaban), es cuando verdaderamente puede decirse que impera la educación escolar.

Antes de este ingreso, se hace la clasificación de los enfermos y anormales, dirigiéndolos a las escuelas especiales establecidas para ellos.

Ya en la escuela práctica, empieza para el niño la vida educativa. A la enseñanza de las letras se agrega la enseñanza práctica, en lo posible. Así, para darle al niño la sensación de la utilidad de la geometría se le inicia en ella empezando por enseñarle a medir el banco en donde se sienta, la capacidad del jardín de la escuela o la de la sala de la clase. Igual procedimiento se sigue para iniciarle en los conocimientos técnicos de la agricultura, o para el dibujo. En este aspecto, la iniciativa de los bolcheviques es muy notable y sus ensayos de educación deben ser aprovechados por nosotros sobreponiéndolos a toda concepción partidista.

Hemos de reconocer la buena orientación de los bolcheviques en la instrucción escolar. Sus procedimientos, sin ser perfectos, señalan una gran superioridad sobre los burgueses.

Además, entre los maestros y pedagogos, existían

tendencias opuestas acerca de las reformas que debían introducirse para obtener un mejor resultado del paso del niño por la escuela. La uniformidad, en este aspecto, como en todos los demás, no existía. Y aunque la centralización ahogara las voces de los no coincidentes con el criterio del "College", lo cierto es que la disconformidad se manifestaba.

Mientras un sector defendía la conveniencia de que fuera limitada por la edad la permanencia del niño en los diferentes tipos de escuela ya creados o que pudieran crearse, los partidarios de la otra tendencia querían que la permanencia fuera fijada según el grado de capacidad del niño.

Afirman, no sin razón, que un niño, a los siete años, puede haber adquirido más conocimientos que otro a los diez. Y mientras el menor en edad, aunque más instruido, al pasar de la escuela-jardín a la práctica ha de ser adscrito a la clase primera, el otro, el de mayor edad y menor instrucción, ocupará la clase tercera o cuarta de la escuela práctica.

Este razonamiento resulta más sólido por el hecho de ser graduadas las escuelas.

La selección, dicen, ha de hacerse por capacidades, no por edades. Y este criterio, nos parece el más justo, aunque no sea el oficial en Rusia.

Las escuelas prácticas de que venimos hablando, se dividen en dos grados: el primero abarca de los siete a los doce años; y desde los doce a los dieciséis, el segundo.

Esta división es puramente técnica, es decir, no tiene otra finalidad que la de facilitar en la enseñanza la labor de los profesores.

Esta misma división, por grados o ciclos de materias a enseñar, subsiste en todas las instituciones públicas bolcheviques, desde la escuela primaria, hasta la Universidad o Alta Escuela.

Las estadísticas que se nos mostraron, con el número de escuelas existentes, eran bastante incompletas, pero no dejaban de acusar un aumento constante y una superioridad

aplastante sobre el régimen zarista. Dará una idea aproximada de la escasez, el saber que con una población escolar de unos ocho millones de niños, un tercio de ellos no podía concurrir a las escuelas por faltar éstas.

Anejos a la escuela, como prolongación y ampliación, existían clubs y bibliotecas escolares; aquellos que permitieron fundar los medios económicos de que disponían.

A los diez y seis años, cuando el niño había de abandonar la escuela práctica, podía realizar los estudios de su predilección.

El optar por el estudio de una carrera no exime, pasada cierta edad, de tener que trabajar en un oficio manual, si se exceptúan a los veinticinco mil estudiantes que el Estado tomará a su cargo. A éstos, que antes solo eran quince mil, y que pocos días antes había sido elevada la cifra a veinticinco mil, el Estado les cubría sus necesidades. Los restantes, hasta 116.947, que estudiaban por aquella época, tenían que trabajar por lo menos cuatro horas en un oficio manual.

Los exámenes también fueron suprimidos al principio; pero entonces ya se hablaba de restablecerlos. Para algunas asignaturas ya lo habían sido.

El número de clubs, bibliotecas y salas de lectura para los estudiantes era muy considerable, aunque las materias para el estudio estuvieran muy restringidas. Lo único que abundaba era la literatura bolchevique. De ésta, sí que se hacía un verdadero consumo.

Nos afirmaron que pasarían de cien mil el número de bibliotecas establecidas, y de doce mil el de salas de lectura.

El número de Universidades Populares pasaba de un centenar.

El último decreto del Comisariado de Instrucción pública, durante nuestra estancia en Rusia, se refería a las bibliotecas particulares. Se decretaba que toda biblioteca de más de cinco mil ejemplares sería confiscada para entregar sus libros a las bibliotecas públicas. Se exceptuaban de la

confiscación las de los hombres de ciencia, a quienes el Gobierno reconociera como tales, y que las precisaran para sus investigaciones o estudios científicos.

Dos visitas hicimos a instituciones de enseñanza durante nuestra estancia en Moscú. Una a la Universidad Popular y otra a una escuela-jardín de los arrabales.

En la Universidad Popular fuimos recibidos por todos los profesores con el director a la cabeza y una comisión de estudiantes comunistas.

Recorrimos todas las dependencias. Visitamos el salón de clases, la biblioteca, el refectorio, los jardines de recreo y los dormitorios, pues como casi todos los estudiantes, es decir, la gran mayoría, eran comunistas, que los Soviets provinciales enviaban a Moscú a petición del Partido para educarlos en las teorías marxistas, no tenían familia y de aquí el carácter de internado de la mayoría de ellos.

Preguntamos qué norma se adoptaba en la admisión de alumnos, contestándosenos que la señalada por el Partido, dando siempre la preferencia a los comunistas.

—La casi totalidad de los alumnos actuales, nos dijo el director, son comunistas llegados de provincias, que vienen a ampliar sus conocimientos del marxismo a fin de llegar a ser propagandistas y divulgadores del comunismo.

Aquí se les prepara, mediante ejercicios orales y escritos, para el conocimiento de la filosofía, aunque preferentemente la marxista.

Los cursos son diferentes y de más o menos duración.

Hay cursos de seis meses nada más. Estos los siguen los camaradas que vienen a prepararse para la labor de organización del Partido y de las masas.

Los que siguen el curso de un año de duración, son, además de organizadores, divulgadores del marxismo: escritores, oradores, etc. Y los que siguen los cursos superiores, abarcan todos los aspectos de la filosofía en general.

—Y las relaciones entre el profesor y el alumno, ¿cuáles son? —preguntamos.

—Las de franca camaradería —se nos contestó—.

Cuando llega el alumno, ya viene destinado a una clase determinada. En el cuestionario que para la admisión de alumnos se dirige periódicamente a los Soviets provinciales, ya se indica que cada alumno debe escoger la clase de estudio que prefiere, consignándolo al momento de solicitar su inscripción.

—¿Y quién nombra los profesores?

—Los profesores son nombrados por el College del Comisariado de Instrucción Pública.

—Así ¿los alumnos de la Universidad Popular, no pueden nombrar o rechazar un profesor que no les guste o crean inepto?

—No podrían hacerlo. El poco tiempo que duran los cursos es insuficiente para que puedan los alumnos escoger los profesores.

—¿Y cómo se procede al terminar el alumno su curso para saber si reúne las condiciones de capacidad necesarias? En otros países se sabe o presume saberse por los exámenes. Estando en Rusia suprimidos, no puede saberse por ese procedimiento.

—El profesor lleva un cuaderno de notas de cada alumno, y según sean estas favorables o desfavorables, se eleva un informe al Comisariado de Instrucción Pública.

—¿Y no creen ustedes —preguntamos, dirigiéndonos a todos los profesores— que esta vida de promiscuidad en las aulas, en los comedores, en el recreo y en los dormitorios no sea perjudicial a la moral del individuo? Ese comunismo en todo, incluso en los sentimientos íntimos individuales, nos parece rebaja la personalidad de cada uno, confundiéndola en un todo híbrido y confuso.

—No hemos tenido ocasión de observarlo. Y aunque así fuera, nada podríamos hacer por evitarlo. Estas Universidades están creadas según las normas trazadas por el Partido, y no está en nuestro poder modificarlas o transformarlas.

—¿Cuántos alumnos hay ahora en la Universidad?

—Pasan de doscientos. La falta de subsistencias obliga a restringir los ingresos.

—¿Qué ración se da al alumno?

—La ración B, que es la de profesión liberal.

Terminadas las preguntas y el recorrido de las dependencias, pasamos al salón de clase, donde ya estaban reunidos los alumnos para recibirnos.

Un delegado de los que íbamos en la comitiva les dirigió la palabra, y como buen marxista y disciplinado bolchevique, les habló del sovietismo, de la dictadura del proletariado, del triunfo del comunismo rojo y de la misión que el Partido Comunista debía desempeñar en la revolución mundial.

Un profesor nos dió la bienvenida agradeciéndonos la visita.

Luego un alumno, el hombre de confianza, el comunista probado que allí representaba al Partido Comunista, habló de las gestas del Partido Comunista, del valor inconmensurable de sus hombres, de la grandiosa revolución que habían hecho para emancipar al pueblo; también nos habló del glorioso e inolvidable ejército rojo, sostén firmísimo de la República Socialista y bravo ejecutor, en día venidero, de la revolución mundial. Estábamos en plena apoteosis mesiánica.

Terminados los discursos nos retiramos, siendo acompañados hasta la puerta por los alumnos y profesores.

La visita a la escuela-Jardín fué un domingo por la tarde.

Se daba una fiesta para los alumnos, y se quiso la presenciáramos. También se nos obsequió con merienda.

A esta escuela-jardín solo concurrían niñas y niños menores de doce años, por lo que no había ningún profesor, salvo los de gimnasia.

El número de profesoras era crecidísimo. Muchas de ellas no habían estudiado para el Magisterio. Eran hijas de nobles o burgueses muertos o arruinados por la revolución, que al verse en la miseria, optaron por el profesorado para subvenir a sus necesidades.

Como nuestra visita les había sido anunciada, todo estaba dispuesto para el recibimiento.

Llegamos con algún retraso a causa de una *panne* de los autos que nos conducían.

Desde la entrada del jardín hasta el pabellón de clases y sala de fiestas, las niñas y niños estaban colocados en filas a los lados del camino. Las profesoras, con la directora, nos esperaban a la puerta.

Cambiados los saludos de rigor y acompañados de las profesoras, nos dirigimos al palco que se nos destinaba.

La fiesta comenzó leyendo poesías alusivas al acto y cantos infantiles.

La alegría de aquellos rostros infantiles era inmensa. Palmoteaban, reían, gritaban; se alzaban de los asientos e iban de un banco a otro; entonaban también los cantos que cantaban los del escenario, llenando el espacioso local con la sonoridad de sus voces.

Terminada la primera parte, y al anunciar desde el escenario un intermedio de diez minutos para preparar la segunda, se armó una de chillidos y de risas, una algarabía infernal, propia de la inocencia y el candor de la concurrencia.

En la segunda parte de la fiesta representaron una pieza teatral de argumento infantil.

Los diminutos actores, pues eran niñas y niños del mismo colegio, representaron su papel a maravilla y el auditorio, impresionado por el espectáculo, guardaba el más religioso silencio.

Los chillidos, gritería y murmullos de la primera parte, se habían tornado gravedad y seriedad en la segunda.

Sólo cuando la pieza hubo terminado, se repitieron los aplausos y el bullicio.

En este intermedio se distribuyó la merienda a los niños y a los invitados.

Fué un intermedio de violencias morales.

Las profesoras, obligadas a hacer los honores a los visitantes, veíase cuán violento les era representar su papel.

Las conversaciones, sobre todo en las mesas ocupadas por los delegados, eran monosílabas. A las preguntas que se les hacían, contestaban sí o no las profesoras. Empleaban

pocas palabras. Unicamente la directora y dos o tres más que eran comunistas, que pertenecían al Partido, fueron algo más expansivas.

La tercera parte de la fiesta estaba dedicada a ejercicios gimnásticos y rítmicos.

Nos extrañó que los ejercicios gimnásticos, incluso los que hacían las niñas, tuvieran carácter militar. No supimos verles la eficacia y sí los inconvenientes. Más que a desarrollar las fuerzas físicas del niño o establecer armonía entre todas las partes del cuerpo, llegarían a deformarlo por exceso de rigidez y violencia en los ejercicios.

En un intermedio de esta parte del festival, hablaron a los niños algunos delegados.

El primero lo hizo en ruso. Después habló en francés la compañera de Rosmer. Era de ver el asombro de los niños ante aquel lenguaje que no entendían.

Traducidas al ruso las palabras que pronunciara la compañera de Rosmer, los niños aplaudían y la enviaban besos y sonrisas.

El tercero fué el delegado de los comunistas austriacos.

Rígido como una estatua; haciendo más fuertes que de ordinario los sonidos guturales del alemán, y con un empaque impropio del lugar y de los circunstantes, espetó a los niños un discurso hablando de Lenin, del Comunismo, del sovietismo, de la dictadura del proletariado y otra serie de cosas por el estilo que daban grima o ganas de reír.

Los niños también permanecieron serios y callados, esperando la traducción. Cuando les tradujeron el discurso al ruso, quedaron aún más serios que cuando lo escuchaban en alemán.

Como es natural, no entendieron una palabra; no sabían de qué se les hablaba.

Dió fin aquella agradable fiesta con canciones populares, que los niños todos repetían a plena voz, dando un conjunto de solemnidad y armonía enternecedoras.

Partimos. Los autos que nos esperaban, nos condujeron al hotel. Habíamos pasado la tarde lejos del atareado discutir de cada día.

La inocencia y el candor de los rostros que habíamos contemplado, aligeraba un poco nuestro ánimo del monótono batallar en las sesiones del Congreso.

Al grito estridente de “sí la dictadura del proletariado”, lo sustituía la sonoridad de los cantos infantiles.

X

En el Departamento de la Agricultura

Siendo Rusia un país eminentemente agrícola, nos interesaba sobremanera conocer el funcionamiento de este departamento, y más que su funcionamiento, queríamos conocer el resultado de la revolución en el campo. Nuestros deseos solo fueron satisfechos muy sumariamente.

Desconocedores del idioma y convencidos de que no siempre hallaríamos en cada Departamento gubernamental un fiel intérprete de francés, solicitamos uno del comandante del hotel. En esta ocasión no lo encontramos. Entonces, el compañero Borghi, de la "Unione Sindicale Italiana", y yo, que éramos los que deseábamos hacer esta visita, recurrimos a un intérprete no oficial, y a esto atribuyó nuestra casi infructuosa visita a este Departamento.

A pesar de los esfuerzos de Sacha Kropokine, que era la intérprete, los informes que nos suministraron fueron muy incompletos. Notamos en seguida, apenas comenzamos las preguntas que llevábamos en un cuestionario, que el encargado de informarnos procuraba eludirlas o contestaba con evasivas. Esta desconfianza nos disgustó mucho, pues nada la justificaba.

Sin embargo, entre los informes que obtuvimos y otros que facilitaron algunos delegados, pudimos formarnos un juicio de lo ocurrido.

Por otra parte, hemos de hacer constar, por la importancia que entraña, que en dicho Departamento ignoraban el setenta por ciento de las cosas surgidas en Rusia con el problema de la tierra.

Los datos eran escasos e incompletos. El problema más álgido de Rusia, el problema de la tierra, y el de las

relaciones de los campesinos con el Gobierno, se desarrollaba al margen del Departamento encargado de su solución.

Quien haya leído algo sobre la situación del campesino en Rusia durante el régimen zarista, opinará como nosotros acerca del interés que despertaba el conocimiento de lo ocurrido con la tierra.

En el antiguo régimen, las supervivencias de un comunismo primitivo eran ostensibles. Cuantos esfuerzos hicieron los terratenientes, los pequeños propietarios de tierras y las autoridades, para destruir esos gérmenes, fueron inútiles.

El Mir (organización del trabajo comunista) y el Artel (organización del trabajo colectivista), habían sobrevivido a todos los intentos de absorción contra ellos dirigidos. Y conocedores de esto, nos interesaba mucho saber qué había sido de tales organizaciones. Pero no se nos pudo decir.

Ya en nuestra excursión por el Volga, sacamos la conclusión de que el problema de la tierra en Rusia, en realidad no existía, por lo menos con las características que este problema suele presentar en el resto de Europa. En casi todos los países europeos, es de escasez; en Rusia no. En Rusia, era, y sigue siendo, más que otra cosa, un problema de medios de comunicación. Hay en el corazón mismo de Rusia regiones casi vírgenes. El hombre, por falta de vías de comunicación, casi no ha tenido ocasión de posar en ellas su planta.

Por eso, los datos que el Departamento de Agricultura pudiera proporcionarnos, tenían para nosotros una capitalísima importancia.

Ya dejamos sentado que, el Gobierno de los Soviets, declaró la tierra propiedad nacional y la repartió en lotes individuales y colectivos. Los colectivos vienen a representar la transformación del antiguo Mir en dominio comunista.

Pero con ser este aspecto muy interesante, no era el que más nos preocupaba.

Sabíamos, y los bolcheviques mismos nos lo habían

confirmado, que el decreto declarando la tierra propiedad nacional siguió las huellas que le trazara el Congreso panruso campesino celebrado a últimos de julio de 1917, estando todavía Kerensky en el poder.

De los informes recogidos en nuestras indagaciones, sacamos la conclusión de que el hecho real del reparto de tierras se había efectuado con anterioridad a la promulgación del decreto bolchevique.

Al preguntar a nuestro informante oficial si eran ciertas nuestras informaciones, las confirmó plenamente, objetando, no obstante, que el reparto, en muchas regiones, había sido una añagaza de los propietarios para sustraerse a los efectos de la disposición oficial.

—Ocurría con mucha frecuencia, dijo, que los propietarios se ponían de acuerdo con sus antiguos obreros, declarando ante el Soviet local que las tierras de los primeros habían sido repartidas entre los segundos.

Los obreros, incautos y temerosos de por si volvía lo pasado, prestaban su aquiescencia a esta superchería, y el propietario seguía en el disfrute pleno, aunque oculto, de sus propiedades.

Descubierto el engaño, constituyéronse los Comités de pobres, es decir, de aquellos que nunca habían tenido propiedad alguna y que, en avalanchas, abandonaron las ciudades dirigiéndose al campo a participar en el reparto de las tierras.

Los componentes de estos Comités, como no tenían compromiso alguno con los propietarios y, además, comprendían mejor que el campesino el alcance de la revolución, descubrieron los engaños y procedieron, de acuerdo con los Soviets locales, a un nuevo reparto de las tierras.

Resultado de la acción de estos Comités y del nuevo reparto de las tierras que propusieron, fueron las primeras luchas que ensangrentaron al país.

Los antiguos propietarios, al igual que los obreros a quienes se les había repartido tierras, opusiéronse resueltamente a las divisiones de los Comités de pobres,

teniendo que intervenir el Gobierno para zanjar diferencias.

Pero los conflictos arreciaban. Los desposeídos por los Comités de pobres organizaron la resistencia, adquiriendo caracteres de guerra civil. El Gobierno, sin embargo, no podía desamparar a los Comités de Pobres, puesto que les había dado vida y poderes casi omnímodos, hallándose ante un conflicto que ponía en peligro su propia seguridad y existencia.

—Entonces, continuó nuestro informante, vino el decreto del año 1919 disolviendo los Comités de Pobres. fué este decreto uno de los triunfos más resonantes de Lenin en el seno del Partido Comunista.

La oposición a que se dictara era fuertísima; pero Lenin hubo de hacerles ver los peligros que corría Rusia de encenderse en una verdadera guerra civil, mil veces más peligrosa que las intentonas de Yudenich, Denikine y demás lacayos de la burguesía mundial.

Fué precisa toda la autoridad del jefe para triunfar de la oposición.

A partir de este momento, las funciones desempeñadas por los Comités de Pobres pasan a los Soviets locales, zanjando así uno de los mayores peligros corridos por el Gobierno sovietista.

—Y a los pequeños propietarios, a los que ya en el antiguo régimen lo eran de unas hectáreas de tierra que les permitían justamente vivir a ellos y los suyos sin explotar el trabajo ajeno, a estos, ¿cómo los ha tratado la revolución? ¿Qué prevenciones ha tomado el Gobierno para desposeerlos?

—Ninguna. Estos han continuado como anteriormente. Únicamente, una vez hecha la recolección y retirada la parte que como racionamiento les corresponda según las estadísticas oficiales, deben entregar el resto a los empleados del Comisariado de Aprovisionamiento. En el régimen de propiedad de la tierra que poseían, nada ha variado; en lo demás están sujetos a las disposiciones que el Gobierno dictó.

—Si —respondimos nosotros—. Algo así como lo que

ocurre con los propietarios de una casa pequeña. Siguen siendo propietarios de la casa, pero no pueden disponer de ella. Es un derecho de propiedad intervenido; más bien imaginario que real; algo muy diferente de cómo entiende el derecho de propiedad la burguesía mundial y los Códigos de todas las naciones.

—Algo de eso viene a ser —contestó nuestro interlocutor.

—¿Es cierto —preguntamos— que en muchísimos casos, los campesinos abandonan las tierras que les han correspondido en el reparto y uniéndose en grupos se trasladan de lugar para labrar en común las tierras baldías prescindiendo de toda intervención oficial?

—Cierto —nos contestó el informante—. De esos casos pueden citarse muchos, sobre todo en los confines de la Rusia Central y de la Ukrania.

En estas regiones, obedeciendo los campesinos a impulsos naturales, mancomunan sus esfuerzos y se trasladan de un lado para otro y cultivan tierras que están abandonadas. Pero el Gobierno se ha opuesto siempre a esos procedimientos.

—¿Y a qué se cree obedece ese impulso del campesino?

—A sustraerse a las cargas oficiales e impuestos del Gobierno. Como no podemos pagarles sus productos en especies, ya sea en máquinas, ropas u otros utensilios, no quiere cedernos lo que les sobra. Al rublo soviético no le concede ningún valor. Hasta hace bien poco tiempo tenía más valor, entre los campesinos, el rublo zarista que no el soviético. Ahora ya va cambiando. La estabilidad del Gobierno contribuye a ello.

—¿No existe el temor —argüimos— de un posible retorno al régimen de propiedad privada de la tierra?

—Imposible mientras los comunistas estemos en el poder. Declarada la tierra patrimonio nacional, sin que al particular le sea dable venderla, legarla o enajenarla; perdiendo todo derecho al usufructo de la tierra que le haya correspondido en cuanto no la cultive, o muera; revertiendo al Estado el derecho a disponer del lote que se halle en esas

últimas condiciones, no puede el particular adquirir derecho de propiedad alguno. Por lo tanto, el derecho privado de propiedad de la tierra no puede retornar.

—De acuerdo con lo que se nos dice. Pero entonces —insistimos— el pequeño propietario, éste que conserva el lote de tierra que poseía en el antiguo régimen sin que ninguna disposición oficial le afecte, salvo la de requisición de los productos que le sobren después de la recolección, ¿puede o no puede vender, traspasar, legar o enajenar una tierra, de la que sigue siendo propietario con todos los fueros de la ley?

—Nada podernos decirle sobre el particular, pues nada se ha legislado. Aunque es de presumir que ese derecho de propiedad se mantiene a precario, ya que todo el territorio ruso se ha proclamado propiedad del Estado.

—Al parecer —objetamos— ese debiera ser el sentido y la interpretación oficial de lo legislado. Pero nosotros sabemos que actualmente se especula en grande sobre tierras y sobre esas propiedades; que se hacen contratos privados entre los actuales poseedores y los nuevos adquirentes; que se realizan transacciones de bastante cuantía sobre esos valores, con lo cual parecen no interpretarse en el sentido se nos afirma las disposiciones oficiales.

—Es posible que exista ese comercio privado, nuevo aspecto de la especulación; pero en nada influye en la política sovietista, y no puede ser motivo de un retorno a lo pasado.

—Sin embargo —objetamos— la seguridad con que esa gente obra no es motivo que nos tranquilice para lo futuro.

—¿Podría darnos —preguntamos— algunos datos estadísticos de las organizaciones. Comunas o Dominios comunistas, que el Estado Soviético o los particulares cultivan y en qué condiciones de relación se mantienen unos y otros, y si disminuye o aumenta el cultivo de tierras?

—Con mucho gusto. Las cifras que le vamos a dar referentes a los Dominios y Comunas son oficiales. Fuera de ellas quedan aún muchas organizaciones, pero nosotros solo

podemos dar las que figuran en nuestras estadísticas como oficialmente reconocidas por el Gobierno. Las del cultivo de las tierras repartidas no se las podemos proporcionar, porque no han podido hacerse.

—¿Ni aproximadamente?

—No; solo les daremos datos sueltos.

—En este caso, lo que nos interesaría saber es si aumenta o disminuye el cultivo de la tierra y a qué causas puede atribuirse.

—El cultivo de la tierra ha disminuído desde la revolución hasta ahora en casi un cuarenta por ciento, según los datos que en este Departamento obran. Las causas de esta disminución son muy complejas y variadas; obedecen a fenómenos diferentes.

Así, por ejemplo, hay regiones donde los campesinos no cultivan la tierra por falta de elementos para hacerlo. Escasean las semillas, que son consumidas a causa de la escasez de productos; y antes de pasar hambre las destinan a la alimentación del pueblo. Escasean también los animales para ayudar al campesino. El caballo, sin el cual el campesino ruso se halla impotente para el cultivo, disminuye considerablemente. Hay regiones donde está a punto de desaparecer.

De máquinas y otros utensilios mecánicos para la labranza, abonos inclusive, inútil decir que escasean en absoluto.

Antes de la guerra, Rusia era tributaria de los países de Europa en ese ramo; el bloqueo nos ha privado por completo de abastecernos y renovar y ampliar los que había.

Otra de las causas, y acaso la más grave, es la resistencia pasiva del campesino a cultivar la tierra. La trabaja, pero solo en cantidad suficiente para el sostenimiento de los suyos.

Opuesto el campesino a la requisición forzosa, hace cuanto puede por sustraerse a ella. No es aislado, sino muy frecuente, el caso de campesinos que hacen silos en el monte, en lugares escondidos y apartados para ocultar los

productos recolectados y sustraerlos a la requisición. Como cultivan lo justo para el sostenimiento de la familia, si no adoptaran estas precauciones les faltaría; pues al tomar el Gobierno la parte que le correspondiera, les faltaría a ellos para llegar de una cosecha a otra.

—¿Y cómo es que habiendo legalizado el Gobierno Sovietista la posesión que de la tierra hizo el campesino en el curso de la revolución, se niegan ahora a ayudarle?

—Es por egoísmo y especulación. El campesino quiere tener la libertad de vender sus productos a quien quiera y como quiera. Cambiarlos o tasarlos en valor según su propia voluntad. Lo que no quiere, lo que rechaza y detesta con toda energía es la intromisión gubernamental en sus asuntos. Es el criterio pequeño-burgués que se manifiesta.

—¿No será más bien el deseo de vivir en plena libertad, de arreglar las cosas según su criterio, de organizar la producción y consumo a base de un comunismo libre y no de un comunismo estatal como el que se le impone?

—No; lo que quiere es ganar dinero. Sacar el mayor provecho a su trabajo. Obtener el máximo beneficio de lo que produce, y no otra cosa. Olvidan ustedes que el campesino ruso es analfabeto y muy ignorante. La vida en él es casi una sensación instintiva, rudimentaria, animal, sin ningún destello de idealidad.

Sumido en la barbarie por muchos siglos de esclavitud y tiranía; viendo cómo sus explotadores gastaban en lujos desenfrenados y orgías escandalosas lo que él consideraba indispensable para vivir; envilecido, escarnecido y despreciado, el temor al hambre y a la miseria pasadas han despertado en él sentimientos de avaricia.

Ansia ganar mucho, mucho; cuanto más mejor para colocarse a salvo de las contingencias de la escasez.

Es comunista; pero lo es por instinto, no por ningún sentimiento superior, Sabe, por experiencia, que el trabajo en común rinde más que el individual, de aquí su comunismo. Ahora, cuando ha conseguido la libertad del trabajo, quiere también la de disponer de lo que produzca para obtener mayores beneficios.

—Cierto que es muy complejo todo esto.

El número de Comunas y el de Artels, que se nos dijo existían entonces en Rusia, era de quince mil, distribuidos entre las provincias centrales de Rusia.

En Nijni-Novgorod había diez y siete Comunas y ciento veintitrés Artels. En Astrakán diecinueve Comunas, quinientos noventa y un Artels, más quince grupos de afinidad.

En Saratoff, sesenta y seis Comunas y doscientos veintiséis Artels.

En el Gobierno de Smoliensky doscientos grupos de afinidad, noventa y ocho Artels y treinta y tres Comunas.

La superficie de hectáreas de tierra atribuida a cada Comuna o Artel, así como a los grupos, variaba considerablemente.

De los productos recolectados en los dominios comunistas y en los Artels se incautaba el Gobierno en su totalidad. El racionamiento y distribución de lo que correspondiera a cada componente de esas dos instituciones, se hacía por intermedio de los órganos oficiales apropiados y creados para ello.

Fué sorprendente observar, dado el criterio centralista y uniforme predominante en toda la organización bolchevique, que no todos los Dominios Comunistas y Artels dependieran del Departamento de Agricultura. De él dependían dos mil ochocientos, y el resto del Consejo de Economía Nacional.

Para coordinar la vida y desarrollo de los Dominios y Artels, además del Departamento de Agricultura de Moscú y de la sección establecida en el seno del Consejo de Economía Nacional para los que de él dependen, hay comisiones en cada provincia, que inspeccionan y vigilan la marcha de los mismos.

La distribución de abonos, así como la de máquinas agrícolas, se distribuyen con marcada preferencia.

Las peticiones han de hacerse al Comité provincial Agrícola, que las ordena. Luego, cuando la distribución puede hacerse, se clasifican; en primer lugar los Dominios

Comunistas, después las Comunas, en tercer lugar los Artels, y por último los grupos de afinidad.

Otro caso típico, demostrativo de la poca voluntad con que los campesinos acogían las disposiciones bolcheviques que les concernían, se presenta en el abandono constante en que dejaban las instituciones oficiales —Comunas, Dominios y Artels— y emigraban para trabajar libremente.

Quien nos proporcionó los datos que venimos citando, nos confirmó lo que por personas particulares sabíamos: que grupos de campesinos abandonaban las instituciones oficiales, o las tierras que les habían correspondido en el reparto, y se dedicaban al cultivo en común de terrenos yermos o que no pertenecían a nadie. Era el verdadero comunismo emergiendo por encima de todas las trabas oficiales.

De estos grupos, nacían y se iban formando los grupos de afinidad y que, en algunas provincias, como en el Gobierno de Smolensky, eran de unos doscientos, según las estadísticas citadas.

Y téngase en cuenta que la Siberia y la Ukrania, las dos regiones rusas más propensas al grupo de afinidad, como sistema de organización, no figuraban para nada en las estadísticas oficiales.

El caso de la República (?) de Chubasky es bien característico, y confirma plenamente cuanto decimos.

Las disposiciones del partido gobernante, más que a mejorar o desarrollar las instituciones y el espíritu comunista del campesino ruso, vinieron a ser una traba, un estorbo, un obstáculo que impedía su pleno desarrollo y desenvolvimiento.

No era un comunismo de cuartel o de convento, como el que imponían los bolcheviques desde el Poder, lo que quería y anhelaba el campesino ruso; era un comunismo libre, autónomo, independiente, salido de su propia voluntad y de su esfuerzo fecundo y creador, Y por haberle negado este derecho surgió la lucha, que costó miles de vidas y lagos de sangre.

Soldados y delegados comunistas encargados de la

requisición, muertos y bárbaramente mutilados, aldeas totalmente incendiadas y niños, mujeres y ancianos, cazados como fieras y sirviendo de blanco a las mortíferas ametralladoras: este es el balance de la política bolchevique.

Cuando el campesino ruso se vió obligado a trabajar en condiciones onerosas, y vió todas sus instituciones propias, como los Artels y los Mires, modificados a capricho y antojo de un Gobierno que le confiscaba y arrebataba por la fuerza los productos que recolectaba, se sublevó y llevó la protesta y la resistencia al terreno de la violencia.

Los bolcheviques son muy amantes de las estadísticas y de los gráficos; sienten por esa manera de exposición una verdadera flaqueza; sin embargo, o mucho nos equivocamos, o creemos que jamás dará una estadística de todos los asesinatos cometidos, de las aldeas arrasadas y quemadas y de las víctimas que han sido sacrificadas a esa política de errores. Al tiempo ponemos por testigo.

XI

Política de abastecimientos

Las luchas feroces sostenidas entre el Gobierno ruso y los campesinos, a causa de las requisiciones de productos que aquél realizaba y que tan ampliamente describiera la Prensa burguesa europea deleitándose en la reproducción de los más insignificantes detalles y que nosotros, a fuer de sinceros, hemos de decir que, antes de estar en Rusia acogíamos con gran desconfianza, era cuestión que nos interesaba conocer en conjunto y en detalle, para, una vez de regreso, poderlas desmentir, o bien justificar, si de ello eran merecedoras.

Así pues, apenas cruzada la frontera y puestos en relación con los bolcheviques, procuramos muchas veces llevar la conversación a este terreno, y si bien en estas conversaciones no pudimos obtener aclaraciones explícitas, no por eso dejaron de tener cierta utilidad, ya que nos iniciaron en la cuestión.

Pero estas simples iniciaciones no bastaban. La misión que nos había llevado a Rusia no podía complacerse con simples sugestiones aisladas. Requería algo más; requería datos completos que pudieran servir de fundamento a juicios firmes.

La campaña que la Prensa hacía en todo el mundo contra el régimen soviético, alcanzaba la amplitud de un ataque a fondo.

La voz de la reacción se alzaba clamorosa, ensordecedora, estridente, y con pruebas más o menos ciertas, con gran acopio de datos y relación de hechos, insistentemente, se nos lanzaba al rostro de los defensores de la causa rusa acusaciones que ahogaban nuestras voces.

Contrarrestar estos efectos era una necesidad. Pero

necesidad ineludible. El amor por la Revolución y la libertad del pueblo ruso, si bien eran elementos indispensables para lograr un equilibrio, no podían ser los únicos argumentos esgrimidos frente a las acusaciones para desvirtuarlas.

Y si habíamos roto el bloqueo en que a Rusia se tenía y pasado sus fronteras después de muchos contratiempos, se comprenderá que no habíamos soportado vicisitudes y vencido obstáculos por el solo placer de decir: "ya hemos llegado a Rusia". Esto podía ser una satisfacción, pero no de vanidad personal.

La actuación social y la experiencia que de ella habíamos sacado, con el estudio de los hechos históricos, nos había llevado a una conclusión, en la que persistimos; que sin la libertad económica, la libertad política o social, es un mito.

Las frases rimbombantes, los enternecedores períodos oratorios de las arengas, más o menos democráticas, las exuberantes y declamatorias declaraciones del hombre, son fuegos de artificio, cohetes voladores, humo que se disipa si no van acompañados de un mejoramiento económico en el pueblo. Cuando el hombre deje de estar sometido económicamente, no habrá dependencia política posible. Cuando la burguesía no tenga cogido al proletariado por el estómago, sus ideas y acciones estarán impregnadas de libertad.

Por ser este nuestro criterio, se comprenderá la atención que venimos obligados a fijar durante nuestra estancia en Rusia, para todo aquello que tuviera relación con la liberación económica del proletariado.

En el régimen capitalista, el obrero pasa hambre. A veces, pueblos y comarcas enteras desaparecen diezmadas por ese terrible azote; pero no es porque no se produzca lo suficiente para abastecer a todos. El fenómeno se produce porque la distribución de lo producido es arbitraria y cruel, porque lleva las características de una herodiada dirigida contra el pueblo. ¿Cómo procedieron en Rusia? ¿Acertaron? Vamos a decirlo concretamente.

La primera revolución, la de marzo, la que dió el poder a los cadetes primero, y después a Kerensky, no hizo nada para organizar la distribución según un sistema más humano que el que acababa de hundirse para siempre.

La situación económica de Rusia, en aquel momento, era ya muy difícil; el hambre y las privaciones más atroces se habían enseñoreado del pueblo; los años de guerra, unidos a las difíciles condiciones en que Rusia se había desenvuelto siempre, contribuyeron grandemente a la acumulación de dificultades.

Claro que en Rusia, como en todos los países capitalistas, quien sufrió primero y más intensamente las privaciones económicas que la guerra imponía, fué el trabajador; por lo mismo, los hombres que se colocaron a la cabeza de la primera revolución debieron tender a una distribución más equitativa y más humana en el abastecimiento del pueblo. No lo hicieron y así les fué.

El período que transcurre desde marzo a octubre, agrava la situación; la empeora en límites casi insospechados. No obstante esta gravedad, la situación favorecía a los bolcheviques, que les dejaba las manos libres para obrar. Su preocupación principal habría de ser la de producir.

Pero si la situación momentánea no ofrecía graves peligros, no cabe duda que los tendría para el porvenir.

La desorganización total del comercio, la supresión de todos los almacenes de productos —grandes y pequeños—, la confiscación que el Gobierno hiciera a su favor de todas las riquezas producidas y sin producir, le dejaban plena libertad de acción en el camino que se propusiera seguir. Y para crear cuantos órganos estimara necesarios a fin de organizar la distribución.

Estas ventajas, tan favorables, fueron aprovechadas por el Gobierno, y en seguida creó el Comisariado de Abastecimientos, llevando a él comunistas probados y hombres de confianza del partido.

Lo primero que hizo el Comisariado fué tasar el precio de los productos alimenticios, pues, aunque desorganizado

y temeroso, el comercio libre aún existía.

Los resultados de esta disposición no pudieron ser más funestos. Como tasaron los artículos a un precio muy inferior al de venta en el mercado, y amenazaron con penas severísimas a quienes no se sometieran a la tasa, desaparecieron del mercado todos los productos y en pocos días se encarecieron en más de un trescientos por ciento.

Amenazas, requisiciones, encarcelamientos, hasta ejecuciones; todo se puso en práctica; pero siempre con resultados negativos. Los productos no aparecían, y los que se ofrecían alcanzaban precios fabulosos.

Entretanto, en el Comisariado de Abastecimientos se trabajaba activamente. Se acumulaban los informes. A una estadística seguía otra, y a éstas otras y otras; pero la situación alimenticia del pueblo no mejoraba. La especulación estaba a la orden del día. A precio de tasa no podía comprarse ni un alfiler; en cambio, al precio corriente podía obtenerse de todo.

Los Soviets de campesinos de la provincia de Moscú, pusiéronse al habla con el Comisariado de Abastecimientos y pidieron que se pusiera un poco de orden y de actividad en normalizar las relaciones de compra y venta o de intercambio de productos, entre la campiña y la ciudad.

Entre los productos que más escaseaban estaba la leche. Ni para los enfermos se encontraba.

Llamaba más la atención la carencia de leche por ser Moscú una ciudad en la que siempre la había en abundancia, debido al espíritu emprendedor de un industrial del régimen capitalista.

Hombre de dinero y de iniciativas, unos años antes de la revolución, había organizado la compra de leche en los pueblos limítrofes.

Estableció convenios con los campesinos, por los que adquiría toda la leche que produjeran sus vacas, y luego de transportarla en vasijas de su propiedad, la expendía en numerosas sucursales que había establecido en Moscú.

Los Soviets de Campesinos pedían que se respetara esta organización, por sus buenos resultados, aunque se

expropiara al industrial, como ya se había hecho.

Pedían también que el Comisariado de Abastecimientos pusiera uno o varios individuos al frente de la Empresa y con libertad para establecer con ellos el precio de pago.

Escuchó el Comisariado la petición, aceptó la iniciativa y prometió contestar rápidamente la demanda.

Los campesinos se retiraron satisfechos, pues creían que iba a solucionarse la cuestión.

Pasaron semanas y meses; medio año después se dignó el Comisariado dar la respuesta, manteniendo el criterio de la tasa.

El Comisariado de Abastecimientos se ratificaba en mantener el precio de treinta rublos para el litro de leche, cuando en el mercado libre ya se pagaba a doscientos cincuenta, y así, mientras el Gobierno no podía abastecer de leche a la población, el mercado de la especulación rebosaba de este producto.

Pues bien; este ejemplo, citado con cierta amplitud para que se comprenda cómo procedían los bolcheviques, es el mismo que pudiéramos citar para todos los demás productos.

El uniformismo, la unilateralidad y el cuadriculado que adoptaban en una cuestión regían en todas. De aquí la serie de rectificaciones, que llegan a lo inverosímil.

Formadas las estadísticas de los habitantes que tenía la Rusia soviética, era preciso esperar que hubiera productos que repartir. Los requisados por el Gobierno al principio, pronto fueron absorbidos, exceptuando los que se pudrieron en los almacenes, esperando la confección de estadísticas, mientras la gente pasaba hambre.

Convertido el Estado en único comprador de todo lo que se produjese, siguió practicando la requisa y estableciendo las tasas, que burlaban los campesinos, valiéndose de todos los medios: dejando los terrenos yermos o sembrando solo lo indispensable para ellos; resistiendo con las armas en la mano; ajusticiando y lapidando a los comunistas y soldados encargados de la requisición.

La primera forma de acumulación y distribución de productos que el Comisariado de Abastecimientos estableció, fué de lo más pintoresco y absurdo que pueda concebirse.

He aquí cómo la establecieron.

Conocedores por las estadísticas —conocimiento puramente aproximativo, no fundamental— de los productos, lo que cada provincia producía, establecieron en cada capitalidad provincial uno o varios grandes almacenes de productos. El Soviet de cada pueblo, aldea o grupo de "isbas", formaba estadísticas de lo que cada agricultor había recolectado y el producto íntegro, sin retener el labrador ni la más mínima parte, era enviado por el Soviet a los almacenes de la provincia.

Una vez todos los productos de la provincia acumulados en el almacén provincial, los que correspondieran a cada pueblo o aldea, con arreglo al número de habitantes y a la cantidad que, según el racionamiento decretado en Moscú, correspondía por individuo, eran devueltos a la aldea o pueblo de donde antes salieran.

Por este novísimo y flamante procedimiento comunista, antes que un campesino pudiera comerse un kilo de legumbres recolectadas en su propio huerto, habían viajado centenares de kilómetros, con arreglo a las sabias disposiciones bolcheviques y leninistas.

Pero como el absurdo no puede prevalecer, pues la razón se resiste a mantenerlo, por la protesta de todos los rusos que no eran comisarios, ni jefes, ni dictadores, fueron advertidos de su error y rectificaron.

Los errores de la política económica bolchevique son numerosísimos. Cuando la historia los dé a conocer todos, la humanidad quedará asombrada. Si su finalidad hubiera sido el hacerlo mal no lo hubieran logrado más cumplidamente.

La centralización de todos los servicios de distribución producía daños incalculables y pérdidas más incalculables todavía.

Los campesinos que veían las torpezas del Estado y sus errores, por las consecuencias y daños que les acarreaban, organizaron la resistencia violenta y se negaron a tratar con él.

Pedían, además, que se les pagaran los productos requisados con otros productos, ya que la moneda bolchevique, por el hecho de que la fabricaban sin limitación, estaba depreciada enormemente.

—No nos negamos —decían— a producir cuanto podamos, siempre que la entrega de los productos que nos sobren, después de retener aquellos que nos sean a nosotros necesarios, sea a cambio de lo que necesitemos para vivir. A lo que nos negamos es a entregar los productos por un papel moneda que nada vale y a mantener a los miles de zánganos que se esconden en las oficinas del Gobierno, y que son los que nos oprimen y los que nos someten, ya que por cada diputado que nosotros mandamos al Soviet, ellos tienen derecho a mandar cinco.

Las tasas, pues, no daban resultado alguno. La adquisición por el Gobierno de todo lo producido, las requisiciones y las amenazas, acompañadas con excesiva frecuencia de hechos, no mejoraban la situación; al contrario, la agravaban de día en día.

Llegó el momento en que el racionamiento que el Gobierno daba al pueblo quedó reducido a una cuarta parte de lo que cada individuo necesitaba, según datos oficiales.

La situación era más apurada con la centralización de los métodos de distribución.

Centralizados en Moscú todos los censos de la población existente en Rusia, allí se hacía el racionamiento que a cada uno correspondiera. Por tanto, las estadísticas de la producción debían de ir a parar igualmente a Moscú.

Nos encontramos, pues, de esta manera. Primero: hecha la recolección por cada campesino, éste enviará todos los productos recolectados al almacén de la población —ya sea ciudad, pueblo, aldea o grupo de “isbas”—; segundo: una vez los productos en el almacén, el Soviet local hará un cuadro estadístico, exacto, de los mismos, que ha de

trasmitir al Soviet de la provincia; tercero: el Soviet de la provincia remitirá a Moscú, al Comisariado de Abastecimientos, las estadísticas de todas las localidades a fin de que se hagan los debidos cómputos, se ordene el intercambio provincial y se asigne lo que corresponde a cada individuo; cuarto: retornarán las estadísticas a cada Soviet provincial; y quinto: distribuirá el Soviet provincial las estadísticas a cada Soviet local, para que éste proceda al reparto de los productos que a cada componente de la comunidad correspondan.

Luego quedan los productos sobrantes. El Soviet local los enviará al almacén acumulador provincial, que los irá distribuyendo según las órdenes que reciba del Comisariado de Abastecimientos de Moscú.

Todas estas operaciones requieren pérdida de tiempo y una bicoca; unos millares de empleados, que son, al decir de Lenin, "la plaga más nociva que haya atacado al bolchevismo".

Las inconveniencias de esta centralización han sido el ariete más formidable esgrimido contra la política económica bolchevique, y la "nueva política económica" que más tarde, después de nuestro viaje a Rusia, preconizara el mismo Lenin, es la prueba más concluyente de cuanto afirmamos.

Queremos, no obstante, antes de dar por terminado este capítulo, relatar algunos hechos que son, por cierto, muy instructivos. Por ellos se verán los desastrosos resultados de esa política de centralización de que tanto y tan encomiásticamente se nos ha hablado y se nos viene hablando.

La provincia de Moscú produce con preferencia patatas. Las cosechas suelen ser regularmente abundantes. El hambre, que hizo su presa en los habitantes de Moscú, desde que el bloqueo los había dejado reducidos a sus propios medios, se mitigaba algo, durante un par de meses, con la cosecha de patatas.

Debido a que en Rusia los hielos no permiten hacer sementeras tempranas, la mayor parte de leguminosas y

tubérculos son de las que aquí, en España, se llaman "tardanas", o sea de las que se recolectan a final de verano.

La cosecha de patatas en la provincia de Moscú, en el año 1919, fué abundantísima. Los habitantes de la ciudad estaban contentos, pues conocedores de la abundante cosecha de patatas, por las noticias que los mismos campesinos traían a la ciudad, esperaban que el reparto llenara sus necesidades.

En la primera quincena de septiembre de aquel año corrió la voz de que los almacenes de provisiones de patatas de Moscú estaban abarrotados de aquel artículo.

Todo el mundo esperaba que comenzara en seguida el reparto de patatas. Pero el reparto no se hacía. Y no se hacía porque la misma abundancia de las cosechas obligaba a preparar o rectificar las listas de racionamiento.

Los días pasaban. El pueblo, acosado por el hambre, haciéndosele ésta más cruel por no ignorar la existencia de tan rica cosecha de patatas, se impacientaba, temiendo la catástrofe. En el ínterin, el Comisariado de Abastecimientos y el Consejo de Economía Nacional, con su burocratismo centralizado, seguía trabajando, haciendo listas y números, estableciendo informes y cómputos, como si quisiera hacerse cómplice de lo que iba a ocurrir.

Y lo temido llegó. El clima dió al traste con toda la matemática y todo el cientificismo centralizador bolchevique, destruyendo en pocas horas las esperanzas que un millón de habitantes hambrientos pusiera en aquella abundantísima provisión de patatas.

Las heladas de finales de septiembre, que son persistentes en Rusia y anuncian las primeras nieves del invierno, inutilizó toda la riquísima cosecha de patatas que en los almacenes se hallaban. Precisamente cuando, según los bolcheviques, estaba a punto de terminarse la estadística del racionamiento.

Y con el tristísimo dolor de quien tiene hambre y no la puede satisfacer, vieron los habitantes de Moscú cómo de los almacenes tiraban a la calle —porque en la calle se amontonaron— miles y miles de kilos de patatas heladas,

inservibles para el consumo. Nada pudo repartirse entre el pueblo.

Las delicias y aciertos de la economía política centralista no pueden ser más consoladores.

Otro caso curioso, digno de no ser imitado, es el ocurrido con la pesca en Petrogrado, en el río Neva.

Helado este río algunos meses del año, cuando la temperatura permite dedicarse a la pesca y el crecimiento de los peces pequeños marca el período de abundancia, es tanta la cantidad de pescado que da el río Neva, que basta una caña y unas horas de permanencia en sus orillas para coger unas libras de peces.

Pero el Estado bolchevique, preocupado de que nadie en sus dominios tenga inquietudes por su aprovisionamiento, ideó el medio de que todos los petrogradenses tuvieran pescado del Neva en su mesa. ¿No hubo un rey que quería poner a sus súbditos un trozo de gallina cada día en el puchero? ¿Por qué un Gobierno bolchevique no podía poner un pescado frito para cada uno de los habitantes de Petrogrado? Nada más justo.

Obligó a sindicarse a todos los pescadores de Petrogrado, al mismo tiempo que les impuso la condición de vender todo el pescado cogido, al Soviet de la ciudad. Completó esta medida con la prohibición más absoluta de que nadie pudiera pescar en el río. Se amenazaba a los contraventores de esta última disposición con penas severísimas.

Los pescadores profesionales, que eran los integrantes del Sindicato y a quienes se había concedido el monopolio de la pesca en el Neva, estaban contentos, pues esperaban poderse ganar la vida.

Pero ocurrió lo que no se esperaba. Con la obligación que adquirieron al concedérseles el monopolio, iba aparejada la más absurda teoría comercial. El Soviet de Petrogrado tasó el pescado siguiendo las normas llevadas con la tasa de la leche. Fijó un precio muy inferior al que ya alcanzaba en el mercado libre y en las transacciones libremente ajustadas.

Protestaron los pescadores, quisieron hacer ver al Soviet local lo improcedente de tal acuerdo; pero el Soviet no aceptó sus razones, amenazándoles, en cambio, con penas severísimas, si no se sometían. ¿Resultado?

Los pescadores dejaron de pescar; lo abandonaron todo; solo unos cuantos se sometieron. Pero como lo que estos pocos pescaban, después de retirar la parte que les correspondía, no llegaba a cubrir ni la cuarta parte de lo que necesitaba la población, y como la prohibición a los particulares, de dedicarse a la pesca, subsistía en virtud del monopolio concedido, los habitantes de Petrogrado habían de pasar hambre sin poder lanzar siquiera una cuerda con un anzuelo al río.

Otro caso parecido al que acabamos de citar ocurrió con los pescadores del lago Ladoga.

También se les concedió el monopolio de la pesca en el lago, después de obligarles a sindicarse, comprándoles el Soviet de Moscú toda la pesca, al precio de tasa que el Soviet estableció.

Como este precio no les compensaba en la medida de sus necesidades, se negaron los pescadores del lago a pescar. Pero como el pescado de Ladoga se consumía todo en Moscú, y por negarse a pescar faltaba en esta ciudad, se decretó la movilización y se quiso obligarles a trabajar por la fuerza.

La medida no pudo resultar más inútil ni más contraproducente, Cuando se envió al lago Ladoga un comandante con tropas, para someter a los pescadores, éstos habían emigrado en masa, y de unos centenares de pescadores que formaban el Sindicato de la pesca, solo quedaron una treintena.

Pero la acusación más formidable que pueda hacerse contra los errores de la política económica bolchevique y de las violencias y extorsiones a que dió lugar, nos la da lo ocurrido con un obrero ferroviario, en la provincia de Saratof.

Padre de numerosa familia, el racionamiento que se le concedía era insuficiente. El hambre, y con el hambre la

desesperación, le indujo a tomar una resolución comprensible. Cogió el único par de zapatos que tenía y se fué al campo y los cambió por unos kilos de harina.

De regreso al pueblo, descalzo, pero con un poco de harina que aplacara por unos días el hambre de los suyos, fué detenido y confiscada la harina.

Todas las súplicas, todas las imploraciones, todos los lamentos, se estrellaron contra la bárbara disposición oficial.

Desesperado, corrió a las afueras del pueblo y se colgó de un árbol.

Casos de estos pudieran citarse a miles. Si lo hemos citado no ha sido por hacer vibrar la cuerda sensible de quien nos lea; lo hemos hecho para dar idea de la profunda tragedia que aquel pueblo ha vivido por culpa de sus dirigentes.

Y no se nos venga con que la falta de productos ha sido la causa de tantos estragos; esta es una verdad a medías o media verdad. No negamos que haya habido escasez de productos en Rusia; pero afirmamos que a ello ha contribuido la torpe y a todas luces arbitraria política económica seguida por los bolcheviques.

Concluímos advirtiendo que casi todos estos datos nos los proporcionó Víctor Serge (a) Kibalchiche, ratificados por otros altos empleados del Gobierno de los Soviets. Decimos esto porque la facundia de nuestros bolcheviantes, que tan pródiga es en fantasear, pudiera muy bien acusarnos de verter especies calumniosas para desacreditar a los dictadores rojos.

* * *

Las requisiciones, con la existencia de la Tcheka, son las dos páginas negras de la política bolchevique.

Hemos insinuado en capítulos anteriores la resistencia, unas veces pasiva y otras violenta, que el campesino ruso opuso siempre a la política de requisiciones.

¿A cuántas ascienden las víctimas? No pudimos,

aunque lo procuramos tenazmente, ni aproximadamente conocer su número. Vimos gráficos relacionados con la cuestión. Poseemos fotografías de aldeas y pueblos destruídos por negarse a entregar sus productos; pero nuestros informes no pasan de aquí.

Las requisiciones son la consecuencia lógica de la política de abastecimientos seguida por los bolcheviques.

¿Cuándo se establecieron las requisiciones? ¿Cómo se hacían?

En los primeros momentos de la revolución, las requisiciones no tenían razón de ser. El campesino, al igual que el obrero de la ciudad, cambiaban cuanto tenían y lo entregaban todo, a veces hasta lo indispensable para ellos. El instinto de solidaridad en el pueblo, en la gran mayoría, dió resultados magníficos. Pero cuando la acción oficial intervino queriendo regularlo y ordenarlo todo, surgió la pugna consiguiente.

Al ordenar el Gobierno la clausura del Comercio y las requisiciones de los productos para hacer las estadísticas, paralizó toda transacción dando lugar a la penuria.

Como la prohibición oficial era absoluta, toda infracción fué castigada; pero las infracciones eran necesarias ante la escasez cada día en aumento.

Antes de ordenar el cierre del comercio, debió el Gobierno tener preparado el instrumento que lo suplantara, que cubriera la necesidad que el comercio cubre, ya que, a pesar de cuanto se diga contra el latrocinio comercial, se ha de reconocer que cumple una necesidad en la mecánica distributiva de productos en los pueblos modernos.

Pero no ocurrió así. El Gobierno bolchevique, inflado de teorías, pero sin ninguna noción de la realidad, suprimió el comercio sin tener en funcionamiento el órgano distributivo que lo reemplazara.

La consecuencia inmediata, perentoria, de esta medida, fué la paralización más absoluta en las transacciones diarias, siendo sus efectos más sentidos en la casa del obrero.

Verdad que el Gobierno acordó establecer grandes

almacenes distribuidores de productos; pero la eficacia de estos almacenes no podía conocerse hasta después de requisados los productos, inventariados y llevados a ellos.

Esto había de tardar en realidad unos días, y como en el hogar proletario, tanto en Rusia como en los demás países, se vive al día, cerrados los comercios, no tuvieron donde proveerse.

La inmediata fué buscar en la especulación, en lo que los bolcheviques llamaron ya desde un principio la especulación, pero que era una necesidad imperiosa, lo que no podían encontrar en parte alguna.

Las Cooperativas jugaron en ese período de transición un gran papel; pero eran insuficientes. ¿Cómo podrían ellas, que apenas pasaban de ser unas decenas, abastecer a una población de casi un millón de habitantes?

El cambio de productos de manos a manos, clandestino y oneroso, adquirió formidable alcance, acostumbrándose los campesinos a la usura, pues la clandestinidad les favorecía.

Cuando pasadas unas semanas se abrieron los almacenes compradores y distribuidores que el Gobierno había organizado, el remedio resultó peor que la enfermedad, pues el campesino, engolosinado con las ganancias fabulosas de la venta clandestina, no quiso vender sus productos al Soviet y al precio que les señalaba.

Entonces se acuerdan las requisiciones. Se quiso curar un mal con otro mal mayor.

En tanto que las requisiciones no salieron de la ciudad, que se limitaban a la confiscación de todos los productos a ella traídos para la venta o almacenados y escondidos en depósitos, la cosa no tuvo consecuencias lamentables. Estas vienen después.

Paralela a esta acción de Gobierno, de confiscación y requisición a toda fuerza, viene la de tasa de los productos a los precios que acuerda el Soviet de cada villa, siguiendo las instrucciones que se reciben de Moscú.

El campesino, por no someterse a unas ni a otras, organiza la resistencia pasiva. No entrega sus productos; los

esconde primero.

Entonces, los bolcheviques, organizan desde el Gobierno la ofensiva contra el campesino.

Organizan grupos de individuos, otras veces de soldados, al mando de comunistas probados y pasan de pueblo en pueblo requisando y confiscándolo todo.

El campesino pasa de la resistencia pasiva a la resistencia activa. Hace frente a los grupos y soldados encargados de la requisición. Pero aún no surgen los choques sangrientos. La resistencia activa consiste en dejar una parte de la tierra sin cultivar, disminuyendo de esta manera, el acerbo común.

A esto contesta el Gobierno con medidas de rigor, llegando en muchos casos a la ejecución de los individuos más refractarios.

El resultado no pudo ser más lamentable, pues el campesino pasó de la resistencia activa sin violencias a la resistencia activa y violenta.

En otro lugar de este libro ya hablamos de los instrumentos contundentes con que el campesino se defendía, limitándonos ahora a señalar el caso solamente.

¿Qué hizo el Gobierno bolchevique? ¿Qué medios puso en práctica? ¿Cómo pretendió resolver una situación violentísima, llegada a tal extremo por sus errores?

Ordenó medidas más rigurosas y más violentas y trató al campesino en enemigo común. Dio amplias facultades a las comisiones encargadas de la requisición, ordenándolas que se apoderaran de todo sin contemplaciones.

Llegó a más: cuando se vió impotente ante la resistencia de los campesinos y que, además, las gentes encargadas de la requisición, retrocedían temerosas, les concedió el veinticinco por ciento de lo requisado, como prima.

El efecto fué mágico. El hambre hizo lo que acaso la conciencia rechazara. Las requisiciones se hacían ferozmente. Más que los mandatarios de un Gobierno que iban a cumplir una misión sagrada, caían aquellas hordas en los pueblos como bandas de conquistadores en rapiña,

ansiosos de botín y de riquezas.

Lo confiscaban todo; se lo llevaban todo; se apoderaban de todo. Cuando ya no tenían nada más que llevarse, se llevaban incluso lo que como racionamiento correspondía a la misma familia de casa.

Cuando en nuestra excursión por el Volga preguntamos a los campesinos, huyendo del acompañamiento oficial, y les pedíamos nos detallasen hechos de las requisiciones, no nos contestaban siquiera, pero la cólera asomaba a sus ojos y cerraban los puños en señal de amenaza.

Fué tan lucrativa la tarea de requisiciones, que hombres bien colocados y con emolumentos elevados en otras dependencias estatales, las abandonaban y solicitaban ser destinados a los grupos encargados de la requisición.

En uno de los viajes que hicimos, cruzóse el tren que nos llevaba con otro en el que viajaba uno de esos grupos. El jefe, el encargado del grupo, era un doctor en medicina que abandonó su clientela y clínica para aceptar aquella misión.

Como los dos trenes habían de esperar en aquella estación más de una hora, tuvimos interés en conocer detalladamente la misión del grupo, y nos trasladamos a su vagón para preguntar.

Fuimos recibidos por el jefe.

Contestó a nuestra pregunta que la requisición era una necesidad, porque el campesino, imbuido de ideas pequeño-burguesas, no quería entregar sus productos al Gobierno, y sí venderlos en el mercado libre o en la especulación para obtener grandes beneficios.

—Y a ustedes —le preguntamos—, ¿cómo les reciben los campesinos?

—Ya se lo pueden figurar. Nos reciben de mala manera. Imposibilitan cuanto pueden nuestro cometido. Se oponen a toda requisición de lo que poseen.

—¿Y cómo proceden ustedes al hacer las requisiciones? ¿a quién se dirigen primero?

—Nosotros ya tenemos asignado de antemano el lugar o lugares donde debemos obrar.

Llegados, reclamamos en seguida la presencia del Comité Soviético del lugar; inquirimos de él quiénes son los labradores refractarios a la entrega de los productos; dónde los guardan y en qué cantidad, aproximadamente.

Cuando tenemos una lista bien detallada de los campesinos incursos en esas faltas, acompañados de un piquete de soldados rojos, cuya compañía reclamamos del puesto más cercano al lugar donde debamos obrar, vamos de casa en casa reclamando la entrega de los géneros ocultados.

—¿Y si se niegan a entregarlos?

—Detenemos al recalcitrante; lo conducimos ante el Soviet local y lo encerramos en la cárcel.

—¿Y si resiste aún? Y si a pesar de la detención y encarcelamiento persiste en no entregar los productos, ¿qué hacen ustedes?

Registramos la casa, los lugares donde sospechamos y que se nos han indicado como lugar de la ocultación, hasta que los encontramos. Se dan casos en los que el campesino, después de unas horas de detención, *confiesa voluntariamente* lo ocultado.

—¿Tienen ustedes algún derecho de comisión o de prima en la parte de los géneros que descubren?

—Si voluntariamente, al ser requerido por primera vez el campesino entrega los productos, no; pero si se niega y con nuestras pesquisas los descubrimos, entonces tenemos el veinticinco por ciento.

—¿En este caso tendrán ustedes gran interés en *descubrir* las ocultaciones?

—Es de suponer, aunque tengamos más interés por ser mandato y orden del Gobierno.

—¿Y cómo es —objetamos— que siendo usted doctor en medicina y faltando médicos en el frente de batalla para curar a los heridos ha preferido esta ingrata tarea y no la derivada de su profesión?

—Todas son necesarias al triunfo del comunismo y al combate de la contrarrevolución. Y para ésta precisan hombres inteligentes y afectos a la política comunista.

—De acuerdo. Pero hombres afectos a la política comunista hay muchos, y algunos muy inteligentes, que podrían a maravilla cumplir esta misión, sin que a ella vinieran los que son necesarios en el frente de batalla, como los doctores, por ejemplo, y que no pueden ser sustituidos por la especialidad de su profesión.

—En todos lados se sirve al Partido —nos contestó.

—Y usted —seguimos—, ¿vino aquí mandado por el Gobierno, por algún Soviet de provincia, o solicitó usted el puesto?

—Lo solicité voluntariamente.

—¿Y por qué no solicitó ir al frente de batalla, a Polonia, donde se bate el Ejército Rojo en defensa de la Revolución?

—A ustedes nada les importa, nos contestó un tanto amoscado.

La llegada de un personaje comunista de nuestro séquito y su intervención cortó el diálogo, que se hacía por demás interesante, descubriéndonos la razón y el porqué de muchas cosas.

A instancias de este personaje se nos mostraron las cantidades de productos requisadas, que no eran pocas, y se nos habló también de la cantidad que con arreglo al tanto por ciento concedido a los requisidores les correspondía. Que tampoco era despreciable.

Estos productos, que debían ser llevados a Moscú, y puestos a disposición del Comisariado de Abastecimientos, hacía ya muchos días que circulaban de un lugar para otro siguiendo las evoluciones y zigs-zags que debía hacer el grupo requisidor. Antes de llegar a destino, era muy posible que la mitad se quedaran en el camino. El hambre incitaría a ello; la corrupción haría lo demás.

XII

En el Departamento del Transporte Ferroviario

Habiéndosenos manifestado, por diversos conductos, que una de las mayores dificultades que impedían el normal encauzamiento de la vida económica estaba en la desorganización de los transportes, nos dirigimos al Departamento del Transporte Ferroviario.

—El Gobierno de Kerensky —se nos dijo en seguida— no hizo nada para vencer las dificultades que a diario se presentaban. El paso de este hombre por el Poder, lo mismo en este que en los demás problemas, no dejó huella de nada que merezca ser mencionado. Apresado en la red de compromisos que con las cancillerías europeas contrajera, no pudo desembarazarse de los diplomáticos y perdió el tiempo buscando arreglos y componendas, en vez de aprovecharlo en realizar la obra que exigía lo extraordinariamente difícil de las circunstancias.

El problema de los transportes en Rusia, país de distancias inmensas, databa de tiempo inmemorial. Era, por así decirlo; el problema de los problemas. Al secular de la tierra había que añadir, como genérico, el problema de los transportes.

Contando con este precedente y con el de la guerra, que acabó por desbaratar la menguada organización que existía y reducir a pésimas condiciones todo el material ferroviario, fácil será darse una idea de la gravísima situación de Rusia, país tributario del extranjero en este aspecto de la industria.

Pero aún faltaba el golpe final, que había de desorganizarlo todo, haciendo más precaria y más terrible la situación.

En los últimos meses del zarismo, el desbarajuste

ferroviario era tal, que ni hombres ni municiones podían enviarse al frente con la regularidad requerida. A veces se obligaba a los soldados a hacer cientos de kilómetros a marchas forzadas, con el fin de descongestionar un tanto los ferrocarriles.

La primera revolución de marzo, con el desorden, la incertidumbre y las medidas provisionales que acarrea toda situación nueva, desorganizó lo poco que en los transportes ferroviarios había escapado al desconcierto inicial.

El Gobierno de Kerensky, que en vez de poner mano en los transportes se cruzó de brazos y solo pensó en resolver su situación política, dió motivo a que tomara estado crónico el desconcierto de carácter transitorio.

Así las cosas, casi desorganizados del todo los transportes ferroviarios, en pésimas condiciones el material y sin medios de reemplazarlo, viene la revolución de octubre, la nuestra, que debía dar el golpe de gracia a lo poco que restaba de ordenación ferroviaria.

Uno de los primeros decretos del Consejo de Comisarios del pueblo, como ya sabréis, fué el de dar forma legal y jurídica, es decir, carácter definitivo, al proyecto que el Congreso Nacional Panruso de Soviets campesinos, celebrado a fines de julio de 1917, acababa de elaborar, disponiendo el reparto de las tierras.

Los efectos de este decreto fueron fulminantes en el frente de batalla. Los ejércitos, en masa, abandonaban las trincheras, tiraban los fusiles, se imponían a los jefes y oficiales que les reprochaban su conducta, y tomaban los trenes por asalto. Lo ocurrido en el frente fué indescriptible.

Todo se resolvía en medio de brutalidades, atropellos, violencias y disputas. Aquellas multitudes, desmandadas, espoleadas por la ansiedad de no llegar tarde al reparto y hallarse pronto en su aldea, no respetaban ningún derecho.

El derecho lo elaboraba la fuerza. Los más fuertes, los de puños más prontos a la pelea, o los más audaces, lo imponían.

Los casos de coger a los primeros ocupantes de un vagón y arrojarlos por la ventanilla, para ocupar los

asientos, fueron muy frecuentes. Las tropas desmovilizadas tomaban los trenes por asalto, rompían las ventanillas y arrancaban las portezuelas de los coches para improvisar asientos. En los vagones se amontonaban unos sobre otros, hasta los techos. Se llegó a construir andamiajes en los lados laterales, en las plataformas, en las marquesinas y en los tenders de las máquinas, sobre los que viajaban hacinados.

Los vagones y muchas locomotoras quedaron en seguida fuera de servicio, teniéndose que abandonar alguna en el camino, echarla fuera de los raíles y continuar el viaje a pie hasta la estación próxima, en donde se reanudaba la marcha repitiéndose las mismas escenas de violencia.

Cuando los soldados que el zarismo enviara al frente de batalla hubieron regresado por este procedimiento, puede calcularse que una cuarta parte del material ferroviario quedó totalmente inservible, otra cuarta parte en mediano uso y el resto solo en condiciones de ser utilizado después de costosas y difíciles reparaciones.

—En esta coyuntura —siguen informándonos— se constituye este Departamento y nos hacemos cargo de los transportes.

Nombrado Krassin presidente del Consejo de Administración Ferroviaria, los obreros se declaran en huelga, que dura mes y medio, digno remate a los trastornos que venían sucediéndose desde que comenzó la guerra. La huelga alcanzó a todo el personal, obreros, empleados y jefes sin excepción, agravándose el estado de cosas.

A principios de 1918 comenzó la organización ferroviaria, destituyendo a los altos empleados y jefes y nombrando las Comisiones extraordinarias encargadas de vigilar la labor de los directores y administradores de las diferentes redes ferroviarias.

—El impulso dado a estas Comisiones extraordinarias fué enorme —sigue diciendo nuestro informador—. Al poco tiempo había una en cada estación y otra que viajaba en cada tren, bajo cuya jurisdicción y mandato quedaban todos

los empleados sin excepción ninguna.

En el período de tiempo que media desde la revolución de octubre hasta que se reorganizaron los transportes, ocurrieron cosas muy peregrinas. Por ejemplo, en cada estación no expendían billete más que hasta la próxima, y de ésta a la siguiente. El viajero tenía que sacar billete en cada estación si quería continuar el viaje. La recaudación obtenida por la venta de billetes se la repartían los empleados.

Con la reorganización terminó este estado de cosas y comenzó la normalidad en los servicios.

Se emprendió también, en la medida que las circunstancias lo permitían, la reparación del material susceptible de aprovechamiento, Claro que las reparaciones eran muy lentas; a ello contribuían muchas causas, siendo la falta de materias primas, de herramientas y de obreros capacitados, las más importantes.

Luego se introdujo la división en las funciones, llegándose a crear una escuela técnica, a la que todo aspirante ferroviario había de concurrir durante seis meses. También se creó la sección política, encargada de organizar las escuelas técnicas y hacer propaganda comunista entre los ferroviarios.

Se constituyó un Comité Central ferroviario, intermediario entre las diferentes secciones del Sindicato ferroviario y el Departamento del Transporte.

Se estableció un plan de trabajo para la reparación de locomotoras y vagones y para la construcción de otros que, según cálculos, permitiría normalizar el servicio y ponerlo en idéntica situación de antes de la guerra para el año 1925.

Se establecieron primas en los talleres de reparación, concediéndose cuatro raciones más al operario que rindiera doble trabajo del señalado. Si, por el contrario, realizaba una cantidad de trabajo menor a la exigida, quedaba autorizado el Comité de taller para disminuirle la ración a la mitad. También percibían primas los maquinistas por economías o exceso de trabajo.

El rendimiento de trabajo de cada obrero fué establecido según estadísticas de preguerra, y el servicio ferroviario se consideraba como servicio militarizado; los obreros movilizados quedaban bajo esta jurisdicción y eran juzgados por tribunales militares.

Se tenía en estudio el tipo único de locomotoras y vagones para viajeros.

—La sindicación era obligatoria —nos informaron finalmente— y a todo ferroviario se le descontaba el dos por ciento del salario mensual para cuota del Sindicato.

* * *

Los datos suministrados por el Departamento del Transporte Ferroviario fueron corroborados por datos particulares. Pero como la ampliación nos dará una nueva faceta del problema, conviene que volvamos sobre alguno de los puntos ya conocidos.

La huelga ferroviaria declarada al subir los bolcheviques al Poder, fué promovida por los socialistas revolucionarios, pues entre el personal ferroviario había muchos afiliados a este partido. Y si bien los bolcheviques dominaron la huelga, no pudieron ya evitar que se formara una fuerte oposición a sus métodos centralizadores y dictatoriales.

Surgió esta protesta a raíz de una disposición gubernamental que no podía ser más absurda.

Partidarios los bolcheviques más preponderantes del sistema capitalista, de la más absoluta división del trabajo, quisieron practicarla en la distribución del material ferroviario disponible.

Levantaron estadísticas, lo más completas posible y dividieron las materias transportables en dos grupos principales, subdivididos a su vez en tres. En el primer grupo se comprendían todos los transportes militares: hombres e impedimenta. En el segundo, que se subdividía en dos, iban comprendidos las mercancías de carácter general y los viajeros. Distribuyóse a cada grupo el material

que se pudo, con la condición expresa de que ningún tren militar pudiera transportar mercancías ni viajeros civiles, y a la inversa, ningún tren civil, soldados o efectos militares.

El resultado de esta disposición fué desastroso. Sucedía que un tren militar que partía de Moscú para Odessa o para otro destino, por no tener efectos militares que transportar iba de vacío, mientras que en la estación de Moscú quedaban mercancías o viajeros civiles que no podían partir por falta de medios de transporte. Y a la inversa, que habiendo soldados o efectos militares en espera de la partida, por ser tren civil no podía transportar efectos de guerra ni soldados en espera de salida, porque lo prohibían las acertadísimas disposiciones bolcheviques.

Así dábase el caso de quedar en situación de espera mercancías o pasajeros, mientras los trenes corrían cientos y cientos de kilómetros sin carga alguna, pero haciendo el trayecto que hubieran recorrido las mercancías o viajeros que quedaban en las estaciones; todo ello porque el tren no estaba adscrito al grupo de mercancías o viajeros en la estación, sino a otro o a otros, que nadie sabía tampoco en qué estación estarían aguardando. Fué preciso que el Sindicato Ferroviario hiciera ver al Consejo de Comisarios del Pueblo, presidido por Lenin, lo descabellada que era aquella organización. Sólo entonces fué derogado el decreto.

Se manifestó nuevamente la oposición de los ferroviarios al crearse el Comité Central que había de ser intermediario entre el Sindicato y el Departamento de Transporte.

En principio creyeron los ferroviarios que la organización del Comité Central obedecía al deseo de suprimir el Departamento o Comisariado del Transporte; pero al ver que subsistían los dos, pidieron la supresión de los dos organismos, alegando que el Sindicato por sí solo bastaba para organizar el transporte, entendiéndose directamente con el Comisariado del Trabajo o con el Consejo de la Economía Nacional. Esto se acordó en un Congreso Nacional ferroviario. El consejo de Comisarios del

pueblo desechó la demanda de los ferroviarios. Pero éstos no se dieron por vencidos.

En el Congreso Nacional de obreros ferroviarios, celebrado el año de 1919, la oposición a todas las disposiciones oficiales era tan poderosa, que la supresión del Comité Central y del Departamento del Transporte fué tema discutido y aprobado por una mayoría aplastante de votos, lo cual, como era de esperar disgustó al Comité político del Partido Comunista.

Reunido este último con urgencia, llamó a cuantos comunistas eran delegados al Congreso y les obligó a presentar en el día siguiente una proposición pidiendo se revocara el acuerdo tomado. También coaccionó a los delegados sin partido, y el acuerdo fué revocado, no sin que los propios comunistas sintieran los efectos deprimentes del éxito impuesto a todo trance.

Convencidos los delegados ferroviarios de que cuantos acuerdos contrariasen al Comité del Partido serían anulados, dieron carpetazo a todos los temas y concluyó rápidamente el Congreso con el nombramiento del Comité Nacional del Sindicato.

Pero hasta este nombramiento llevaba un espíritu de protesta.

A propuesta del Partido Comunista debía componerse el Comité de veinte individuos, y a ser posible que éstos fueran comunistas probados.

Para no complacer al Partido, el nombramiento recayó sobre diez comunistas y diez que no lo eran. Así obstaculizaban los ferroviarios la dictadura bolchevique.

De esta composición mixta del Comité resultó lo que los ferroviarios se habían propuesto: que ninguna disposición fuera aplicable, porque se encallaba al llegar al Comité del Sindicato.

El resultado invariable de la votación era el empate.

Amenazas y suplicas, ruegos e insinuaciones, todo fué empleado por los bolcheviques para someter a los ferroviarios; pero nada se consiguió.

Visto su fracaso, recurrió a una polacada: disolvió el

Comité Nacional del Sindicato Ferroviario y nombró, para sustituirle, una Comisión extraordinaria afecta al partido —comunistas probados—, que por disciplina quedaba obligada a someterse a todo.

Conviene hacer destacar que la oposición de los ferroviarios no iba, ni contra la ordenación del servicio de transporte, ni contra nada que sufriese menoscabo de los intereses colectivos y de la revolución.

A lo que se oponían, lo que querían y por lo que luchaban, era que no se anulara la personalidad colectiva del Sindicato entre el Comité Central y el Departamento del Transporte. Querían que todo lo relacionado con el transporte ferroviario fuera encomendado al Sindicato y que se suprimieran organismos inútiles que, además de convertirse en plantel de burócratas y de zánganos, no servían más que para complicar el desenvolvimiento ferroviario.

En cuanto a las Comisiones extraordinarias, se les concedieron facultades omnímodas, y todo quedó bajo su férula. Era una especie de policía con poderes ejecutivos.

En las estaciones hacían y deshacían a su capricho. Como toda reclamación contra sus abusos había de pasar por sus manos antes de darle curso, inútil es decir que ninguna llegaba a su destino.

Detenían y encarcelaban a quien les parecía, y por sus denuncias se condenaba a meses de prisión a empleados y a viajeros.

Además, se hicieron tan numerosas, que ni en tiempos del zarismo, cuando los ferrocarriles eran explotados por compañías particulares, el número de empleados que cobraban y no prestaban servicio fué tan excesivo comparado con el de las Comisiones extraordinarias.

En las estaciones la Comisión extraordinaria tenía por misión vigilar, hacer acatar las disposiciones oficiales, velar por que el orden no se alterara y recoger las reclamaciones (?) del viajero.

Las Comisiones que viajaban en los trenes, como no se revisaban los billetes ni prestaban ningún otro servicio, su

misión estaba limitada a viajar por *acompañar* al tren.

Eso sí, como los coches de viajeros escaseaban, se formaban trenes de viajeros con vagones de mercancías, excepción hecha del coche destinado a la Comisión extraordinaria, a la que nunca le faltaba el suyo, el único del tren.

Y viajaba con comodidad. No importaba que el tren fuera abarrotado de viajeros, o que algunos se quedaran en tierra por falta de lugar. En el departamento de la Comisión extraordinaria del tren no podía subir nadie, de no ser un recomendado, un personaje influyente o un amigo de algún miembro de la Comisión. Sólo el favoritismo podía tomar asiento en el departamento de la Comisión extraordinaria.

Y hablamos por experiencia.

XIII

En el Comisariado del Trabajo

Lo habían instalado en el piso alto de unos grandes almacenes del barrio chino, confiscado, como otros muchos, por los bolcheviques.

Introducidos por nuestro "cicerone" e intérprete, a presencia del camarada comisario, impuesto por anticipado de nuestros deseos, nos recibió amablemente.

Comencemos por decir, para no defraudar a quienes lean este capítulo y de él esperen las grandes enseñanzas que de un régimen llamado comunista pudieran esperar, que los datos suministrados por el Comisariado del Trabajo no implican novedad alguna. Casi todos, por no decir todos, de algún interés, los conocíamos ya. En cuanto llevamos dicho van consignados.

Nuestra impresión sobre la utilidad o importancia del papel asignado al Comisariado del Trabajo fué dubitativa.

Creímos, y lo manifestamos sin eufemismos, que se trataba de un organismo de acción secundaria. Pronto pudimos adquirir la seguridad de esta impresión.

En las cuestiones fundamentales del trabajo, su intervención era limitada, por no decir nula.

La cuestión ferroviaria escapaba a la inspección del Comisariado. Otro tanto ocurría con la Agricultura. Solo en el aspecto industrial tenía alguna intervención. Y aún aquí, su intervención, como elemento principal o único, quedaba muy restringida por la amplitud que alcanzaban las actividades o funciones del Consejo de Economía Nacional.

Diluída así y en diferentes organismos la misión que incumbía al Comisariado del Trabajo, todavía le restaba influencia la misma Confederación General del Trabajo y la Tercera Internacional.

Muchas de las cuestiones que afectaban a los Sindicatos y al trabajo, se planteaban, discutían y solucionaban en principio, sin que el Comisariado del Trabajo tuviera intervención alguna.

Es verdad que, luego, para darles la forma legal, precisaban su visto bueno y su aquiescencia; pero solo se pedían cuando ya la cuestión estaba completamente prejuzgada.

Por eso, nuestra misión estuvo pronto cumplida; solo se nos dió estadísticas, que no reproducimos por su interés puramente interno, transitorio o circunstancial.

En líneas generales, se hallaba en estas estadísticas el número de obreros parados en distintos períodos del año; su aumento o disminución; subsidios concedidos a los parados y ancianos; accidentes del trabajo y otros asuntos parecidos.

Entre la serie de datos que nos suministraron llamó nuestra atención el hecho de que, habiéndose fijado un límite a la edad de incapacitación para el trabajo, fuera preciso un informe facultativo y técnico que precisara la absoluta invalidez, sin el cual podía el Comisariado del Trabajo dedicar al anciano a otro trabajo compatible con el resultado del informe.

Aprovechando esta visita, nos propusimos aclarar una duda. En poder nuestro teníamos un ejemplar del Código del Trabajo —Código draconiano y brutal, que impone deberes a los obreros, pero no les concede ningún derecho — y quisimos saber qué aportaciones llevaron a él los Sindicatos y qué participación o colaboración tuvo el Comisariado.

Parecía increíble, y seguimos en la misma creencia, que un Comisariado obligado a defender los intereses de los trabajadores y que se dice y afirma estar regentado por obreros, suscribiera aquel Código.

Cuanto pudimos saber acerca del particular, nos llevó a la conclusión de lo que ya presumíamos: que el Código del Trabajo ruso era la obra del Partido Comunista y de sus hombres, entre los que también se encontraba el comisario.

Cuando se nos habla de la “dictadura del proletariado”

para justificar lo injustificable y se tiene ante la vista el famoso Código del Trabajo ruso, se nos pone en el trance de tener que preguntar si es que todos los proletarios rusos, o sus hombres representativos, estaban locos al suscribir aquel documento. En ningún país de régimen capitalista existe una legislación tan rígida y tan contraria al interés de la clase trabajadora.

Quien emprenda la tarea de traducción de este Código proporcionará a los trabajadores de habla española el mejor alegato contra el régimen bolchevique.

Ellos, tan cuidadosos de dar a conocer su literatura y política, callan y nada dicen de su literatura económica y de su legislación. Interpretan a Marx a su sabor.

Los guerreros del materialismo histórico, los cantores de la lucha de clases que reducen todas las aspiraciones del pueblo a resultados químicos estomacales, los que se dicen llamados a redimir al pueblo de toda dependencia económica, ejerciendo la dictadura proletaria (?) para lograrlo, es inexplicable que silencien la mayor parte de las disposiciones del trabajo obligatorio.

Nada dicen en sus propagandas del famoso Código del Trabajo; han silenciado, también, todo lo referente a la movilización de los trabajadores; parece, según ellos, que estas cosas no interesan al proletariado mundial. En cambio, a nosotros nos parece todo lo contrario. Es más, creemos que el nervio de la revolución está ahí, en las disposiciones que garanticen y aseguren la plena libertad de los trabajadores; en la forma de organizar el trabajo; en la estructura social que haga imposible la explotación del hombre por el hombre y la sumisión de una clase a otra clase.

Porque, ¿cuál es la verdadera situación del obrero ruso frente a la legislación bolchevique y, consecutivamente, a la movilización? La de un esclavo, la de un hombre a quien se imponen deberes sin concederle ningún derecho. Cierto que esos deberes se disfrazan con la paradoja de ser hechos en su beneficio y nombre; pero la realidad es más ingrata que las elucubraciones y fantasías bolcheviques, descubriendo el

engaño y poniendo al desnudo la añagaza.

¿Dictadura del proletariado? Veamos.

Una vez inscrito el obrero en las secciones de su oficio, funcionando en la Bolsa del Trabajo, queda a la entera disposición del Ministerio del Trabajo.

Si por necesidades de la producción, reales o ficticias, pues a él no se le explican, el Ministerio acuerda que debe marchar a prestar sus servicios a Odessa, aunque habitualmente resida en Moscú, y allí tenga su familia, el obrero ha de partir sin poder oponerse a la orden que se le da.

Es un obrero movilizado en nombre de la dictadura del proletariado, por lo que ésta dispone de él a su antojo.

Si una vez en Odessa acuerda el Ministerio que el mismo individuo debe marchar a prestar sus servicios a Tobolsk, o cualquiera otra población siberiana, ha de partir inmediatamente, a la hora y día que el Ministerio le señala.

El obrero en estas condiciones, es un juguete mecanizado en manos del Partido Comunista. Puede disponer de él a su antojo y capricho, cuando quiera y como quiera.

Abordamos esta cuestión ampliamente al conversar con el camarada Comisario del Trabajo. Y cuando le decíamos que nos parecía absurda y arbitraria la movilización obrera, sin dejar de reconocer que, a veces, y acaso para un oficio, fuera necesaria, pero cruel como sistema, contestónos que sin ella el triunfo de la revolución fuera imposible, pues muchos obreros se negaban a trabajar en una profesión, prefiriendo otra, lo que desequilibraba la economía nacional.

Reconocimos justo el alegato; pero rechazamos las premisas que él sentaba. Dijimos que nos parecía más racional convencer al obrero u obreros especializados en una profesión y precisos en otra localidad de aquella donde residieran habitualmente, que precisaba su concurso en otro lugar y, aunque temporalmente, fuera a prestarlo. Pero que tomar una medida general y tan rigurosa, no lo comprendíamos.

—Así, el Gobierno, que debe ser el único autorizado a organizar la vida política y económica del país en nombre de la Revolución, tiene más libertad de disponer las cosas, evitándose dar explicaciones. En estos casos, afirmaba, precisa la más ciega, la más completa y absoluta obediencia de todos a las disposiciones del Estado obrero. Obrando como dice, no se lograría esa finalidad.

—Cierto—objetamos; pero el obrero tendría más libertad, se sentiría más hombre en el conjunto de la lucha por el lanzamiento de la revolución, tomaría una parte más activa para identificarse con ella, ya que se reclamaba su concurso y no se le *imponía*, no se le *obligaba* a que lo prestara.

En situaciones graves, afirmábamos, raro será el individuo, más bien pudiera considerársele anormal, que se negara a cooperar a la obra de liberación del pueblo, que viene a ser, en suma, su propia liberación.

—¿Olvidan, acaso —se nos contestó—, que la contrarrevolución no cesa en sus ataques; que la burguesía desposeída conspira a diario para retornar al pasado; que contra el Partido Comunista se concitan todas las fuerzas de oposición, y que el Partido ha de hacerles frente por todos los medios?

—Entonces —replicamos—, la movilización, ¿más que una medida de orden económico para organizar la vida del país es una medida política dirigida contra los partidos políticos o sectores que no acepten los puntos de vista comunistas?

—¡Oh!, no; de ninguna manera. La movilización va contra todos, y todos deben someterse a ella. Los comunistas del partido como los demás. No existen excepciones.

Sonreímos ante esta afirmación y la dimos por buena.

—Nos interesaría saber —dijimos—, qué actitud adoptó el Comisariado del Trabajo frente al Proyecto presentado por Trotsky de organizar la Rusia productora sirviéndole del tipo de la organización militar.

Según nuestros informes, Trotsky proponía dividir a

Rusia en diez regiones militares, dando la misma división al trabajo. De esta guisa, el soldado y el obrero quedarían sujetos a una misma organización, aunque prestando, como es natural, servicios diferentes.

—De completa conformidad si el Partido lo hubiese aceptado.

—Entonces el Comisariado del Trabajo, en sus múltiples y variadas actividades, sigue la trayectoria que le marca el Partido Comunista. Y como hace lo mismo la Confederación General del Trabajo, el obrero no puede, en el régimen de su dictadura, hacer su voluntad, sino la del Partido, algo paradójico nos parece todo esto.

—Porque no han vivido en Rusia, ignorando que aquí, la organización y el Partido Comunista, están de completo y común acuerdo. Yo mismo —dijo el comisario del Trabajo —, aunque soy miembro del Partido, no fui designado por él para este cargo, sino por la Confederación General del Trabajo.

Al crearse este Comisariado, el Partido pidió a la organización que designara ella misma el individuo que lo debía regentar, y en su nombre y representándola estoy yo aquí.

—Razón de más para que nos extrañen las disposiciones que referente al trabajo se toman.

La movilización de los obreros, el Código del Trabajo y toda otra serie de medidas tomadas para organizar la producción, y que reputamos contrarias al interés colectivo de los trabajadores, no creemos las hubiera sancionado teniendo libertad de opción. Pero como esta libertad nos parece que le falta, suponemos lo demás.

—Atravesamos circunstancias difíciles y no puede concederse esa opción a que hacéis referencia.

—Sin embargo —objetamos—, violentando la voluntad de los trabajadores, no podrán armonizarse sus aspiraciones con la obra de Gobierno, y muchísimo menos con el espíritu de la revolución. Los efectos de esta política de violencias serán negativos.

A cada violencia, moral o física, del Gobierno contra el

proletariado, imponiéndole normas en cuya preparación y adopción no participa, responderá con una mayor resistencia pasiva, cuando no violenta, y el divorcio entre el Poder Comunista y el obrero será más acentuado cada día.

—No; porque nuestra política se impondrá.

Partimos. Nuestra desilusión no tenía límites. Salíamos convencidos de la inutilidad del organismo que acabábamos de visitar.

XIV

Los "sábados comunistas"

En uno de los intermedios de las sesiones del Congreso, mientras traducían uno de los discursos de Zinoviev al alemán, nos permitimos, una tarde, hacer a Lusowsky alguna objeción acerca de la falta de entusiasmo que notábamos en el pueblo por el régimen comunista, y más aún que por el régimen, por la organización del Trabajo implantada.

Reforzábamos nuestra argumentación con los gráficos que allí mismo, en la sala del Congreso y en los pasillos que daban acceso a la misma, se nos mostraban. Había industrias en las cuales la producción había disminuído en un sesenta por ciento. Y esto nos desorientaba.

Es cierto que esta disminución se explicaba por la emigración de los obreros, que no querían permanecer en las fábricas. La vida en el campo era más fácil y menos mísera; y al campo emigraron. Mas, aún reconociendo esta razón, por lo que al conjunto de la producción se refería, cuando se entraba en detalles —gráficos a la vista siempre — se veía que la cantidad de producción, el rendimiento por individuo, era menor. ¿A qué atribuirlo?

Nosotros no veíamos más que una causa: la falta de entusiasmo, de compenetración y de acuerdo entre el pueblo y sus gobernantes. Y era natural que esta opinión la expusiéramos.

Lusowsky, que ya conocía nuestra natural posición de reserva frente a todo matiz bolchevique, quiso desvanecerla completamente, y nos habló de los “sábados comunistas”.

La organización de los “sábados comunistas” era muy reciente. Y si bien el entusiasmo de los primeros momentos no había decaído, los mismos comunistas, por estadísticas

que más tarde publicaremos, reconocían que no había progresado lo que ellos calcularon.

De la discusión habida con Lusowsky surgió la idea de ir una tarde los delegados a presenciar los resultados del "sábado comunista".

El "sábado comunista" no era, en suma, otra cosa que la prestación del trabajo voluntario sin retribución reconocida. Implantada en Rusia la semana inglesa, se pensó en aprovechar la tarde del sábado interesando al obrero en un trabajo voluntario.

Aceptada por nosotros la proposición, deseosos, además, de saber hasta qué punto los obreros, de una manera general, se interesaban por aumentar una producción que había de beneficiarles directamente, fuimos a visitar algunos talleres y obras en donde se hacía el "sábado comunista".

Un tanto suspicaces para todo lo que oficialmente se nos afirmaba, después de lo que habíamos visto, quisimos convencernos de sí el desinterés, el sacrificio y el entusiasmo de que se nos decía estaban poseídos todos los obreros por el "sábado comunista", era cierto.

Acostumbrados ya a notar un divorcio bien marcado entre las disposiciones gubernamentales y el pueblo que las había de acatar, y como se nos dijera que la creación de los "sábados comunistas" no era una disposición oficial, sino una iniciativa popular, pensamos que por una vez íbamos, al fin, a encontrar un punto de concordia entre los que mandaban y los que habían de obedecer.

Así, pues, terminada la sesión del Congreso de un sábado por la mañana, en los autos previamente puestos a nuestra disposición, partimos a visitar unos talleres de metalurgia.

Visitamos varias dependencias del taller, y luego hicimos algunas preguntas.

El número de obreros que trabajaban normalmente en aquel taller era de doscientos cincuenta, y el de obreros que hacían el "sábado comunista", de unos setenta y cinco solamente.

El rendimiento de trabajo en los “sábados comunistas”, comparativamente al realizado cada día, era de un veinticinco por ciento superior, como término medio.

Se nos mostraban los gráficos de esta producción, que, según el jefe de los talleres, demostraba más exactamente sus afirmaciones.

Al sábado siguiente se organizó otra visita a unos trabajos de descarga de madera de unas barcazas en las márgenes del río Moscova.

También aquí se nos habló con entusiasmo de los “sábados comunistas”. Personas que en los demás días de la semana se ingeniaban para no trabajar, especulando o haciendo cosas parecidas, trabajaban con entusiasmo los “sábados comunistas”. Como prueba, se nos mostró a cuatro o cinco personas que habían trabajado. Verdad es que estas personas estaban inscritas en las listas de la Bolsa del Trabajo como paradas, y siempre hallaban el medio de figurar como tales.

El entusiasmo de muchos de los delegados extranjeros al Congreso, después de estas visitas, no tenía límites. Los adjetivos más rimbombantes y más enfáticos, eran poco para calificar el entusiasmo de aquellos que, entusiasmados con las bellezas del régimen comunista y la dictadura del proletariado, no solo aportaban esfuerzo durante las cuarenta y ocho horas de la semana, para que la producción aumentase, sino que daban hasta las cuatro horas que en la tarde del sábado les quedaban libres.

Cualquiera objeción a estos entusiasmos era considerada como una herejía, *trabajaban y comían* —váyase por los que comían mal y trabajaban—, no había más remedio que callar, si no quería uno verse tratado de desafecto a la revolución, o bien de no penetrar en la profunda lección que aquellas cosas nos daban.

Era en vano que con datos a la vista se tratase de hacerles comprender lo mezquino de todo aquel entusiasmo, ya que no llegaba ni a un diez por cierto el número de obreros que hacían los “sábados comunistas”, lo que probaba la poca eficacia de aquellos procedimientos.

Ellos, cabalgando sobre las nubes de sus entusiasmos, nada querían comprender.

Eramos nosotros, los que hacíamos objeciones, quienes no veíamos ni sabíamos nada. Y si bien se rendían al razonamiento de la insignificancia del número de obreros que aceptaban los "sábados comunistas", argüían a su favor —concesión que nos veíamos obligados a hacerles— lo altamente simpático que resultaba.

Si el hacer el "sábado comunista", si el hacer la prestación de trabajo durante cuatro horas hubiera sido el resultado de una iniciativa libremente aceptada y desinteresada en absoluto, ¿quién puede negar una demostración cumplida y satisfactoria de la compenetración existente entre el pueblo trabajador y el Gobierno bolchevique? Porque no teníamos esta convicción, dudábamos siempre, y en las discusiones, alrededor de esta cuestión, exponíamos nuestras dudas.

Alejado del favor oficial, cuando ya las oficiosidades de los acompañantes que el Comité de la Tercera Internacional ponía siempre a nuestra disposición no podía impedir nuestras pesquisas particulares, inquirimos por nuestra cuenta y razón, sin testigos enojosos y sin preparaciones convenidas.

La iniciativa de hacer los "sábados comunistas" nació en una reunión del partido en Moscú y a propuesta de Lenin. Luego no era iniciativa popular. Mas para evitar que pareciera del Gobierno, se buscó a varios comunistas probados y oficiosamente se les indicó que, como si fuera iniciativa de ellos, acto espontáneo y voluntario, propusieran en la fábrica en que cada uno trabajaba el hacer los "sábados comunistas".

Los Comités de Fábrica respectivos, que ya estaban prevenidos de la proposición, aunque fingieran *no estarlo*, la apoyaron calurosamente e invitaron a los obreros de sus fábricas u obras a que la aceptaran.

Los Comités de fábrica respectivos, que ya estaban prefrían todas las contrariedades del régimen sin aspirar a ser comisarios ni cosa parecida, los que no queriendo

honores estaban siempre dispuestos al sacrificio por el Partido y por la revolución, la aceptaron con entusiasmo, con alegría, con gozo, deseosos de ser útiles a la causa. Pero el resto de los trabajadores la rechazó y los pocos que se sumaron a ella lo hicieron por interés.

Deseando el Gobierno bolchevique interesar a los trabajadores y al pueblo en general en la iniciativa y dar impulso a la obra de los "sábados comunistas", se deshizo en alabanzas, le dedicó artículos encomiásticos en los periódicos e hicieron largas disquisiciones sobre la materia.

Gastaron mucha tinta, pero aumentaba muy poco la producción.

Ante el resultado negativo que la iniciativa había dado, puesto que solo los comunistas, y no todos, se habían ofrecido a estos sábados, se recurrió a otro procedimiento más práctico: al reparto de víveres, o prendas de ropa, a quienes hicieran el "sábado comunista". Y esto dió algún resultado; no mucho, tampoco.

Se repartía una libra de pan, o media, según la cantidad disponible; a veces harina, o bien un pescado seco, salado. Estas ofertas atrajeron a muchos trabajadores. Era natural. Una libra de pan equivalía, en rublos, al jornal que muchos ganaban en un mes.

Pero cuando vieron que las ofertas no se mantenían, y que algún sábado, después de trabajar, habían tenido que marcharse a casa sin lo prometido, comenzaron las deserciones, y el número de los obreros inscriptos disminuyó considerablemente.

He aquí, para nosotros, otra ilusión que se desvanecía; otro desencanto más que agregar a los que diariamente veníamos recibiendo.

Las afirmaciones de Lukowsky y sus acólitos eran de escasa consistencia, carecían de observación, porque o eran sostenidas por la cándida confianza de una absoluta fe en los procedimientos bolcheviques o había en ellas intenciones de hacernos comulgar con ruedas de molino.

XV

Trenes y buques de propaganda

Una de las organizaciones que más nos exaltaban los comunistas, hablando de ella con fervor de catecúmenos y atribuyéndose virtudes casi maravillosas, era la de la propaganda.

—Esta —nos decían— será la que tarde o temprano (aunque nosotros esperamos que sea temprano), llevará al corazón de la masa, de esa masa amorfa y sin ideales, el hálito casi divino del Comunismo.

Por ella nuestro Partido será fuerte, indestructible; hará comprender al gran pueblo ruso el significado de la revolución; lo sustraerá a las influencias perniciosas del pasado, señalándole el amplio camino del porvenir.

—Hemos hecho mucho en la escuela —nos decían—, pero apenas si hemos comenzado. Además, la escuela es solo la iniciación. Los niños siguen en ella para completar su educación y hacerse hombres; al adulto eso no lo es posible. Cuando conoce lo más elemental, ha de abandonarla.

La sociedad necesita su esfuerzo de productor y no puede, por tanto, permitirle que dedique sus horas exclusivamente al estudio.

Y si con la escuela hemos abierto al adulto los amplios horizontes que el antiguo régimen le cerraba sistemáticamente, manteniéndole en la ignorancia, no podemos abandonarle cuando hemos comenzado o enseñarle a caminar por la vida.

En esas organizaciones ciframos nuestras esperanzas. De ellas esperamos grandes resultados.

Desde que han entrado en Rusia habrán visto en alguna estación los trenes de propaganda, esos trenes dedicados a

llevar al campo la voz del comunismo.

Son magníficos instrumentos de divulgación. La impresión que produce en el alma cándida y al mismo tiempo sedienta de saber del campesino, no es para explicada. Hace falta verlo, sentirlo; estar cerca del campesino cuando viene a admirar esos trenes. ¡Con qué admiración contempla el simbolismo de las figuras pintadas en las telas que adornan al tren! ¡Y cómo las comprende!

Sería necesario que ustedes visitaran uno de esos trenes; pero desgraciadamente no hay ahora ninguno en Moscú. Aunque a decir verdad: tampoco les sería fácil visitarlo aquí, pues casi nunca se detienen más de unas horas, las precisas para recoger la literatura comunista que han de distribuir en los lugares por donde pasan.

Sería interesante, muy interesante. Si visitan uno, les causará una agradable impresión.

* * *

El primer tren de propaganda lo vimos en la estación de Petrogrado el mismo día de nuestra llegada.

Al entrar el tren en que viajábamos en agujas, llamó nuestra atención otro parado en una vía muerta, en cuyos coches había pintadas figuras simbólicas acompañadas de leyendas en el idioma del país.

Por falta de tiempo no nos aproximamos al tren de referencia; pero preguntamos su significado. Es uno de los trenes de propaganda, nos dijeron.

Días después, ya en Moscú, pudimos contemplar otro desde más cerca, interesándonos el simbolismo de sus figuras y lo llamativo de los colores en que estaban pintadas.

Componíanse estos trenes de varios coches. Cuatro, cinco, y en algunos seis. El que contemplamos en Moscú se componía de seis coches. Era uno de los más grandes y mejor acondicionados.

El personal que viajaba en el mismo, tanto el de propaganda como el de servicio, hacía vida común dentro

de los vagones. Aprovisionados convenientemente; provistos también de una cantidad considerable de folletos y libros de propaganda comunista para la distribución, cruzaban la Rusia inmensa en todas direcciones.

Las figuras simbólicas pintadas en los coches, ocupaban los lados laterales en toda su extensión. En algunos, no en todos, las telas cubrían todo el lado del coche de larga en alto, rebasando a veces la altura del coche en más de un metro.

Las escenas pintadas eran varias y alusivas a diferentes motivos de la lucha de clases.

Veíanse grupos de obreros en actitud violenta y amenazadora para otros grupos representado a la burguesía.

No faltaban los que describían escenas en que triunfante la revolución, sobre los montones de escombros del mundo viejo, hallábase un obrero con la bandera roja y la insignia soviética, tremolándolas e invitando a los obreros del mundo a la revuelta.

En un grupo veíanse a los obreros industriales, dando la mano y abrazando a los mujiks, sellando la fraternidad de obreros y campesinos bajo la insignia y bandera soviéticas y el Poder Comunista.

Todo ello con fondos de colores vivos y llamativos, rodeados de simbolismo, cubismo e impresionismo.

Los métodos de propaganda eran tan sencillos como efectistas.

Llegado a un lugar, se invitaba a los campesinos a concurrir a las Conferencias y actos organizados por la Comisión de propaganda del tren.

A los concurrentes se les distribuía *literatura comunista*.

El Soviet local se encargaba de hacer el llamamiento y asegurar el concurso de los campesinos de la villa y el orden, en caso de alteración.

Más de cerca, pues lo visitamos interiormente y conversamos con los propagandistas, vimos uno de los vapores dedicados a la propaganda en las poblaciones ribereñas del Volga.

En una de las poblaciones que visitamos, hizo también escala uno de esos vapores y fuimos a visitarlo.

Lo que anteriormente eran bodegas habían sido convertidas: una en sala y refectorio de la tripulación y personal de propaganda, y la otra en sala de espectáculos y reuniones.

Dábanse conferencias, mítines, lecturas comentadas, cursos de marxismo científico y sesiones cinematográficas, todo ello, como es de suponer, dentro de la más pura ortodoxia marxista.

Hablamos con el jefe de la expedición, pidiéndole algunos detalles de la labor que realizaban.

Nos habló del entusiasmo con que los campesinos y obreros acogían la arribada del vapor propagandista.

—Pero lo que más admiran, nos dijo, son las sesiones cinematográficas, pues les dan una más plástica sensación de realidad y de materialidad de las cosas que la literatura.

Son afanosos de saber y de indagar. Tienen la impertinencia del niño que todo lo pregunta. Inquieren constantemente" sin descanso ni pereza, en incansable afán de enterarse de todo.

Aceptan contentos la literatura; ahora que no sabría decir si ponen en la lectura el entusiasmo que ponen en escuchar la palabra o en ver reproducidas las imágenes en la pantalla.

Para las sesiones que dedicamos al cine, siempre, sin excepción, resulta reducido el espacio de que disponemos. Y lo más interesante es que siguen el curso de los episodios con la candidez y atención que los seguiría un niño.

Se explica esta atención —nos afirmó—, porque durante el antiguo régimen raramente se ponían a su alcance espectáculos de esta naturaleza. Para el campesino ruso esto es la visión de un mundo nuevo, que ni siquiera había entrevisto en su ignorancia.

—Las películas que exhibimos —añadió a demandas nuestras—, representan todas episodios de la lucha revolucionaria contra los blancos y los antiguos burgueses. Impresionamos así al campesino, y esto favorece la política

comunista, mientras que debilita la de nuestros adversarios. Queremos llegar a lo más íntimo del alma campesina, sustraerla a sus prejuicios y errores conduciéndola hacia el comunismo marxista.

Estamos convencidos que es obra de mucho tiempo, de paciencia, de perseverancia; pero a ella hemos consagrado muchos esfuerzos y estamos dispuestos a consagrar muchos más. Todos los que sean precisos hasta lograr el triunfo definitivo de nuestras ideas.

Lamento, continuó, que el poco tiempo de que ustedes y nosotros disponemos, no permita que, de cerca, por sus ojos, vieran y comprobaran cuanto les vengo diciendo. Si pudiéramos organizar una velada cinematográfica para esta noche, verían la afluencia de espectadores y el interés y atención de los asistentes por los episodios representados.

Las películas pasan, antes de darlas al pueblo, por la censura del Partido —contestó a una pregunta nuestra—. Como la impresión de los films es por cuenta del Estado, se ha de suponer que solo asuntos que él autorice pueden impresionarse.

Todos son de propaganda comunista. Impresionar asuntos de otra índole sería un gran error en estos momentos. La lucha que hemos de sostener contra los enemigos de la Rusia Soviética, no permite expansiones ni flaquezas. Hay que tener mano fuerte para imponer el comunismo, y severidad para evitar desviaciones.

Nos despedimos. Nuestra curiosidad quedaba satisfecha. Por última vez contemplamos los costados del buque cubiertos de telas simbólicas y leyendas alusivas a la lucha de clases.

El dogma marxista, más que por el estudio y por el cerebro, quería hacerse comprender del mujik por la vista y la impresión. El método empleado para conseguirlo, no podía ser más apropiado. ¿Lo lograría? He aquí el enigma.

XVI

En la Oficina Central de Cooperativas

Nuestra visita a la Oficina Central de Cooperativas fué hecha de improviso.

Las notas y apuntes que sacamos, como resultado de la visita, no fueron tomados en los cuadernos de que habitualmente nos servíamos, sino en cuartillas; cuartillas que desde nuestra detención en Italia, al regreso de Rusia, no sabemos a dónde han ido a parar. Por esta causa solo expondremos lo que conservamos en la memoria (y recordando bien), a fin de no caer en errores o inexactitudes.

* * *

Traspuestos los umbrales de la Oficina Central de Cooperativas, seguimos por un pasillo. Y subiendo escaleras, atravesamos salones silenciosos y llamamos como ya lo habíamos hecho en la puerta principal con igual resultado. La casa parecía deshabitada. Silencio por todas partes. Ni un portero, soldado o empleado que nos guiara.

Al fin, tras de repetidas llamadas, oímos una débil voz que desde una habitación cercana nos invitaba a entrar.

Nos recibió un anciano; y al expresarle nuestras pretensiones, nos contestó que poco podía decirnos ya.

—Las Cooperativas, verdaderamente, ya no existen —comenzó por decirnos—. El Gobierno bolchevique, añadiendo una más a las torpezas acumuladas, ha nacionalizado todas las Cooperativas. Con estas disposiciones se han convertido en simples almacenes de distribución de los productos, que los delegados bolcheviques requisan o compran, en provincias. Por eso

digo que nada puedo decirles que sea de interés.

Como insistiéramos en nuestra petición, alegando la condición de extranjeros y de delegados al Congreso, y haciéndole ver el interés que tendría para los cooperatistas de los países que representábamos el conocer el alcance y amplitud del movimiento cooperatista ruso, accedió por fin a darnos los detalles que solicitábamos.

—La cooperación en Rusia —nos dijo— puede decirse que data, como organización de clase y con cierta tendencia social y política, de 1905. Antes de esta fecha, el cooperativismo ya existía en nuestro país, pero sin tendencia determinada alguna. La finalidad de ese cooperativismo que llamaremos primitivo, era pura y exclusivamente económico y abarcaba matices muy variados.

El “Mir” y el “Artel” son las variaciones más conocidas. El primero de tendencia manifiestamente comunista, y de tendencias colectivistas el segundo.

En la mayor parte de los “Mirs” el trabajo, como la distribución de productos que se obtenían del mismo, era común, mientras que en el “Artel” cada componente percibía lo correspondiente según el trabajo que se realizaba. A tantas horas de trabajo corresponde tanta cantidad de producto. Este es su principio.

Por lo común, la zona de influencia en que se desenvuelve el “Mir” y el “Artel” no es la misma, pues así como el “Artel” se constituye con preferencia para los efectos manufacturados, es en las labores del campo, cultivo de la tierra y demás derivados donde el “Mir” influye.

Esta diferenciación se explica perfectamente.

En nuestro país, a causa de la larga duración del invierno, durante el cual el campesino se halla imposibilitado de practicar ningún laboreo en la tierra, dedícase generalmente a confeccionar objetos de madera que luego vende en los mercados de la población.

La competencia que en los mercados se hacían entre sí al vender esos objetos, fué lo que determinó la creación de los “Artels”.

Como el trabajo no podía hacerse en común por lo dispersa que se halla la población campesina en las interminables llanuras rusas, de aquí que se impusiera el sistema colectivista, o sea el de que cada uno percibiera el beneficio equivalente a la cantidad de objetos aportados para la venta.

Esta misma razón, la de los interminables inviernos y lo corto de la primavera y otoño —pues apenas duran unas semanas cada una de las estaciones—, hace que el trabajo de cultivo de la tierra, siembras y cuidados que luego necesita, hasta la recolección, requieran una mayor actividad y, por lo tanto, una más intensa acumulación de esfuerzos. De aquí que se prefiera el trabajo en común.

Pero, lo repito, todas estas instituciones "Mirs" o "Artels", obraban según los intereses particulares de cada uno, sin relación ni conexión con los demás, salvo excepciones.

A partir de 1905, la situación empieza a derivarse por otros cauces.

La influencia de las ideas sociales, que a causa del movimiento habido aquel año tomaron algún impulso en Rusia, no dejaron de hacerse sentir en el seno de los "Mirs" y de los "Artels".

Poco a poco, esta influencia determinó la fundación de Cooperativas de producción y de consumo.

Muchas de las últimas se abastecían casi exclusivamente de productos elaborados por los "Mirs" y "Artels", y lo mismo ocurría con las primeras.

Tan poderoso llegó a ser este impulso que, aquí, en Moscú, en el momento de declararse la guerra, había una Cooperativa de Consumo, que estaba encargada de la venta de más de cien cooperativas de producción, o sea de "Mirs" y de "Artels".

Y no era esta sola. Cito este ejemplo como pudiera citar otros.

El número de cooperadores era bastante considerable.

En 1914, se contaban unos cuatro millones de cooperadores en toda Rusia. Y desde esta fecha, hasta el

reciente decreto sovietista, que acaba de incorporar a las Cooperativas en la nacionalización por ellos perseguida, el número de cooperativas había crecido enormemente. Se calculaba en once millones.

Pero no es por el número de cooperadores por lo que puede señalarse la influencia y la extensión que el cooperativismo había alcanzado en Rusia; sería un error juzgar así. Su influencia debe señalarse por los servicios que a sus componentes y al Estado mismo prestaba. Creemos que esto último, los servicios prestados al Gobierno, son los que determinaron la decisión que contra las Cooperativas acaba de tomarse.

Más de una vez, ante apuros de aprovisionamiento para sus propias instituciones —Ejército y otras—, el Consejo de Comisarios del pueblo pidió ayuda a las Cooperativas, y éstas se lo prestaron cumplidamente.

La impotencia del Gobierno y de las instituciones sovietistas para cumplir sus fines, contrastaban con la diligencia, actividad y competencia demostradas por las Cooperativas, que ningún beneficio obtenían, y abandonadas a su propia iniciativa, resolvían apremios que ni la confiscación, ni la incautación, ni los fusilamientos, habían logrado resolver.

Estimulado el Gobierno por estas realidades, muy superiores a sus concepciones económicas y a sus organizaciones centralizadoras y autoritarias, pensó que, para salir de apuros y dar solvencia a las instituciones económicas bolcheviques, lo más rápido y hacedero era agregar las Cooperativas a su política económica, hacer de esos organismos, que antes eran autónomos e independientes, organismos de Gobierno y de Partido, pues con su experiencia y capacidad les sacarían del atolladero. El error no ha podido ser más evidente.

Las Cooperativas, florecientes ayer, se han marchitado como si una ráfaga invernal hubiera pasado sobre ellas.

Pocos meses han bastado para consumar esa labor destructora.

Hoy puede decirse que las Cooperativas ya no existen.

Apartados de ellas todos cuantos nos habíamos consagrado a su desarrollo y engrandecimiento; colocada, cada Cooperativa, bajo la dirección de un comunista probado, de un hombre afecto al Partido, aunque sea incompetente para el cargo; inspeccionadas y sometidas al tutelaje del Consejo de Economía nacional; imposibilitados de hacer operaciones de compra y venta a los particulares o a sus mismos socios; obligados a proveerse en los almacenes del Estado y perdido por el componente de la Cooperativa todo derecho de intervención en el funcionamiento de la misma… de la idea motriz que una Cooperativa representa, nada queda en las Cooperativas rusas, pues no son, y lo repito, sino prolongaciones de los almacenes de productores del Estado Sovietista.

Reducidos, pues, a la impotencia, los cooperatistas, no por eso hemos abandonado el ideal de toda nuestra vida. Día vendrá, y no lo suponemos lejano, en que todo esto cambie. Y si no son las mismas cooperativas, pues acaso no puedan ya utilizarse, fundando otras nuevas podremos seguir nuestro ideario de redención y apoyo mutuo entre el pueblo. De los momentos amargos de ahora, solo nos quedará entonces un doloroso recuerdo que nos servirá —podéis estar seguros— para perseverar con más entusiasmo en nuestra obra.

Había tal dejo de dolor en sus palabras, que nos retiramos sin preguntar nada más. No quisimos aumentarlo con recuerdos que lo avivase.

XVII

Otras visitas

El deseo de acoplar la mayor cantidad de informes que nos permitieran formar un juicio lo más justo posible de la verdadera situación de Rusia, nos impulsaba constantemente, activamente, a visitar aquellos lugares en los que podía lograrse esa finalidad.

Persona muy querida, a la que debemos reconocimiento por sus preciosos informes y que más de una vez nos acompañó en nuestras visitas, nos habló de la Sujarefka.

Algunos días después hicimos la visita. Como no habíamos de inquirir, ni preguntar nada, sino ver; como eran los ojos los que habían de informar, preferimos ir solos para no perder detalle.

La Sujarefka de Moscú, es una especie de Avenida, sin arbolado, y muy ancha.

Ya en tiempos del zarismo, se celebraba en la Sujarefka, diariamente, un mercado como el de los Encantes de Barcelona o Rastro de Madrid. Era el mercado de lo viejo y de lo pintoresco.

Dado el carácter de este mercado, los bolcheviques lo respetaron, y ninguna providencia adoptaron contra él.

Perseguido el Comercio en grande y en pequeño; cerradas las tiendas y castigadas con penas severísimas cuantas personas se dedicaran a transacciones comerciales, solo quedó un sitio donde todo negocio era, sino lícito, tolerado: la Sujarefka.

La importancia que adquirió este mercado, fué considerable. La transformación fué rápida, y las prendas y objetos que allí se pignoraban, no tenían punto de comparación con otros tiempos.

Al lado del par de zapatos usados se exhibía el diamante o la perla valorados en millones de rublos, valor multiplicado.

El mismo que os ofrecía un pantalón roto por las rodillas, ponía a vuestra disposición un gabán de pieles por el que os pedía cantidades fabulosas.

En el montón de suelas viejas, de zapatos usados, podríais admirar unos elegantes chapines Luis XV.

Allí se vendía y compraba de todo. Tan numerosos eran los que iban a vender, como los que iban a comprar.

Puestos de mercería, de utensilios para cocina y de comidas, donde por unos centenares de rublos os proporcionaban una tajada de carne, o un trozo de pescado y una rebanada de pan. Y las peticiones eran numerosas. Apenas se podía dar abasto.

También vendían leche, a 75 rublos el vaso. El precio variaba según la cantidad.

Se vendía carne fresca y carne podrida. El pasar cerca de algún individuo de los que vendían carne, era a veces un verdadero tormento.

Pan blanco y pan negro. Manzanas, peras; legumbres de todas clases; esencias y jabones más o menos odorantes. En fin, se vendía de todo y se comerciaba con todo.

Las violencias y brutalidades de la Tcheka, nada podían contra la imperiosa necesidad de vivir.

Las irrupciones que la odiosa policía hacía en el mercado, eran muy frecuentes, aunque la causa de ellas fuera más por quedarse con el producto de lo elegido sin pagar, que por hacer respetar las disposiciones oficiales. Al día siguiente, y muchas veces horas después, el mercado de la Sujarefka, reanudaba sus transacciones como si nada hubiera sucedido.

Y no se crea que la circulación fuera fácil. Por momentos, y en algunos sitios, se hacía dificilísima. El número de concurrentes se contaba por miles.

La vista de algunos de los objetos expuestos a la venta, nos hacía recordar la incapacidad oficial y gubernativa, con su centralización y sus confiscaciones.

Así, por ejemplo, en una visita que días antes habíamos hecho a la Maternidad, oímos cómo la directora y mujeres encargadas de los niños, se quejaban de la falta de biberones para darles la leche, mientras que allí, en el mercado de la Sujarefka, vimos los biberones a montones.

Agujas, alfileres, hilo y botones, raramente distribuía el Gobierno, pues no tenía; sin embargo, en la Sujarefka abundaban. Y así todo.

Las disposiciones oficiales contra el comercio, podían ser duras y crueles; pero más dura y cruel era la necesidad de vivir. Allí quedaba bien demostrado.

Alguna vez, los detenidos por la Tcheka, en la Sujarefka, fueron fusilados por especuladores. Había para suponer que estos fusilamientos sembrarían el terror y el pánico y que se interrumpiría aquel mercado extraoficial. Nada de eso.

Los acuciados por el hambre o por el lucro, volvían a su puesto. Suponían que les podría pasar lo que al compañero fusilado; pero el hambre, terrible, negra, amenazadora, los lanzaba nuevamente al mercado. Para vivir, había que hacer aquello; y se hacía por encima de la Tcheka y de los fusilamientos.

* * *

También visitamos la Tcheka. Se nos había hablado del Museo que la famosa y temida policía creara, y quisimos verlo. Dispuestos a enterarnos de todo, ¿por qué no enterarnos de las grandes acciones que se atribuían al famoso organismo de seguridad revolucionaria?

Porque la Tcheka era esto: la policía del Partido Comunista y la órbita en donde se movían los verdugos al servicio de la Comisión extraordinaria que presidía el actual Comisario del Interior, camarada (?) Djerzinsky.

Para la vigilancia de las calles y represión de los hechos delictivos, vulgares, había patrullas de soldados. La Tcheka tenía por misión perseguir a los contrarrevolucionarios, custodiar las personas de los

Comisarios y ejecutar las sentencias de muerte que el Tribunal revolucionario dictaba. La misión, era bien triste y odiosa; pero los bolcheviques no supieron prescindir de ella.

La admiración por la Tcheka era tal, que más de una vez fuimos nosotros los admiradores de esas alabanzas.

A creer a algunos comunistas, sin la Tcheka, la revolución hubiera sido vencida, y Rusia, entregada a la voracidad insaciable de las hordas contrarrevolucionarias.

¿Cómo perder la ocasión de una visita al Museo de tan útil como *revolucionaria* institución?

Al llegar al domicilio de la Tcheka, una mujer, con aire de persona importante y cierto empaque de superioridad, nos sometió a un Interrogatorio.

Reconocida nuestra personalidad de delegado a la Tercera Internacional, algo equivalente a los Embajadores diplomáticos en los países capitalistas, se nos dieron excusas y se nos franqueó la entrada.

Al intérprete oficial que nos acompañaba, unióse un empleado tchequista, de alta categoría en el mismo Museo.

Una vez en el primer piso, penetramos en el Salón donde se encontraban los objetos expuestos.

El Salón no era grande, ni los objetos expuestos muchos. Revelaban, sin embargo, lo cruel de la lucha entablada entre las distintas fracciones antibolcheviques y las bolcheviques.

Lo primero que se ofreció a nuestra vista, fué una bandera negra, quemada, rasgada y perforada por las balas. En una vitrina, había piezas de revólveres, cascos de bombas y armas blancas requemadas por el fuego.

Preguntamos por el origen de aquellos restos.

—Son —nos dijeron— las armas encontradas junto a los cadáveres incinerados de la casa de los anarquistas, después del atentado por ellos cometido contra los bolcheviques en la calle Leontyesky.

Cuando se supo quiénes fueron los autores del lanzamiento de la bomba, en la calle Leontyesky, que costó la vida a catorce comunistas, y ocasionó más de treinta

heridos, se sitió la casa donde se habían refugiado, y como a las intimaciones de que se rindieran, respondieran siempre disparando contra los agentes de la Tcheka, incendiaron la casa para reducirlos por este procedimiento. La bandera negra, enseña del grupo que cometió el atentado y que flameaba al viento en el balcón, es esa que veis ahí.

Se nos mostró la guerrera que llevaba el almirante Kolchack al ser fusilado, después de su derrota en Siberia.

Vimos banderas y estandartes tomados a los Ejércitos contrarrevolucionarios y a entidades o grupos políticos que en algún momento, hicieron armas contra el Gobierno.

Nos llamó la atención una serie de instrumentos contundentes de forma primitiva, entre los que se encontraba una especie de pistola construida con los restos de un fusil Mauser.

Había bastones toscos, palos largos con una o dos arandelas de hierro al extremo inferior y en forma de contera. Otros, más cortos, que en lugar de las arandelas llevaban una cadena y sujeta a ella una bola de hierro de forma hexagonal.

El golpe con uno de estos bastones había de ser mortal o de un daño incalculable.

Armas blancas de toda forma y de todos los tamaños, y una serie de instrumentos cuya única finalidad era la de herir o producir la muerte.

A preguntas nuestras, nos dijeron que todas aquellas armas habían sido recogidas en las refriegas habidas con los destacamentos de soldados rojos encargados de las requisiciones violentas dirigidas contra los campesinos.

Desarmado el pueblo por disposición gubernamental, afrontó a las patrullas como pudo, improvisando armas y defensas.

Luego se nos mostraron fotografías. Aquí pudimos comprobar los horrores de la política económica bolchevique.

Grupos de cadáveres de soldados rojos mutilados por los mujiks. A veces, después de lapidados y mutilados, los

quemaban. La venganza y el odio dictaban el exterminio.

Junto a las fotografías de estos grupos de soldados rojos, se veían otras de aldeas arrasadas por los soldados enviados para ejercer represalias después de haber ametrallado a todos sus habitantes. Hombres, mujeres, niños y ancianos; todos habían sucumbido. El procedimiento era expeditivo y...práctico.

Llegaban. Un grupo de ametralladoras rodeaba el pueblo; abrían fuego y continuaban hasta que el incendio lo consumía todo.

¿Sentencia? ¿Sumaria contra los posibles autores de la muerte de los soldados? ¡Para qué! Eran contrarrevolucionarios. Había que exterminarlos a todos. Gengis-kan debía sonreír en su tumba.

Una nota de crueldad inútil, de un refinamiento de tártaro primitivo, se nos dió al mostrarnos un guante fabricado con la piel de la mano de un soldado rojo prisionero de Kolchack. La barbarie de este almirante nada la revela como aquella piel arrrugada con las uñas adheridas; daba calofríos de horror.

Si otras crueldades y violencias no fueran suficiente para execrar la memoria del almirante Kolchack, el protegido de los ingleses, tan ponderados, y de los norteamericanos, tan amantes de la “Libertad”, bastaría a cubrirle de oprobio y de vergüenza la piel arrancada en vida de la mano de un soldado rojo caído prisionero.

Horrorizados por esta visión abandonamos el Museo tchekista; y el recuerdo de lo que dejábamos al abandonar el Museo nos persiguió durante varios días.

Todo el horror de la guerra civil, con sus crueldades y violencias, con sus odios y venganzas, con su afán de triunfar unos sobre otros, se hallaba encerrado en aquel recinto.

Avergonzado sin duda de su propia obra, el terror partidista se escondía en la penumbra del salón que acabamos de visitar. Era su lugar más apropiado.

* * *

Se han dicho, propagado y escrito verdaderas atrocidades, feroces diatribas contra la Tcheka rusa. Contra esta institución se ha alzado la más vehemente protesta del pueblo ruso. De ninguno de los cuerpos policíacos de Europa y del mundo entero, podría decirse nada parecido en punto al sistema terrorista desarrollado.

Ostenta poderes omnímodos. Por encima de la voluntad de Lenin y del Consejo de Comisarios del pueblo ha imperado siempre la voluntad prepotente de la Tcheka.

Irresponsable en sus actuaciones, dependiendo solo de la Comisión extraordinaria, y fuera ésta de toda inspección del Partido comunista; confiada su acción a la voluntad de un solo hombre, con plenos poderes y absoluta irresponsabilidad, puede deducirse fácilmente lo que la Tcheka representa en Rusia.

La Tcheka ha sido nutrida de casi todos los elementos de la policía de seguridad zarista; ha venido actuando a pretexto de supuestas o reales acciones contrarrevolucionarias; sus componentes son remunerados con largueza, gozando de emolumentos y de privilegios a veces superiores a los del mismo jefe del Gobierno. La misma Tcheka, a pretexto de su seguridad personal, negaba en determinados momentos al jefe de Gobierno peticiones que éste le hacía. La Tcheka lo podía todo, lo era todo.

Como prueba de los privilegios que gozaban sus miembros, citaremos lo siguiente.

De regreso al Hotel, el día que visitamos el mercado de Sujarefka, tuvimos sed y no encontrábamos modo de saciarla.

Caminando, dimos con una tienda de comestibles, en la que se vendía una bebida espirituosa de frutas.

Entramos, pedimos aquella bebida y se nos sirvió; pagamos por ella setecientos rublos y nos marchamos.

Inquirimos después la razón de que no se hubiera cerrado aquella tienda. Era de uno de los jefes de la Tcheka de Moscú.

La prohibición de todo comercio no rezaba para aquel alto personaje. Allí se compraba y se vendía, a despecho de

todas las dictaduras habidas y por haber.

No queremos hacernos eco de los muchos abusos que se nos delataron, imputados a la Tcheka. Bastarían ellos solos para llenar muchas páginas; no faltará quien lo haga seguramente.

Pero mientras eso llega, afirmemos que los abusos que se le achacan, han sido reconocidos hasta por los bolcheviques.

Sabido es la afición que éstos tienen por las estadísticas y gráficos propagadores de su obra.

La Tcheka, por no ser menos que los demás organismos, también tiene su libro estadístico y sus gráficos. Cuáles y cuántos no serán los horrores que narra, que al mes de publicarse, el Consejo de Comisarios del Pueblo ordenó se retirara de la circulación, conminando con severas penas a quienes tuvieran un ejemplar y no lo devolvieran.

Este hecho dice más en contra de la Tcheka que cualquier otro argumento.

XVIII

Una visita a Kropotkin

El pensamiento de Kropotkin, acerca de la revolución rusa, se desconocía en Europa por entonces.

Al silencio que el maestro guardaba, dábasele variadas interpretaciones. Para unos, era señal de conformidad y adhesión al régimen bolchevique; para otros, su actitud frente a los acontecimientos desarrollados en Rusia, era la única procedente y lógica.

¿No era natural que intentásemos, ya que la ocasión nos era propicia, conocer su pensamiento?

Aparte de esta circunstancia, muy tentadora por cierto, quedaba la satisfacción íntima, personal y particularísima de conocerle, de tratarle, de conversar con él unos momentos. Íbamos a escuchar la palabra de una de las más recias y respetadas mentalidades de Europa y del mundo.

Facilitó nuestro deseo el amigo y camarada Souchy, Delegado de los sindicalistas alemanes, que se encontraba allí en viaje de estudio y de información. Él fué quien nos presentó a Sacha Kropotkin, la hija de Pedro, que vivía en la calle Leontyesky.

De acuerdo con Souchy y Sacha, hicimos una visita a ésta y quedamos de acuerdo para ver a Kroptkin en Dimitrof.

No recordamos bien si fué un domingo de fines del mes de julio o de principios de agosto cuando partimos temprano.

La estación estaba lejos; llevábamos algunos paquetes de provisiones que los camaradas del Club anarquista nos habían dado para Kropotkin y el tiempo era justo.

Buscamos, pues, un vehículo y por cinco mil rublos se nos condujo a la estación.

Hubimos de guardar fila para tomar billete. Algunas personas, las que ocupaban los primeros puestos, esperaban turno desde el día anterior. Se habían pasado la noche en la estación. Si formábamos nosotros en la fila era más que probable que no saldríamos hasta la tarde.

Sacha nos dijo entonces que hiciéramos valer nuestra personalidad de delegados ante la Comisión extraordinaria de la estación, con lo cual lograríamos partir en aquel tren.

Siempre nos han repugnado esas preferencias y solo hemos acudido a ellas en casos verdaderamente excepcionales.

Vimos, pues, al presidente de la Comisión. Todo esto pudo haberse evitado pidiendo en el Hotel un pase de viaje a Dimitrof, pero quisimos prescindir de la concesión oficial para obrar con más libertad. La cuenta, como se ve, nos salió al revés, aunque al final el resultado fuera el mismo.

Presentada al presidente de la Comisión extraordinaria nuestra carta de delegado, al instante se nos entregaron los billetes. Además se nos acomodó en el coche de la Comisión extraordinaria.

En marcha el tren, entablamos conversación con algunos de los viajeros, valiéndonos de Sacha como intérprete.

Nuestro principal interlocutor era un soldado, que nos hablaba con entusiasmo de la misión casi mesiánica que había de realizar el Ejército rojo. Según él, se completarían los cuadros del Ejército lo más fuertemente posible; se les proveería del mejor y más perfeccionado armamento, y así equipado, por enseña la estrella roja y por lema ¡muerte a la burguesía! el Ejército Rojo ayudaría a implantar el comunismo en todo el mundo. Era el poseído, el místico, el fanático de una idea que no conoce ni comprende, pero que está sugestionado por razonamientos ajenos, puramente subjetivos y sin valor.

Producía tristeza aquella dialéctica de boletín del Ejército rojo que así influía y desviaba mentes vírgenes y sin ideario de ninguna clase.

Sus profecías, sus afirmaciones sobre la inminente

marcha irresistible del Ejército rojo a través del mundo, saludado y recibido por los aplausos y vítores de los pueblos conquistados, y las apoteosis con que los pueblos lo recibirían, parecían más los del Apocalipsis que razonamientos de persona con un adarme de sentido común.

La conversación decayó pronto. No quisimos seguir al neófito comunista en su marcha triunfal a través del mundo, y menos viajando en un tren que apenas si marchaba a veinte kilómetros por hora.

Observando a los demás viajeros, nos fijamos en un soldado que llevaba al cuello un "pendentif" de señora. La cadenita que lo sostenía era de oro, y el "pendentif" de perlas, con un diamante en el centro. Aquella alhaja era, indudablemente, producto del saqueo.

El soldado era hijo de unos humildes aldeanos, cerca de Dimitrof a donde se dirigía a pasar una temporada.

El mismo desenfado con que lo llevaba probaba que no conocía ni el uso ni el valor del adorno.

Las sesenta verstas que separan a Moscú de Dimitrof, parecían multiplicarse fantásticamente, pues ya llevábamos más de tres horas de tren y aún no se acercaba el momento de echar pie a tierra.

El tráfico de viajeros de unos coches a otros era continuo. Todos buscaban, en vano, mejor acomodo.

Como Dimitrof era estación límite del tren que nos conducía, los numerosos viajeros se extendieron rápidamente por los andenes apenas paró.

Siempre guiados por Sacha, tomamos un camino o calle que conduce al centro del pueblo; más antes de llegar a él, dejándolo a la izquierda, continuamos recto y tomamos por una pendiente.

Habíamos andado unos cuarenta pasos, cuando torcimos a la izquierda y nos metimos por una calle que se extendía entre jardines, en el centro de los cuales se alzaban chalets a estilo de los que existen en algunos cantones suizos.

Al promedio de la calle, Sacha se dirigió a una puerta

diciendo: “Ya hemos llegado. Como no sabe papá qué día vendríamos a verle, no ha salido a recibirnos. Pero es igual. Le cogeremos de sorpresa y estará más contento”. Así fue.

Avanzamos por un espacioso jardín, todo abandonado, hacia un palacete que se veía al centro, y cuando ya estábamos a pocos pasos, la madre de Sacha nos recibió.

Madre e hija se abrazaron cariñosamente.

Después de la presentación de rigor, la inseparable compañera de Kropokine, que se había convertido en horticultora para subvenir a las necesidades de la vida, estrechó nuestra mano fuertemente, mostrando su viva satisfacción por la visita.

Mientras cambiábamos la compañera de Pedro y yo algunas palabras, Sacha entró en la casa a saludar a su padre y anunciarle nuestra llegada.

Pronto apareció, encuadrada en el marco de la puerta, la figura grandiosa del maestro.

Estaba algo demacrado, reflejándose en su rostro ese rictus irónico que imprimen los sufrimientos morales.

Ante la aparición de aquella figura de renombre universal, a la que daba aspecto de apóstol la barba blanca que cubría su rostro, sentimos una profunda emoción.

Mientras la compañera de Kropokine nos preparaba sillas en un amplio mirador que servía de acceso a la vivienda, Pedro se nos acercó y abrazó estrechamente. La emoción nos invadía.

Nos hallábamos ante una de las más recias mentalidades del pensamiento europeo, y el exacto conocimiento de nuestra insignificancia nos sobrecogía como unos niños.

Kropotkin, que conocía bastante bien el movimiento anarquista y sindicalista español, solicitó que ampliáramos sus últimas noticias.

Hablamos largo, explicándole detalladamente la intensidad del movimiento anarquista durante los últimos cinco años, más soslayando toda alusión respecto a la actitud suya frente a la guerra.

Sacha nos lo había encargado sobremanera. Los

ataques cardíacos a que era propenso se producían en cuanto se acaloraba en una discusión. Y como al discutir sobre la actitud suya en la guerra habríamos de entrar en una discusión acalorada, lo mejor era obviarlo. Y aunque Pedro insinuó la cuestión, procuramos desviarla diciendo que habíamos adoptado una posición opuesta por creerla más en concordancia con nuestro criterio anarquista.

Pasamos todo el día en compañía de aquella familia, que solo atenciones y miramientos tuvo para nosotros.

Regresamos a Moscú por la tarde.

Dos veces más vimos a Kropokine; una en Dimitrof, adonde fuimos a visitarle, y la otra en Moscú, en casa de Sacha.

Había venido a Moscú, a pesar de las dificultades y molestias del viaje, para visitar a Lenin y hablar con él. Pero Lenin no le quiso recibir. A pretexto de ocupaciones perentorias, no quiso distraer unos minutos en escucharle. Verdad es que envió a su secretario particular para que se informase de lo que Pedro quería, pero fué una desatención de ensoberbecido no recibir a aquel hombre que iba a pedir no se consumara un crimen horrendo. Digamos que no se consumó gracias a la intervención de Kropotkin.

Se trataba de la pena de muerte que el tribunal sovietista quería aplicar a diez cooperatistas denunciados por un agente de la Tcheka como conspiradores contrarrevolucionarios.

La fantasía de aquel agente había imaginado un terrorífico complot, en donde solo había la sorda protesta de unos descontentos.

Por lo que Kropotkin mismo nos dijo, pudimos saber que los procesados, para quienes se pedía pena de muerte, se hallaban un día en su local social conversando amigablemente. De derivación en derivación, llevaron la conversación al terreno político y alguno aventuró la idea, que los demás confirmaron, de que sería precisa una conspiración de todos los descontentos con el régimen bolchevique para destruirlo.

Estas palabras llegaron a oídos del tchequista y las

trasmitió a la Comisión extraordinaria, la que ordenó el arresto y procesamiento de los diez individuos.

Conocedor Pedro de cómo habían pasado las cosas, al saber que iban a ser juzgados y de que el acusador soviético pedía pena de muerte, quiso hablar con Lenin para decirle que "el fusilamiento de aquellos diez hombres sería la vergüenza mayor, la mancha más negra que el bolchevismo se echaría encima".

Y consiguió su intento. Los libró de la muerte; aunque no de los diez años de presidio a que cada uno de ellos fueron condenados.

De lo que hablamos durante nuestras conversaciones con Kropotkin, omito todo en atención a la calidad de estas páginas, pero quiero hacer constar que fué muy interesante.

El concepto que a Kropotkin merecía la revolución era muy rico en matices y en enseñanzas para todos, aunque más particularmente para nosotros los anarquistas.

La complejidad del movimiento revolucionario ruso hallaba en su privilegiada mentalidad el intérprete más sincero y más verídico.

¡Lástima que Kropotkin no haya vivido unos años más, para que su pensamiento hubiera sido concretado en algunas páginas!

De los bolcheviques no decía gran cosa. Los consideraba Como a *babeufistas* consumados. Para él Lenin y sus teorías, como el comunismo de Carlos Marx y de todos los marxistas, no era otra cosa que las teorías de Babeuf barnizadas con algunos modismos de actualidad.

Un día nos preguntó si de regreso a España escribiríamos algo sobre Rusia.

—Si escribís un libro hablando de Rusia, tituladlo "Comment on fait pas une revolution" ("Cómo no se hace una revolución"). Porque toda la crítica que se haga de los bolcheviques y de su modo de interpretar la revolución debe tender justamente a demostrar cómo no es posible hacer una revolución adoptando sus sistemas y premisas.

Acuciado por el deseo de conocer cuáles fueran las cuestiones de su predilección en aquel momento, nos dijo

contestando a preguntas nuestras:

—Temeroso de que los bolcheviques inutilicen lo que pueda escribir de la revolución, nada escribo sobre ella; tomo apuntes nada más. Estamos también demasiado cerca de los acontecimientos y de sus hombres para que el pensador no sea influenciado excesivamente por los unos y por los otros. Esta es la principal razón de mi abstención.

Pero para no perder el tiempo, escribo sobre ética, pues leyendo una página de Bakounin me sugirió la idea de hacerlo, y a ello consagro mis horas y mis días; mas el trabajo me resulta penoso.

La falta de relaciones con el mundo intelectual exterior y las dificultades que el régimen establecido y mi salud acumulan, hace que no pueda avanzar con la rapidez debida, y que solo tras inauditos esfuerzos pueda lograr lo que me propongo.

Inquirimos acerca de su situación económica, que no resultó ser muy desahogada. Vivía, más que de la ración que le tenía asignada el Comisariado de Abastecimientos (ración de sabio), de lo enviado por los camaradas de todos los confines de Rusia.

—Vivo mal —nos dijo— pero aún puedo considerarme dichoso. Millones de rusos viven muchísimo peor que yo.

—¿No desearíais volver a Inglaterra o a cualquier otro país?

—Ardientemente —contestó.

—¿Por qué no lo solicitáis del Consejo de Comisarios del Pueblo?

—Porque no quiero recibir una respuesta negativa de la Tcheka, de esa vergüenza que deshonrará al régimen bolchevique, que es la dueña y señora de las acciones de todos los rusos.

Solo las personas gratas a la Tcheka, aunque fueran miserables bandidos en el régimen zarista, pueden obtener el permiso de salida al extranjero.

Prefiero morir en Rusia, consumirme en esta inacción, soportar el hambre y el frío, antes que someterme a los mandatos de esa institución.

* * *

Debíamos marcharnos.

El samovar, que con su forma panzuda se erguía sobre la mesa lanzando hacia el techo los vapores del agua hirviente, proyectaba una pequeña sombra entre los dos.

Declinaba el día. El crepúsculo ponía una nota de tristeza en sus palabras. ¿Presagiaba su próximo fin?

El invierno pasado había sido muy cruel para Kropotkin. Sin leña, casi sin luz y sin alimentos, las privaciones habían quebrantado su organismo, minado también por los años.

El que se acercaba sería aún más cruel.

La situación económica de Rusia se hacía más grave y difícil cada día. ¡Bien lo notaba Kropotkin!

La generosidad de los compañeros, la solidaridad y apoyo que éstos le prestaban enviándole lo que podían, era el barómetro que señalaba un notable descenso.

Los envíos se espaciaban, se hacían más intermitentes. A veces, una carta de disculpa los acompañaba. "Hubiéramos querido enviarte antes estos pequeños obsequios —le decían—, pero no hemos podido. ¡Si supieras, Pedro, las dificultades que tenemos para aprovisionarnos en este pequeño rincón!...".

Con estas palabras disculpaban aquellos generosos compañeros, perdidos en alguna aldea de la inmensidad rusa, el no poder ayudarle más eficazmente, y ellas acusaban las privaciones a que se habían sometido para cumplir un sencillísimo deber de solidaridad.

Al despedirnos del Maestro, estrechamos fuertemente su mano; nos abrazamos y recibimos su beso fraternal.

—Saludad en mi nombre —nos dijo— a todos los anarquistas de España, de quienes conservo afectuosos recuerdos. Mirad —añadió mostrando un hermoso reloj de oro—. No sé si recordaréis...

—Sí; sí nos acordamos —interrumpimos.

—Decidles que aún lo conservo. Que no olvidaré nunca este hermoso rasgo de los anarquistas españoles, debido a la

iniciativa de los camaradas de La Coruña.

La inscripción que lleva en el interior de su tapa: (“A iniciativa de los anarquistas de La Coruña, a Pedro Kropotkin, en sus bodas de plata”) será siempre para mí un grato recuerdo de los camaradas españoles.

XIX

Hablando con Lenin

El segundo Congreso de la Tercera Internacional finalizaba.

La posición ideológica de los diferentes delegados que a él concurríamos, se despejaba un tanto.

Había casos irreductibles; otros, en cambio, se habían doblegado poquito a poco.

Pero —fenómeno curioso—, cuando el Congreso terminaba, se desató la actividad de la mayoría de los delegados.

Había algunos, entre ellos Bombacci, componente de la delegación italiana que durante el Congreso, concurría a una sesión para faltar a tres, y entonces, terminado, se le veía ir y venir, incansable, atareado, inquieto. No cesaba de visitar al Comité de la Internacional y celebrar conciliábulos con él.

Al revés que Serrati. Hasta mediadas las tareas del Congreso, Serrati era un hombre indispensable, el orador obligado en todos los mítines de alguna importancia, el hombre a quien se consultaba para todo, sobre todo y en todo. ¿Qué había pasado?

Los hechos lo han manifestado después, y no es aquí donde debemos recogerlo.

Algo idéntico pasaba con otras delegaciones.

Pero nuestro asombro no tenía límites al ver cómo delegados intransigentes antes, ponían cara de satisfacción y aconsejaban transacción y acuerdo.

Los requerimientos a los delegados para que visitaran al Comité, se hacían contínuamente. Hemos de advertir que a nosotros y a algún otro delegado, no se nos hizo ningún requerimiento. Y los delegados concurrían. No sabemos de

qué se trataba; pero las defecciones en el campo de los intransigentes se notaban en cada sucesiva sesión. A la penúltima concurrió Lenin.

Como las cuestiones a discutir carecían de interés y, además, ya todo se arreglaba entre bastidores, y deseando, por nuestra parte, volver a España cuanto antes, aprovechamos aquella ocasión para saludar a Lenin y despedirnos de él.

En tanto que traducían su discurso al inglés, como le viéramos en disposición de irse, nos dirigimos hacia él y le alcanzamos al llegar a la puerta del bufet.

—¿Cuándo pensáis marcharos? —nos dijo.

—A la mayor brevedad. Sólo nos resta realizar algunas informaciones; terminadas, partiremos.

—Quedaos algún tiempo más.

—No —le dijimos—. No podríamos ampliar mucho más, sin estar mucho tiempo, los informes que tenemos. Nuestra permanencia aquí algunas semanas más no tendría ya ningún interés. Y, en cambio, los compañeros de España, podrían reprocharnos el retraso.

—Como aún estaréis algunos días en Moscú —dijo— ¿no os sería grato que habláramos un rato a solas?

—Con mucho placer. No habíamos hecho ninguna indicación en ese sentido por temor a ser molestos.

—De ninguna manera —respondió Lenin—. Pero como yo tengo muchas ocupaciones y pudiera ser que me olvidara de avisaros, ¿queréis recordármelo el martes próximo por teléfono? El martes podré deciros el día y la hora para hablar.

Al día siguiente, viernes, celebróse la última sesión oficial del Congreso, acordando en ella, que se fijara para el próximo domingo la sesión de clausura, y como hora para celebrarla la de las tres de la tarde, en el gran teatro de la Opera, de Moscú.

Sábado y domingo los pasamos ordenando nuestras notas. Fijamos también el orden de los trabajos de investigación que pensábamos realizar.

La mañana del lunes la destinamos a ordenar los

apuntes de las últimas sesiones del Congreso, y permanecimos sin salir del hotel.

A las once de la mañana, aproximadamente, el comandante nos llamó urgentemente a su despacho.

Por conducto del intérprete nos hizo saber que Lenin había preguntado por nosotros y había ordenado que se pusiera un auto a nuestra disposición.

Este no se hizo esperar. Apenas acabábamos de recoger los cuadernos y las cuartillas esparcidas sobre la mesa de trabajo, el intérprete vino a avisarnos que el coche esperaba.

Acompañado de un comandante militar partimos al instante.

Entramos en el Kremlin por la puerta por la que, habitualmente, entraban los delegados.

Al descender del auto, el cabo que mandaba la patrulla de guardia nos pidió el nombre, y después de cotejarlo con el que figuraba en el orden que llevaba mi acompañante, habló con éste en ruso y nos permitió el acceso.

Al llegar al primer piso, otra pareja de soldados repitió la operación.

Continuamos subiendo.

En el rellano de la escalera y de acceso al segundo piso, el cabo que mandaba la patrulla, compuesta de cuatro soldados, volvió a comprobar nuestra identidad. Pero, fuere que la pronunciación de mi nombre no le satisficiera, o que esa fuere la consigna, lo cierto es que se dirigió a un aparato telefónico consultando.

Recibida la respuesta, nos dejó continuar por el pasillo en dirección al despacho de Lenin. Pero antes de llegar a la entrada había una mesa, con un libro registrador.

Mi acompañante se dirigió al comandante, le entregó la orden que llevaba y se retiró. Su misión había terminado.

El comandante nos preguntó nuevamente el nombre y lo cotejó con el de la orden y lo anotó en el libro que tenía delante.

¡Al fin!, terminada la operación, se levantó, nos acompañó hasta la puerta, abrió y nos invitó a pasar a un

descacho, en donde, en el mayor silencio y actividad, trabajaban seis mecanógrafas.

A los pocos momentos de antesala se nos condujo al gabinete de trabajo de Lenin.

El despacho de Lenin estaba amueblado con sobriedad. Todo lo superfluo había sido descartado.

Un grandioso mapa de Rusia; alguno más pequeño de otros países: una mesa de trabajo abarrotada de documentos y papeles; algunas sillas; unas butacas y sillones. Este era todo el mobiliario.

Apareció Lenin.

Sonriente nos tendió la mano que apretamos con verdadera efusión y nos sentamos frente a frente.

Estaba contento, alegre, satisfecho.

—¿Estáis contento del trato que os hemos dado los comunistas? —preguntó.

—Mucho —contestamos—. Habéis tenido en todo momento atenciones y respetos que nosotros hemos sabido apreciar en su valor. Si así no fuera, si nuestra discreción hubiera sobrepasado en algún punto el límite de lo debido, os rogaríamos nos exculpáseis.

—Nada de eso. Desde el primer momento, hemos recibido las mejores impresiones. No importa que no participéis de nuestro pensamiento, ni que no seáis uno de los nuestros. Sabemos que vuestra discrepancia de criterio os ha mantenido en todo momento alejado de ligerezas impropias de la seriedad requerida.

Haciendo una breve transición, añadió luego:

—Pasando a lo interesante. ¿Podríais ampliarme algunos detalles del informe que habéis presentado a la Tercera Internacional, sobre la situación de las diferentes fuerzas políticas y sociales de España?

Le dí los detalles que solicitaba y continuó:

—Es decir, que seguís rechazando la dictadura del proletariado, la centralización y la necesidad de formar en España el Partido Comunista para hacer la revolución.

—Nosotros seguimos firmes en nuestro criterio, en nuestras afirmaciones y principios.

—¿No os ha convencido la obra de Rusia?

—Lo visto en Rusia, lo observado en Rusia, y las conclusiones que sacamos del conjunto aquilatan nuestro criterio.

No hemos de ocultaros que, cuando nos dirigíamos desde París aquí, una duda nos asaltaba de continuo. Ante lo desconocido, sugerido y vacilante, nos hicimos muchas veces esta pregunta: "¿Estaremos equivocados los anarquistas en los aspectos fundamentales de nuestra doctrina?". Y no he de ocultaros el temor con que veíamos acercarse el momento de tener, acaso, que suscribir la negación de aquellas ideas defendidas por nosotros con tanto ardor y que formaron el pequeño bagaje intelectual de nuestra vida. No se renuncia sin dolor, cuando se piensa honradamente, a las ideas que nos han sido caras. Es una página que hemos de arrancar a la historia de nuestra vida. Y esas amputaciones son siempre dolorosas. Pero lo visto y observado en. Rusia han confirmado y fortificado nuestras convicciones.

—Entonces, ¿seguís creyendo que no es necesaria la dictadura del proletariado? ¿Cómo pensáis que pueda destruirse la burguesía? ¡No creeréis que pueda hacerse sin una revolución!

—De ninguna manera. La burguesía no se dejará expropiar pacíficamente. Opondrá a las acometidas del pueblo que tal intente la más feroz resistencia, y una revolución se hace inevitable. Será más o menos violenta; esto depende de la resistencia que la burguesía oponga; pero es inevitable la revolución cruenta.

Ahora bien; la diferencia entre el pensamiento bolchevique y el nuestro se manifiesta a partir de este instante.

La revolución es un acto de fuerza. Esto es indiscutible. Pero la revolución no es la dictadura del proletariado.

Dictadura es imposición de gobierno, de autoridad, de unos, pocos o muchos, que dispongan de todo a su arbitrio en nombre propio o colectivo, frente a otros, que deben obedecer sin replicar, so pena de sanciones y de violencias,

ejecutadas por personas autorizadas para ello con mandato, con autoridad indiscutible.

Revolución no es eso. La revolución es el pueblo en armas, que cansado de soportar injusticias, de ser privado de sus derechos, de una explotación que le niega el derecho a la vida, protesta de ellas; toma las armas, sale a la calle e impone por la fuerza del número la organización social que cree más justa. En esto hay violencia; cierto; pero no hay dictadura.

Claro que por una deducción arbitraria y capciosa podríase, con cierta sutileza de ingenio, llegar a unir estos dos extremos: revolución y dictadura. Pero la verdad y la realidad, que se esconde tras el valor y contenido de cada uno de esos dos conceptos, nos demostraría al instante lo artificioso de tal razonamiento y lo endeble de la argumentación.

Para mejor concretar nuestro pensamiento, es decir, para ser más explícitos, podemos sintetizar así: la Revolución es causa; la dictadura puede ser el efecto de esta causa. Confundir lo uno con lo otro, no me parece cosa fácil, cuando no se atraviesa la premeditación de una imposición directriz.

—Pero, la revolución, ¿no es imposición? ¿No se obliga a la burguesía a que abandone sus privilegios de clase?

—Cierto, que la revolución es imposición; pero la acción revolucionaría del pueblo no es dictadura. Y si se quiere sutilizar el valor intrínseco de cada palabra y de cada concepto, para sacar conclusiones favorables a una tesis cualquiera, os diré que no se la “obliga al abandono de sus privilegios”, sino que se la “desposee”, cosa que no es lo mismo.

Cuando se “obliga”, es que ha habido acuerdo previo, que existe un mandato, por el cual se ordena, y cuando se ordena, se dicta; mientras que cuando el pueblo, “desposee” no existe ni mandato, ni orden, ni acuerdo previo. Esto último, tiene valor revolucionario neto. Lo demás, no.

Pero creo que es inútil sutilizar sobre conceptos.

Hablando, pues, de conceptos generales, ahora más que

nunca, creemos, que la dictadura del proletariado, la organización o constitución de un Gobierno de clase —asalto al Poder, para dictar leyes a quienes las dictaban ayer—, no es indispensable en una revolución de carácter social, como la que demandan los tiempos que vivimos. Basta desposeer a la burguesía y armar al pueblo, para que esa finalidad se logre.

En cuanto a la defensa de la Revolución y sus conquistas, los mismos hechos acaecidos en Rusia, demuestran cómo el pueblo sabe defenderse, llegando al sacrificio de su propia vida.

El sometimiento del pueblo subsiste por la preponderancia económica de la burguesía. Quítesele el medio de ejercer esa preponderancia, y la sumisión habrá terminado. Entréguese a los Sindicatos la organización del trabajo y la distribución de lo producido y se verá cómo la burguesía no vuelve a levantar la cabeza. Tal es nuestro criterio personal nacido de lo observado aquí, en Moscú, en Rusia.

—Veo que no hay medio de convenceros. Entonces, ¿tampoco aceptáis la centralización y la disciplina?

—Los resultados de vuestra centralización, proclaman bien claramente su fracaso en el orden político y económico. Por los informes acopiados en los diferentes Comisariados las conclusiones que sacamos de la centralización política y administrativa, son completamente opuestos a los que saca vuestro partido. El bolchevismo afirma —así lo deducirnos de los discursos pronunciados en el Congreso— que las dificultades políticas y económicas que en Rusia se producen, obedecen a falta de centralización y disciplina, y piden más disciplina y más centralización.

Nosotros opinamos lo contrario.

Cuanta más centralización y disciplina impongáis, mayores serán las dificultades y más difíciles de vencer.

—Error; estáis en un error, Pestaña.

—Es posible, aunque no lo creemos. Solo el tiempo podrá demostrarlo cumplidamente. ¡Claro que en

momentos como los que vivimos, es dolorosa esta conclusión! Mas no hay otra. De todos modos, y sin entretenernos más que lo indispensable en estas cuestiones teóricas, hemos de pensar que vivimos para subvertir el régimen capitalista, y esto no se logrará si no es haciendo la revolución.

—Eso es lo fundamental. Y aunque en todos los países no tenga los mismos matices, y evitando o corrigiendo los errores en que nosotros hayamos caído, lo esencial ahora es hacer la revolución en los otros países. Emancipar al proletariado de la dictadura burguesa.

Y a propósito: ¿qué concepto, como revolucionarios, os merecen los delegados que han concurrido al Congreso?

—¿Queréis que os sea franco?

—Para eso os lo pregunto.

—Pues bien, aunque el saberlo os cause alguna decepción, o penséis que no sé conocer el valor de los hombres, el concepto que tengo de la mayoría de los delegados concurrentes al Congreso, es deplorable.

Salvando raras excepciones, todos tienen mentalidad de burgués. Unos por arrivistas y otros porque tal es su temperamento y su educación.

—¿Y en qué os fundáis para emitir juicio tan desfavorable? ¡No será por lo que han dicho en el Congreso!

—Por eso exclusivamente, no; pero me fundo en la contradicción entre los discursos que pronunciaban en el Congreso y la vida ordinaria que hacían en el hotel. Las pequeñas acciones de cada día, enseñan a conocer mejor a los hombres que todas sus palabras y discursos. Es por lo que se hace y no por lo que se dice, por lo que puede conocerse a cada uno.

Muchos granos de arena acumulados hacen el montón. No el montón a los granos. La infinita serie de pequeñas cosas que hemos de realizar día tras día, demuestran mejor que ningún otro medio, el fondo verdadero de cada uno de nosotros.

¿Cómo queréis, Lenin, que creamos en los sentimientos revolucionarios, altruistas y emancipadores de muchos de

esos delegados que en la vida de relación diaria, obran, ni más ni menos, como el más perfecto burgués?

Murmuran y maldicen de que la comida sea poca y mediana, olvidando que somos los delegados extranjeros los privilegiados en la alimentación, olvidando lo más esencial: que millones de hombres, mujeres, niños y ancianos, carecen, no ya de lo superfluo, sino de lo estrictamente indispensable.

¿Cómo se ha de creer en el altruísmo de esos delegados, que llevan a comer al hotel a infelices muchachas hambrientas a cambio de que se acuesten con ellos, o hacen regalos a las mujeres que nos sirven para abusar de ellas?

¿Con qué derecho hablan de fraternidad esos delegados, que apostrofan, insultan e injurian a los hombres de servicio en el hotel, porque no están siempre a punto para satisfacer sus más insignificantes caprichos? A hombres y mujeres del pueblo los consideran servidores, criados, lacayos, olvidando que acaso alguno de ellos se haya batido y expuesto su vida en defensa de la revolución. ¿De qué les ha servido?

Cada noche, igual que si viajaran por países capitalistas, ponen sus zapatos en la puerta del cuarto para que el "camarada" servidor del hotel se los limpie y embetune. ¡Hay para reventar de risa con la mentalidad "revolucionaria" de esos delegados!

Y el empaque y altivez y desprecio con que tratan a quien no sea algo influyente en el seno del Gobierno o en el Comité de la Tercera Internacional irrita, desespera. Hace pensar en cómo procederían esos individuos si mañana se hiciera la revolución en sus países de origen y fueran ellos los encargados de dirigirnos desde el Poder.

¡Poco importan los discursos que hagan en el Congreso! Que hablen de fraternidad, de compañerismo, de camaradería, para obrar luego en amos, es sencillamente ridículo, cuando no infame y detestable.

Y, por último, esas lucrativas componendas que presenciamos los que estamos asqueados de tantas

defecciones; ese continuo ir y venir tendiendo la mano y poniendo precio a su adhesión, reviste todos los caracteres de la más infame canallada, de la más indigna granujería. Eso es tan bajo, ruin y miserable, como lo sería una madre que vendiera su hija para satisfacer un capricho de los más abominables e inmundos.

¿Cómo vamos a creer en el espíritu revolucionario y en la seriedad de esas gentes?

¿Que desean la revolución en sus respectivos países? Eso sí; pero quieren que se haga sin peligro para sus olímpicas personas y en beneficio exclusivo de sus concupiscencias.

Naturalmente que esto no quiere decir que en el seno de los partidos comunistas y de las multitudes, por esos delegados representadas, no haya centenares de individuos de buena fe, dispuestos al sacrificio y dignos de todo respeto y consideración. Estos quedan aparte. Estas censuras no tienen más alcance que el puramente personal y en relación a los delegados concurrentes al Congreso.

Esta es nuestra opinión, sinceramente expuesta.

—De acuerdo, Pestaña, de acuerdo… aunque haya alguna exageración en vuestros juicios.

Al decir estas palabras, Lenin se puso en pie. La entrevista terminaba. Acaso abusamos de la benevolencia concedida; pero hubiera sido indiscreto por nuestra parte terminar una conversación que no sabíamos qué alcance se le quería dar.

Antes de despedirnos de Lenin nos preguntó si volveríamos a Rusia al próximo Congreso.

—Procurad venir, y que os acompañen varios de vuestros amigos. Venid y estudiad sobre el terreno nuestra obra. Para entonces la situación habrá mejorado, y acaso podamos llegar a conclusiones que nos aproximen más que lo estamos hoy.

¿Escribiréis algo acerca de lo que habéis visto y el concepto que os merece?

—Es muy posible —contestamos.

—Si lo hacéis, no dejéis de enviármelo. Tendré mucho

gusto en recibirlo y leerlo.

Nos estrechamos cordialmente la mano y salimos.

Una profunda simpatía y un respeto sin límites nos quedó hacia Lenin después de esta conversación.

No compartíamos sus ideas, no las compartimos hoy; pero saben todos aquellos amigos con quienes hablamos de él que, al referirnos personalmente a Lenin, guardamos para él las consideraciones y miramientos a que creemos es merecedor.

Pocos días después de esta conversación con Lenin fuimos a casa de Sacha, la hija de Kropokine, y por casualidad se hallaba allí su padre. Era el día que vino a Moscú para entrevistarse con Lenin, interesándose por los cooperativistas para los que se pedía la pena de muerte.

El objeto de esta visita era decir a Sacha el resultado obtenido de una petición, que en favor suyo hicimos a Lenin.

Por las relaciones que en Londres tenía Sacha, y por ser además perita en la materia, Lunatscharky, el Comisario de además perita en la materia, Lunatscharky, el comisario de Pueblo se la delegara para ir a la capital inglesa a comprar material de enseñanza para las escuelas de Rusia.

Aprobada por el Consejo de Comisarios del Pueblo la propuesta, se solicitó de la Tcheka los correspondientes pasaportes, y la Tcheka se negó a concederlos.

Cuantas gestiones se hicieron para que los concedieran, fueron inútiles. No hubo medio de vencer esta oposición.

Unos días antes de nuestra visita a Lenin, acababa de recibirse por tercera vez la negativa de la Tcheka. Sacha, que sabía que teníamos que entrevistarnos con Lenin, nos propuso que insistiéramos en la petición. La respuesta de Lenin no pudo ser más favorable; me afirmó que el pasaporte de Sacha sería despachado.

Tanto Kropotkin, como su compañera, y su hija, nos preguntaron qué impresión habíamos sacado de la entrevista y cuál creíamos que era el pensamiento de Lenin respecto al curso de los acontecimientos.

—La impresión, juzgando personalmente, es buena —

les dijimos—. En cuanto al pensamiento de Lenin, respecto al curso de los acontecimientos, es el de un hombre que se ha equivocado y busca con interés el camino que lo saque del atolladero. Si acierta, bien; si no acierta, la revolución retrocederá en su avance.

Tal es lo que sustancialmente pudimos colegir del fondo de amargura de alguna de sus manifestaciones.

XX

El regreso a España

El Congreso de la Tercera Internacional había terminado.

La actividad del Comité la absorbía la organización del Congreso de raza amarilla, que la Tercera Internacional preparaba para el día 13 de septiembre en Bakú, y las órdenes a los delegados que hacia los restantes países de Europa y América partían ya.

La desbandada era casi general.

Las veintiuna condiciones que imponía Moscú a los partidos socialistas que quisieran ingresar en la Tercera Internacional y a los comunistas que no se habían sometido incondicionalmente, a los dudosos, obligaban a una labor interna que vino a reemplazar lo externo, hasta entonces predominante.

Un grupo de delegados al Congreso, del que formaba parte toda la delegación italiana y los malogrados compañeros franceses Vergeat y Lepetit y el comunista Lefebre, entre otros, habían partido en viaje de excursión hacia Ukrania —a la que no fuimos por tener más tiempo para completar nuestras informaciones— y esperábamos que regresaran.

Habíamos convenido con Vergeat y Lepetit que me proporcionarían datos e informes de su viaje y que nosotros les daríamos los datos e informes que recogiéramos en Moscú.

Los días transcurrían un poco monótonos y aburridos. Como cada cual iba a lo suyo, y la espera para conseguir un intérprete o un permiso cualquiera hacíase a veces interminable, transcurrían las horas muy lentamente, sin saber en qué emplearlas.

Solicitamos los pasaportes, y a los dos días se nos avisó que podíamos recogerlos. Antes tuvimos que ir a las oficinas de la Tcheka, para que la policía tchequista nos retratara. Era condición indispensable esta fotografía para no sufrir interrupciones en el viaje.

Nos sentimos humillados. La repugnancia instintiva contra la Tcheka, se acrecentó desde este momento. Pero más sensación de indignidad fué la que nos produjeron los delegados bolcheviques que, además de encontrar justa la disposición, la elogiaban. La contextura moral de estos entes producía náuseas.

La aparición en la escena de un nuevo personaje vino a sustraernos de estas preocupaciones y hacernos olvidar el incidente de la ficha antropométrica. Estábamos trabajando en la habitación del hotel cuando llamaron fuertemente en la puerta.

Dimos la venia para que pasara y apareció en el marco de la puerta un ser desconocido para nosotros.

Sin preámbulos, sin decir quién fuera, ni dar su nombre o condición, y usando un tono ridículo de arrogancia, preguntó en correcto castellano:

—Qué, ¿no has cambiado de ideas?

Quedamos perplejos ante aquel intruso. ¿Quién podía ser aquel personajillo que a bocajarro, en tono imperioso y autoritario, tenía el desparpajo de interrogarnos?

Más correctos que él, aunque menos bolchevique, contestamos sin darnos por enterados de sus groseros modales.

—¡Cómo! —dijo con asombro al escuchar nuestra contestación—. Después de lo que has visto en Rusia, del grandioso espectáculo de la revolución, de la obra imponderable de los comunistas y de la dictadura del proletariado, ¿sigues pensando como antes?

—Igualmente que antes —replicamos sin asombro de nosotros mismos—. Justamente, después de ver todo eso y por haberlo visto, sigo pensando como antes; me afirmo más en mis ideas de siempre.

—Entonces, ¿es que no has visto nada de la

revolución?

—Seguramente he visto la obra de la revolución mejor que tú, —contesté.

—Antes de que te marches quisiera tener una entrevista contigo, a presencia del Comité de la Tercera Internacional, porque yo soy Merino Gracia, el delegado del Partido Comunista español.

—¡Ah! —respondimos—. ¿Tú eres Merino Gracia?

—Sí, —contestó—. ¡Yo soy Merino Gracia!

—No hay ningún inconveniente en concurrir a esa reunión; lo único que deseo es que se celebre cuanto antes. A tu cargo lo dejo.

La reunión no pudo celebrarse, pues Merino Gracia partió al día siguiente para él Congreso de Bakú. Y así terminó el pintoresco incidente.

Por aquellos días volvimos a reanudar con ardor las tareas para llegar a un acuerdo en la organización de la Internacional Sindical Roja.

La llegada a Moscú del camarada Borghi, delegado de la "Unione Sindicale Italiana", que iba a ponernos en frente de D'Aragona, el representante de la Confederación Generale del Lavoro, y la partida de Luzowsky para Londres, siendo reemplazado por Tomsky, más transigente y más ponderado, hizo que nos ocupáramos nuevamente de organización, olvidando todos los pequeños sinsabores de los inesperados encuentros y de la monotonía del tiempo.

Estas reuniones llegaron a ser borrascosas. Ahora que eran borrascosas sin grandes agitaciones. Algo así como tempestades en un vaso de agua.

Borghi, que como ya hemos dicho, acababa de llegar, reclamó la solidaridad de la Confederación Nacional del Trabajo, por ser la organización más afín de la por él representada, para que se admitiera a la Unione Sindicale, excluyendo a la Confederazione Generale del Lavoro, representada por D'Aragona, organización eminentemente reformista, pues incluso su secretario, D'Aragona, formaba parte de un organismo nacional en favor de los inválidos italianos de guerra del que también era miembro el rey de

Italia. Extremo que los bolcheviques no ignoraban.

La petición de Borghi vino a entorpecer algún tanto los acontecimientos y a agitar las pasiones.

Por nuestra parte, aceptamos su demanda, y en una de las sesiones de la Comisión organizadora, la planteamos.

La sorpresa de Tomsky no tuvo límites. Y todas sus habilidades fueron dirigidas a hacernos desistir de nuestro propósito.

La negativa le exasperó. Contestó que de ninguna manera. Que la Confederazione Generale del Lavoro no podía ser excluída.

Cuando le demostramos documentalmente que dicha organización, a más de formar parte su secretario de un organismo del que era presidente el rey de Italia, seguía, aunque D'Aragona hubiera dicho lo contrario, adherida a la Internacional Sindical de Amsterdam, duplicidad inadmisible, propuso aplazar la discusión para el día siguiente, a fin de consultar al Comité de la organización central rusa.

Aceptada su proposición, seguimos discutiendo el orden del día.

Al comenzar la sesión del día siguiente, reprodujimos la proposición, pero Tomsky la combatió ardientemente, y cuantas razones aportamos demostrando lo incongruente de la posición en que se colocaba, fueron rechazadas sistemáticamente por él y otros delegados.

Llegó un momento en que creímos acabaría allí nuestra labor para constituir la Internacional Sindical Roja, pues siendo iguales las fuerzas que sostenían uno y otro criterio, y las dos irreductibles, no había medio de ponernos de acuerdo.

Entonces pedimos aplazar la discusión para ponernos de acuerdo con Borghi y ver si había algún medio de salvar la situación. Suspendida la sesión, consultamos con Borghi, De resultas de la consulta, acordamos retirar la proposición excluyendo a la Confederazione Generale del Lavoro italiana y proponer que la Unione Sindicale fuera admitida en igualdad de condiciones en las deliberaciones del Comité

y en el futuro Congreso Internacional que se preparaba, adicionada esta proposición con una declaración que, en síntesis, venía a decir lo siguiente: "La Comisión organizadora de la Internacional Sindical Roja ve con simpatía la actitud francamente revolucionaría y el espíritu de lucha de clases que la Unione Sindicale Italiana ha desarrollado entre los trabajadores italianos".

Contestó Tomsky que aceptaba la primera parte de la proposición, no así la segunda, pues, aunque veladamente, encerraba un voto de censura para la Confederazione Generale del Lavoro.

Le hicimos ver que no había tal propósito en lo propuesto; sino más bien el de estimular al proletariado italiano adherido a la Confederazione a que imitara al de la Unione Sindicale. Pero no se convenció.

Firmes en nuestra propuesta, pues la creíamos lógica, rechazamos cuantas se nos hicieron para que la retiráramos.

Vuelta a empantanarse la labor que realizábamos y a discutir interminablemente. Pidió Tomsky un nuevo aplazamiento en las deliberaciones para ponerse de acuerdo con los representantes de la organización obrera rusa, por lo que suspendimos la sesión hasta el día siguiente, a fin de que Tomsky consultara.

Reunidos de nuevo, Tomsky manifestó que en nombre de la revolución y de la dictadura del proletariado, el Partido Comunista ruso no podía aceptar nuestra proposición, invitándonos, por tanto, a que la retiráramos.

Quedamos perplejos ante las declaraciones de Tomsky, pues no sabíamos qué tendría que ver la revolución ni la dictadura del proletariado con una proposición sin más alcance que el de demostrar simpatía hacia una organización, sin despreciar ni censurar a las demás.

Tratamos de discutir la actitud en que Tomsky se había colocado, pero fué inútil. Se nos dijo claramente que, o retirábamos la proposición o se daban por terminadas las tareas de la Comisión organizadora.

Ahora fuimos nosotros quienes, ante el ultimátum, pedimos suspender la deliberación por unos minutos para

decidir.

Con Borghi, que asistía, como es de suponer, a todas las deliberaciones de la Comisión, nos retiramos al pasillo y cambiamos impresiones, pues la situación era por demás crítica. El dilema para nosotros era: o ceder o llegar al rompimiento. ¿Por cuál de las dos proposiciones debíamos decidirnos? Nos decidimos por la primera. Cedimos. Nos pareció la más lógica.

Al reanudar la discusión hicimos uso de la palabra, retirando la proposición, no sin antes lamentar la intromisión del Partido Comunista ruso en las deliberaciones de la Comisión. Dijimos que se había coaccionado la voluntad de los delegados imponiéndonos un criterio equivocado, y que si nosotros, los representantes de la organización española e italiana, cedíamos, no era por esa coacción, que rechazábamos, sino por no hacer infecundas las tareas de la Comisión y mantener la unidad del proletariado, aunque preveíamos para lo futuro, si esas intromisiones continuaban, graves dificultades para mantenerla.

Terminado este incidente, proseguimos discutiendo las demás cuestiones.

Otra de las que levantó polvareda, dando lugar a discusiones enconadas, fué la del texto de la convocatoria para el Congreso Internacional de la Sindical Roja.

Proponían los comunistas que se excluyera a todas las Federaciones y organismos centrales afectos a la Internacional de Amsterdan, admitiendo, en cambio, a los Sindicatos que perteneciesen a esas Federaciones y quisieran asistir. Pero la exclusión de esas Federaciones era condicionada. Nos pareció demasiado complicado aquello y lo rechazamos.

Propusimos que se convocara lisa y llanamente a todas las organizaciones sindicales locales, regionales o bien nacionales, ya fuesen de industrias o abarcando a todos los oficios o industrias de una localidad que quisiesen asistir, restringiendo solamente, para evitar cualquier sorpresa, el derecho de voto, ya limitando el número o bien

negándoselo a las que perteneciesen, de hecho, a la sindical amsterdaniana.

En principio no quería aceptarse esta proposición. Se auguraban males sin cuento y la posible invasión y predominio de los elementos reformistas.

También se nos proponía que en la invitación constase que todas las organizaciones concurrentes al Congreso aceptasen por adelantado la dictadura del proletariado. Lo rechazamos también, y propusimos se suprimiese tal obligación. Sosteníamos que para atraer al futuro Congreso la mayor cantidad de organizaciones obreras, para que fuera en realidad un Congreso universal de organismos sindicales era preciso rechazar todo dogmatismo y toda obligación *a priori*.

Por fin, tras largas deliberaciones, se convino en no mencionar lo de la dictadura del proletariado, convocando a cuantas organizaciones sindicales revolucionarias y que practicasen la lucha de clases quisiesen asistir.

Las discusiones habían sido por demás laboriosas; y aunque materialmente salíamos unidos de ellas, la unidad moral quedaba bastante quebrantada, más de lo que hubiese sido menester.

Toda objeción a la dictadura del proletariado y a la sumisión de los Sindicatos al Partido Comunista, sacaba de quicio a los bolcheviques y daba lugar a discusiones apasionadas e interminables.

Sin embargo, a vuelta de rodeos y de arreglos, de concesiones y de componendas, llegamos a concretar las líneas generales para la convocatoria de una próxima Conferencia Internacional Sindical Roja, que debía celebrarse en Holanda o en Italia, y que solo se celebraría en Rusia de no conceder autorización ninguno de los gobiernos de esos dos países.

Resuelto este extremo, nos separamos definitivamente.

* * *

Lo más interesante de esta última etapa se concentraba

en la vida de hotel.

Cada día producíanse vacíos. En los pasillos ya no se notaba la animación de quince días antes. Algunas caras nuevas venían a ocupar las vacantes que se producían; pero no servían para darle la agitación ni el movimiento pasados.

Se notaba que la situación económica de Rusia empeoraba rápidamente.

No sólo habían disminuído la ración que se nos daba en el hotel, suprimiendo una comida y reduciendo la cantidad y calidad en las restantes, sino que cada día venían órdenes nuevas.

Se nos dieron primero unos vales que habíamos de entregar a cada comida que hiciéramos. Se quería con ello ejercer una inspección rigurosa del número de raciones que se distribuían, pero no dió buen resultado.

Después, nos dieron unas cartas con cupones. A cada comida había de cortarse uno de aquellos cupones y entregarlo al jefe del reparto de provisiones del hotel. Tampoco esto debió dar resultado, porque nos las quitaron, y nos dieron otras que venían a ser lo mismo, pues solo habían de tacharse unos números impresos.

El pan blanco había desaparecido totalmente de la mesa. Y el negro que vino a reemplazarlo, era de pésima calidad y escaso.

También suprimieron el azúcar para el té. Nos daban unos caramelos para azucararlo.

El reparto de tabaco y de cerillas, que antes era diario y regular, hízose alterno. Los fumadores estaban rabiosos y descontentos.

De todos modos, aún era envidiable nuestra situación. Creo que aparte los comisarios y algún otro personaje, éramos los mejor alimentados de toda Rusia.

Inútil decir que los automóviles habían desaparecido completamente, con gran contento de algunos de nosotros, que se nos hacían insoportables los abusos que presenciábamos.

De acuerdo con Vergeat y Lepetit, vista la falta

material de tiempo, pues ellos también querían regresar a Francia cuanto antes, acordamos que el intercambio de informes y datos lo haríamos en París. La trágica muerte de estos camaradas en los mares del Norte hizo que el intercambio no se efectuase.

En nuestro poder los pasaportes, el día 5 de septiembre salimos de Moscú, el 6 llegamos a Petrogrado, y el mismo día, por la noche, en compañía de Borghi, partíamos de Petrogrado para Reval.

Después de haber pasado setenta días en Rusia, en el país de la revolución, volvíamos a ponernos en contacto con el mundo capitalista.

En las pocas horas que pasamos en Petrogrado, por azar, dimos con dos españoles: catalán el uno, valenciano, el otro.

El catalán era cocinero: lo había sido de Zinoviev, del jefe de la Tercera Internacional, al principio de la revolución. El valenciano, era repostero y confitero. Los dos, en tiempos del zarismo, habían ocupado plazas importantes en los mejores hoteles de Petrogrado, Moscú y otras poblaciones rusas. Habían ahorrado unos miles de rublos y que para más seguridad los colocaron en un Banco. Al confiscar los Bancos y sus existencias la revolución, quedaron, cocinero y repostero, sin un céntimo, lo que les hizo maldecir de la revolución y de todos los revolucionarios. Pero cuando les preguntamos si querían volver a España, contestaron que no.

—Esto cambiará —decían—, y como cuando cambie faltarán obreros de nuestro oficio y nosotros conocemos bien el país y sus costumbres, lograremos recuperar lo que nos ha confiscado la revolución. Además —agregaron— hemos pasado ya lo peor y queremos ver en qué para todo esto.

Nos despedimos de ellos hasta que regresaran a España hechos unos “capitalistas”.

Por fin, el día 7 de septiembre y a media mañana, cruzábamos nuevamente la frontera que separa a Rusia de Estonia.

Tras nosotros quedaban, a despecho de la “dictadura del proletariado”, de la Tcheka y de las persecuciones y arbitrariedades bolcheviques, los gérmenes de un mundo nuevo, los fulgores de una resplandeciente aurora social. El gesto más grande que por su liberación hiciera ningún pueblo.

No importaba que el insano fanatismo de un partido hiciera malograr ese gesto; el pueblo lo había hecho, y esto era lo más interesante para quienes siempre hemos tenido fe en el pueblo.

XXI

Conclusión

Muchas, muchísimas cosas de las que vimos nos quedan aún por decir.

Hemos procurado, no obstante, decir las que juzgamos de más interés para el conocimiento de la Rusia soviética y del Partido que la gobierna.

Para decir todas las demás, tratándolas en términos generales y no en detalle, se hubiesen necesitado muchas más páginas. Para detallarlas, acaso otro volumen.

Sólo la desorganización resultante de la organización bolchevique, exigiría capítulos enteros.

El que tener un intérprete cuando precisábamos sus servicios exigiese consultar incluso al Comité de la Tercera Internacional, o bien intervenir tres o cuatro departamentos, da una idea de la complicadísima organización bolchevique.

Pero hay más: la separación de funciones se practicaba tan meticulosamente, que incluso, personas trabajando en un mismo departamento y ejerciendo funciones completamente dependientes una de la otra, no sabían explicaros la razón de la función que realizaban ni sus posibles y necesarias derivaciones.

La misma organización del Congreso de la Tercera Internacional, al que en total asistíamos menos de un centenar de delegados extranjeros, exigió el trabajo y la constante atención de decenas de empleados durante casi tres meses, para llegar el día de su comienzo y tener que improvisarlo todo o casi todo.

Con decir que solo teníamos, siendo los bolcheviques los detentadores del Poder y los dueños absolutos de todo, un intérprete para traducir a todos los idiomas, puede

tenerse una idea de lo que es la organización bolchevique.

Gente que iba y venía de aquí para allá, empleados en constante ajetreo y recibiendo órdenes de cualquier personaje; movimiento, sí, mucho; pero nada más que movimiento. Lo práctico, lo positivo, lo real, que hubiera sido e] dar cima rápidamente a los trabajos del Congreso, a las deliberaciones y resoluciones, esto ya era otro cuento.

Un mes justo de sesiones. Treinta días de deliberaciones; reuniéndonos tres veces algunos de ellos, dan idea de las cosas que pueden hacerse. Sin embargo, apenas si pudimos concretar media docena de ellas.

Y así, por el estilo, en todos los órdenes. Si las instituciones soviéticas hubiesen sido organizadas para perder el tiempo, difícilmente lo habrían logrado más cumplidamente.

Ahora que, en este caso, como en todos los casos análogos, la intuición popular y las necesidades superaban esas deficiencias y entorpecimientos, encontrando siempre la solución más rápida y ajustada, Nunca como en el caso de lo por nosotros visto en Rusia, puede compararse la vitalidad y actividad del pueblo, individual y colectivamente considerado, con la lentitud y torpeza de las instituciones gubernamentales. El caso de las Cooperativas ya citado y otros muchos que pudiéramos citar, testimonian cuanto decimos y afirmamos.

Las mismas declaraciones oficiales vienen a corroborarlo.

En los pasillos de acceso a la Sala, del Trono, donde se celebraban las sesiones del Congreso, exponíanse gráficos comparativos de la alimentación que cada persona necesitaba y la que se le daba oficialmente. La equivalencia no podía ser más lamentable.

El racionamiento oficial era equivalente al veinticinco por ciento de lo necesitado por el individuo. Lo que faltaba hasta el total, o sea el setenta y cinco restante, había de procurárselo a través de los obstáculos, estorbos y trabas oficiales. ¿Lo conseguía? En totalidad, no; pero sí en gran parte.

Estos mismos gráficos nos hablaban de un cincuenta por ciento de lo que faltaba al individuo, pero que se lo procuraba, valiéndose de sus medios. El otro veinticinco por ciento se consideraba imposible lo hallase, y era lo que hundía al pueblo en la miseria y en el pauperismo.

La realidad, pues, era bien desfavorable para el Estado bolchevique. Si dueño y amo absoluto de todo; único comprador y vendedor; en sus manos cuantos medios de circulación y cambio de productos puede poseer un país, no era capaz de entregar a cada individuo sino el veinticinco por ciento de lo que necesitaba, mientras que a través de todos los obstáculos que el Estado ponía al individuo, lograba éste procurarse con sus recursos el doble de lo que aquél le entregaba, ¿no nos enseña esto y nos dice claramente sobre la incapacidad del Estado muchísimo más que todas las fantasías de la literatura bolchevique defendiéndolo?

¡Pero para qué seguir por este camino!

Y téngase en cuenta que no se nos ocurre, para demostrar una vez más el fracaso del Estado en la organización de la vida social, hacer argumento de los cuadros de horror y miseria que presenciamos, ni de la degradación a que el pueblo iba descendiendo por efecto de la miseria.

Advertimos, de paso, que en esta ligerísima apreciación de incapacidad estatal, no solo incluimos al Estado bolchevique; los incluimos a todos, porque todos han dado pruebas evidentísimas de incapacidad. Nosotros hemos visto en la Plaza Roja, de Moscú, a las puertas mismas del Kremlin, decenas de personas, mujeres y niños entre ellas, durmiendo sobre el duro suelo, cuando terminadas las tareas del Congreso nos retirábamos a descansar.

Nosotros hemos visto también, un domingo por la tarde pasearse un hombre vestido con un traje en bastante buen estado, pero sin nada en los pies, completamente descalzo, sin camisa y sin nada en la cabeza. Eran, sin duda, los restos de ropa que le quedaban, y se los ponía el domingo para pasear.

¿Y para qué mencionar las mujeres calzadas, pero sin medias, o pierna limpia, pues la que llevaba calcetines dábase por dichosa, como las que se habían cortado el pelo por no poderlo peinar, faltas de lo más elemental para ello?

¿Y las que se prostituían por una comida, después de pasar días y días, de una dependencia a otra, en busca de una colocación que se la proporcionara, pero sin hallarla?

¿Y de los hombres a medio vestir? ¿O bien de los que vestían trajes hechos de restos de otras prendas, denunciando la miseria y la escasez con todas sus crueles consecuencias?

¿Para qué hablar de los niños de ocho, diez, doce o quince años, que buscaban en la especulación y en el comercio lo que las instituciones oficiales no podían darles?

Ahora bien; ¿son únicos responsables de estas miserias los bolcheviques, los gobernantes rusos, los hombres que detentan el Poder en nombre de la clase trabajadora, del pueblo que sufre? Con la misma franqueza que recusamos y combatimos sus procedimientos políticos, sus argucias para triunfar y mantenerse en el Poder, rechazamos se les haga responsables de todo el mal. Sí de una parte, la más mínima, digámoslo por adelantado.

La responsabilidad material de todas las miserias que presenciamos en los setenta días pasados en Rusia, caen como una afrenta, como un estigma y terrible acusación sobre la burguesía y los Gobiernos europeos. Estos son los responsables, los más grandemente responsables.

Sin el bloqueo, sin el cordón sanitario, sin el gendarme que la Entente puso a las puertas de los países fronterizos con Rusia, esas miserias lo hubiesen sido en escala muchísimo más reducida; el pueblo ruso se hubiese defendido de ellas muchísimo mejor y sin llegar al extremo que llegó.

A los bolcheviques hay que absolverlos de ese pecado. Ya tienen sobre su conciencia de socialistas, de actores en el drama alumbrador de un mundo nuevo, bastantes faltas, sin que se les carguen las que no cometieron, aquellas de las que no pueden hacerles responsables.

Si a cada cual solo deben imputársele las faltas por él cometidas, en este caso, carguemos, porque a ellos debe cargársele, sobre los gobiernos europeos la responsabilidad de ese inmenso crimen de lesa humanidad cometido con Rusia.

En este caso concreto, los bolcheviques pueden erigirse en acusadores, no en acusados, en jueces, no en delincuentes, en víctimas, no en verdugos. Por una sola vez debemos concederles nosotros esta beligerancia. Buena falta les hace.

El propósito que nos guiaba ya lo hemos cumplido.

Sin apasionamientos, sin sarcasmos ni injurias, hemos relatado lo que vimos durante nuestra estancia en Rusia.

Quien nos lea sin prejuicios y sin prevención alguna, con deseo de saber cosas más que de juzgarlas, nos hará justicia reconociendo que, en nuestra exposición de hechos hemos puesto la menor cantidad posible de parcialidad y nos hemos ajustado a lo que indicábamos al principio: no criticaremos ni censuraremos; relataremos solamente. Y creemos haberlo cumplido.

Por eso, al terminar, hacemos una promesa; si el favor del público nos acompaña, escribiremos una segunda parte que titularemos: "Setenta días en Rusia. — Lo que yo pienso"".

Así como en la primera parte solo narramos, criticaremos y analizaremos los hechos según nuestro pensamiento en la segunda. A la labor de exposición seguirá la de crítica.

Así, pues, si logramos dar cima a nuestra obra, nos sentiremos satisfechos; si no, lo lamentaremos, pero nada más.

Angel PESTAÑA

Agosto de 1924.

Setenta días en Rusia: lo que yo vi, Angel Pestaña

En la Biblioteca Digital Hispánica:

http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?
id=bdh0000227560

Acerca de esta edición digital

Esta edición digital en formato ePub forma parte de un proyecto puesto en marcha por la Biblioteca Nacional de España encaminado a enriquecer la oferta de servicios de la Biblioteca Digital Hispánica.

En el proceso de digitalización de documentos, los impresos son en primer lugar digitalizados en forma de imagen. Posteriormente, el texto es extraído de manera automatizada gracias a la tecnología de reconocimiento óptico de caracteres (OCR).

El texto así obtenido ha sido aquí revisado, corregido y

convertido a ePub (libro electrónico o “publicación electrónica”), formato abierto y estándar de libros digitales. Se intenta respetar en la mayor medida posible el texto original (por ejemplo en cuanto a ortografía), pero pueden realizarse modificaciones con vistas a una mejor legibilidad y adaptación al nuevo formato.

Si encuentra errores o anomalías, estaremos muy agradecidos si nos lo hacen saber a través del correo bibliotecadigital@bne.es.

Las obras aquí convertidas a ePub se encuentran en dominio público, y la utilización de estos textos es libre y gratuita.

Enlaces relacionados:

- Toda la colección de obras en formato Epub de la Biblioteca Digital Hispánica.
- Todas las obras digitalizadas de Angel Pestaña por la Biblioteca Nacional de España.
- Angel Pestaña en el portal de datos de la Biblioteca Nacional de España, datos.bne